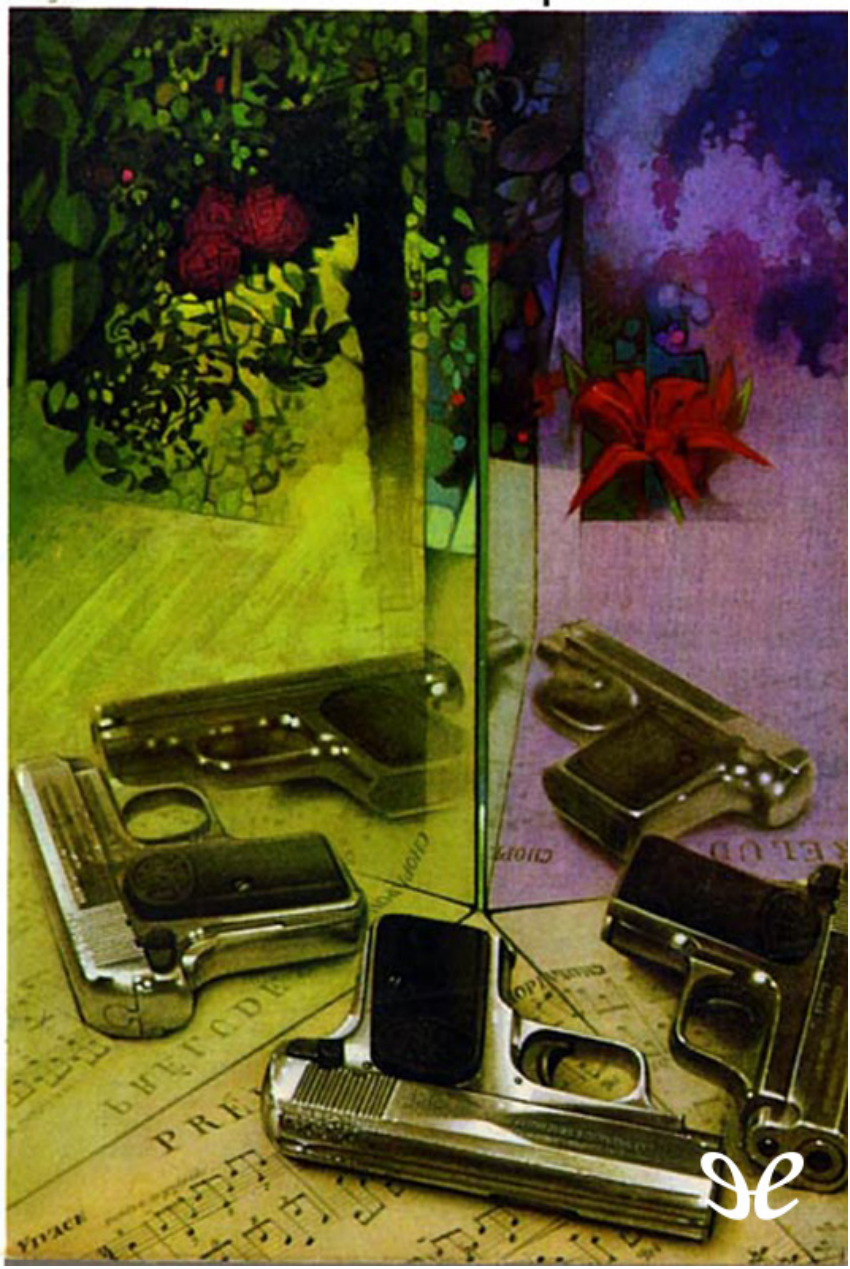
AGATHA CHRISTIE

EL TRUCO DE LOS ESPEJOS



Selecciones de Biblioteca Oro

Ruth van Rydock está preocupada por su hermana. Para asegurarse de que está bien, le pide a su vieja amiga Jane Marple que vaya a Stonygates, la laberíntica mansión donde Carrie-Louis vive junto a su tercer marido, Lewis Serrocold. De repente Miss Marple se encuentra en medio de una excéntrica casa, donde convive una extraña familia y un reformatorio para jóvenes criminales, donde la violencia apenas parece percibirse.

Agatha Christie

El truco de los espejos

Saga: Miss Marple - 6

ePub r1.0
Hechadelluvia 12.05.14

Título original: *They do it with mirrors*
Agatha Christie, 1952
Traducción: C. Peraire del Molino

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BAUMGARTEN: Médico, terapeuta.
BELLEVER *(Jolly)*: Secretaria, ama de llaves y a la vez amiga de Carne Louise.
CARRIE LOUISE: Hermana menor de Ruth Van Rydock.
CURRY: Inspector de policía.
DODGETT: Ayudante de Curry.
ESTEFANÍA: Anciana doncella de la señora Van Rydock.
GALBRAITH: Viejo obispo de Cromer, antiguo amigo de los Gulbrandsen.
GINA: Nieta de Carrie Louise casada con Hudd; hija de Pippa, que fue una niña adoptada por Carrie Louise y su primer esposo.
GREG *(Ernie)*: Un joven internado en el reformatorio que sostienen Serrocold y su esposa.
GULBRANDSEN *(Christian)*: Hijastro de Carrie Louise por ser hijo de su primer esposo, Eric.
HUDD *(Walter)*: Esposo de Gina.
LAKE: Sargento de policía.
LAWSON: Ayudante de Serrocold.
MARPLE *(Juana)*: Íntima amiga de las hermanas Ruth Van Rydock y señora Serrocold.
MAVERICK: Doctor adjunto al reformatorio citado.
RESTARICK *(Alexis y Esteban)*: Hijos del primer matrimonio de Juan Restarick, que a su vez fue el segundo esposo de Carrie Louise.
SERROCOLD *(Lewis)*: Tercer esposo de Carrie Louise, idealista

humanitario, director de un reformatorio para jóvenes delincuentes.
STRETE *(Mildred)*: Hija de Carrie Louise y Eric Gulbrandsen, millonario y uno de los esposos que tuvo Carrie Louise.
VAN RYDOCK *(Ruth)*: Dama otoñal, riquísima, viuda de tres esposos y hermana de Carrie Louise.

Capítulo I

La señora Van Rydock, tras alejarse unos pasos del espejo, exhaló un suspiro.

—Bueno, tendrá que ser éste —murmuró—. ¿Te parece bien, Juana?

La señorita Marple admiraba complaciente la creación de Lanvanelli.

—Es un vestido muy bonito —dijo.

—Sí, está bien —repuso la señora Van Rydock, volviendo a suspirar—. Quítemelo, Estefanía.

La anciana doncella de cabellos grises y boca menuda deslizó cuidadosamente el vestido sobre los brazos y cabeza de la señorita Van Rydock. Ésta quedó en combinación ante el espejo. Iba exquisitamente encorsetada, y sus piernas, todavía bien conservadas, lucían finas medias de nylon. Su rostro, bajo la capa de cosméticos y debido al constante masaje, parecía casi infantil a una prudente distancia. Sus cabellos grises con reflejos azules estaban cuidadosamente peinados. Al contemplar a la señora Van Rydock resultaba imposible imaginar cuál sería su estado original. Era el resultado de todo lo que el dinero puede lograr… reforzado por el régimen, masajes y constantes ejercicios.

Ruth Van Rydock miró divertida a su amiga.

—¿Crees que la gente podría adivinar que tú y yo somos casi de la misma edad, Juana?

La señorita Marple fue sincera al responder:

—Ni por un momento. Estoy segura. ¡Me temo que yo represento exactamente mi edad!

La señorita Marple tenía un rostro suave y rosado surcado de

arrugas, cabellos blancos y unos ojos inocentes color azul porcelana. Daba la impresión de ser una dulce abuelita. En cambio, nadie hubiera calificado de dulce a la señora Van Rydock.

—Me figuro que sí, Juana —dijo Ruth Van Rydock. Sonrió—. Y yo también, sólo que de otra manera. «Es maravilloso cómo conserva su figura esa vieja bruja», dicen de mí. ¡Pero saben que soy una vieja bruja! Y, Dios mío, ¡me siento como tal! Te lo aseguro.

Dejóse caer pesadamente sobre una butaca tapizada de raso.

—Está bien, Estefanía. Puedes marcharte.

La doncella recogió el vestido y salió de la habitación.

—La vieja y buena Estefanía —dijo Ruth Van Rydock—. Lleva conmigo más de treinta años. Es la única mujer que sabe cómo soy en realidad. Juana, quiero hablarte.

La señorita Marple inclinóse hacia delante. Su figura resultaba algo inadecuada en el marco de aquellas habitaciones de un hotel de lujo. Vestía de negro, con cierto desaliño, llevaba un gran bolso, casi un maletín de mano, y daba la impresión de ser toda una señora.

—Estoy preocupada por Carrie Louise, Juana.

—¿Carrie Louise? —La señorita Marple repitió el nombre pensativa, pues le traía a la memoria lejanos recuerdos.

Un pensionado de Florencia. Vióse a sí misma, la rubia muchachita inglesa, y las dos Martin, americanas, que tanto la asombraban por su curiosa manera de expresarse sus modales resueltos y su vitalidad. Ruth, alta, intrépida, dominando el mundo; Carrie Louise, menuda, poquita cosa, reposada.

—¿Cuándo la viste por última vez, Juana?

—¡Oh! Hace muchos años. Veintiocho, por lo menos. Claro que seguimos felicitándonos las Pascuas.

¡Extraña cosa, la amistad! Ella, la joven Juana Marple, y las dos americanas. Sus vidas tomaron rumbos distintos casi en seguida, y no obstante persistió su antiguo afecto; alguna que otra carta, intercambio de recuerdos de Navidad. Era extraño que Ruth, cuya casa —o mejor dicho, casas—, estaban en América, hubiera sido la que viera más a menudo de las dos hermanas. No, tal vez no fuese extraño. Como la mayoría de americanas con su posición, Ruth fue

siempre muy cosmopolita, y cada uno o dos años visitaba Europa, yendo a Londres, a París, a la Riviera, y de regreso, siempre encontraba unos momentos para dedicarse a sus antiguas amistades. Hubo muchos encuentros como el presente. En el Savoy, Claridges, Berkeley, o el Dorchester. Una comida íntima, llena de afectuosas remembranzas y un adiós cariñoso y apresurado. Ruth nunca tuvo tiempo para ir a St. Mary Mead y la señorita Marple ni siquiera lo había esperado. Todas las visitas tienen su tiempo. El de Ruth era presto, mientras que la señorita Marple tenía que conformarse con el adagio.

Por eso fue a Ruth a la que viera con más frecuencia, en tanto que a Carrie Louise, por vivir en Inglaterra, llevaba veinte años sin verla. Extraño, pero en cierto modo natural, porque cuando se vive en el mismo país no es necesario disponer de antemano un encuentro con los viejos amigos. Se supone que más pronto o más tarde uno ha de tropezarse con ellos. Sólo que esto no ocurre cuando se vive en esferas distintas y los caminos de Juana Marple y Carrie Louise no se cruzaron.

—¿Por qué te preocupa Carrie Louise, Ruth? —quiso saber la señorita Marple.

—¡Pues eso es precisamente lo que más me preocupa! Que no lo sé.

—¿No estará enferma?

—Está muy delicada… como siempre… No digo que esté peor que de costumbre… considerando que va siguiendo tan bien como nosotras.

—¿Es desgraciada?

—¡Oh, no!

«No, no; eso no sería posible —pensó la señorita Marple—. Era difícil imaginar a Carrie Louise desgraciada… y, sin embargo, hubo algunas temporadas en su vida que debió serlo. Sólo que… la imagen no era muy clara. Aturdimiento… sí; incredulidad… también, pero un dolor profundo… eso no.»

La señora Van Rydock seguía hablando.

—Carrie Louise siempre ha vivido fuera de este mundo. No sabe cómo es. Tal vez sea esto lo que me tiene preocupada.

—Las circunstancias… —comenzó a decir la señorita Marple,

mas se detuvo meneando la cabeza—. No.

—No, es ella misma —repuso Ruth Van Rydock—. Carrie Louise siempre fue la única de las dos que tuvo ideales. Claro que es natural tener ideales cuando se es joven… Todas los tuvimos, es cosa propia de la juventud. Tú querías dedicarte a cuidar leprosos. Juana, y yo iba a meterme a monja. Esas cosas se olvidan luego. El matrimonio, me figuro, nos las quita de la cabeza. Sin embargo, no me ha ido tan mal.

La señorita Marple pensó que se expresaba con sinceridad. Ruth estuvo casada tres veces, todas con hombres muy ricos, y los divorcios posteriores habían engrosado su cuenta corriente, sin amargar su carácter.

—Claro —decía— que siempre he sido muy entera. Nunca me he dejado abatir por las circunstancias. Nunca esperé demasiado de la vida, y mucho menos de los hombres… y me ha ido muy bien… Así es que no les guardo rencor. Tommy y yo seguimos siendo excelentes amigos, y Julio, a menudo, me pide mi parecer sobre las operaciones de Bolsa —su rostro se ensombreció—. Creo que es eso lo que me preocupa de Carrie Louise… Siempre ha tenido tendencia, ya sabes, a casarse con maniáticos.

—¿Maniáticos?

—Sí, hombres idealistas. Carrie Louise se sintió atraída por los ideales. Ahí la tienes, bonita como una rosa, sólo con diecisiete años, escuchando, con unos ojos como platos, las explicaciones del viejo Gulbrandsen sobre sus planes para el mejoramiento de la raza humana. Tenía sus cincuenta, y se casó con él; con un viudo que ya tenía hijos mayores… y todo a causa de sus ideas filantrópicas. Solía escucharle embobada. Como Desdémona y Ótelo. Aunque, por fortuna no hubo ningún Yago que enredara las cosas… y, de todas formas, Gulbrandsen no era negro, sino un sueco o noruego.

La señorita Marple asentía pensativa. Gulbrandsen tuvo renombre internacional. Un hombre que, con su capacidad para los negocios y perfecta honradez, había amasado una fortuna tan colosal que realmente fue la única solución emplearla en hacer bien a la humanidad. Aquel nombre todavía tenía resonancia. El Trust Gulbransend, la Sociedad de Investigaciones Gulbrandsen, los Asilos Gulbrandsen y lo más conocido: el Gran Colegio para Hijos de

Obreros.

—No se casó con él por su dinero, ya lo sabes —decía Ruth—. Yo sí que lo hubiera hecho, pero no Carrie Louise. No sé lo que hubiese ocurrido de no morir él cuando Carrie tenía treinta y dos años. Es una edad muy buena para una viuda. Se tiene experiencia, y aún se sigue resultando aceptable.

La solterona la escuchaba, asintiendo amablemente, mientras traía a su memoria las viudas que conociera en el apacible y sosegado pueblecito de St. Mary Mead.

—Me alegré mucho cuando se casó con Juan Restarik. Creo que él se casó con Carrie Louise por su dinero… y, si no fue exactamente así, la verdad es que no se hubiera casado con ella de no tenerlo. Juan era egoísta, amante del placer y holgazán, pero incluso esto es mucho mejor que ser un maniático idealista. Todo lo que quería era vivir bien. Llevar a Carrie Louise a los mejores modistos, tener yates y automóviles y que se divirtiera a su lado. Esa clase de hombres son muy seguros. Dales comodidades y lujos, y estarán sumisos como gatitos y serán encantadores. Yo nunca tomé muy en serio sus maquetas para escenarios y sus dibujos para decorados teatrales, pero Carrie Louise estaba emocionada… y creía que aquello era Arte con A mayúscula, y la verdad es que le obligó a no abandonar tales actividades, y entonces fue cuando se apoderó de él aquella horrible yugoslava con la que se fugó. Si Carrie hubiera esperado y sido un poco comprensiva, hubiera vuelto a su lado.

—¿Le importó mucho? —preguntó la señorita Marple.

—Eso es lo más curioso. No creo que le importase gran cosa. Se mantuvo impávida… como debe ser. Ella es tan dulce. Se mostró dispuesta a divorciarse para que él pudiera casarse con aquella mujer, y se ofreció a tener en su casa a los dos hijos del primer matrimonio de su esposo. Y el pobre Juan… tuvo que casarse con la yugoslava, que le dio unos seis meses terribles y le hizo despeñarse en su automóvil por un precipicio en un arranque de desesperación. Dijeron que fue un accidente.

La señora Van Rydock hizo una pausa, y tomando un espejo de mano escudriñó su rostro. Cogió unas pinzas para arrancarse un pelo de la ceja.

—Y luego se le ocurre casarse con ese Lewis Serrócold. ¡Otro maniático! ¡Otro idealista! Oh, yo no digo que no la quiera… creo que sí, pero tiene la misma monomanía de querer mejorar la vida de todo el mundo.

—Quisiera saber… —dijo la señorita Marple.

—Sólo que, naturalmente, hay una moda para esas cosas, lo mismo que para los vestidos. (Querida, ¿has visto lo que Christian Dior quiere que llevemos como faldas?) ¿Dónde estaba? Ah, sí; hay una moda. Pues bien, también hay moda para la filantropía. En tiempos de Gulbrandsen fue la educación, pero ahora ya pasó a la historia. De eso se encarga el Estado. Todo el mundo espera recibirla como si fuera un derecho… y no se preocupa mucho de ella cuando ya la tiene. La Delincuencia Juvenil es lo que se lleva ahora. Esos jóvenes criminales y asesinos en potencia. Todo el mundo se interesa por ellos. Si vieras los ojos de Lewis Serrocold brillando a través de sus gruesos lentes. ¡Está loco de entusiasmo! Es uno de estos hombres de voluntad extraordinaria, que les agradaría vivir comiendo una banana con tostada, y poner todas sus energías al servicio de una causa. Y Carrie Louise se entusiasmó… como siempre. Pero no me gusta, Juana. Se reunieron todos los simpatizantes y han convertido la casa en un establecimiento para reformar a esos jóvenes delincuentes, con psiquiatras, psicólogos y todo eso. Y allí están Lewis y Carrie Louise viviendo rodeados de esos muchachos… que tal vez no sean del todo normales. Y la casa llena de médicos, analistas y entusiastas, la mitad de ellos completamente locos. Y mi pobre Carrie Louise en medio de todo eso.

Se detuvo y miró a la señorita Marple, esperando su comentario, pero ésta se limitó a manifestar:

—Todavía no me has dicho qué es lo que temes en realidad.

—¡Ya te he dicho que no lo sé! Y eso es lo que me preocupa. Acabo de venir de allí…, les hice una visita muy corta, pero me di cuenta de que algo anda mal. Lo noté en el ambiente…, en la casa… Sé que no me equivoco. Soy muy sensible para estas cosas, siempre lo he sido. ¿Te he dicho alguna vez que hice que Julio vendiera sus acciones de Cereales Amalgamados antes de que llegara la baja? ¿Y no tuve razón? Sí, allí ocurre algo raro. No te puedo decir el qué.

Lewis está viviendo para sus ideales sin darse cuenta de nada más, y Carrie Louise, Dios la bendiga, sin ver ni oír otra cosa, ni pensar en nada que no sea un paisaje, un sonido o una idea encantadora. Es muy dulce, pero no es práctica. Allí ocurre algo… y quiero que tú, Juana, vayas en seguida y averigües de qué se trata.

—¿Yo? —exclamó la señorita Marple—. ¿Por qué he de ser yo?

—Porque tienes un buen olfato para estas cosas. Siempre lo tuviste. Siempre fuiste una criatura de aspecto inocente, Juana, y, sin embargo, nada te sorprendió nunca, siempre piensas en lo peor.

—Lo peor es tan a menudo la verdad —murmuró la señorita Marple.

—No puedo imaginar cómo tienes una idea tan pobre de los seres humanos… viviendo en un pueblecito tan apacible como el tuyo, de tan viejas y puras costumbres.

—Nunca has vivido en un pueblo, Ruth. Es probable que te sorprendieran las cosas que ocurren en un pueblecito tan apacible.

—Oh, eso no tiene nada de particular. Lo que digo es que a ti no te sorprenden. Por eso quiero que vayas a Stonygates y averigües qué es lo que no anda bien, ¿querrás?

—Pero, querida Ruth eso será muy difícil.

—No, no lo es. Ya lo he pensado. Si no te enfadas conmigo te diré que ya he preparado el terreno.

La señora Van Rydock miró inquieta a Juana y encendió un cigarrillo poco antes de dar las explicaciones.

—Tendrás que admitir que las cosas se han puesto difíciles en este país después de la guerra para las personas de escasas rentas…, es decir, para personas como tú, Juana.

—Oh, sí, desde luego. A no ser por la amabilidad de mi sobrino Raymond, no sé en realidad qué sería de mi persona.

—No me importa tu sobrino —repuso la señora Van Rydock—. Carrie Louise no sabe nada de él… o si ha oído hablar de él sólo le conoce como escritor y no tiene idea de que sea sobrino tuyo. El caso es que le dije a Carrie Louise que las cosas se habían puesto muy mal para ti. Que algunas veces apenas comías lo suficiente y que eras demasiado orgullosa para pedir ayuda a las viejas amigas, por lo que no era prudente ofrecerte dinero… pero sí una temporadita de descanso en los alrededores, con una antigua amiga

y buenos alimentos, sin molestias ni preocupaciones —Ruth hizo una pausa y agregó desafiándola—: Ahora, enfádate si quieres…

La señorita Marple abrió sus ojos de azul porcelana con agradable sorpresa.

—Pero ¿por qué iba a enfadarme contigo, Ruth? Ha sido una idea muy ingeniosa y verosímil. Estoy segura que Carrie Louise responderá.

—Te ha escrito. Encontrarás la carta cuando regreses. La verdad, Juana, ¿no crees que me he tomado una libertad imperdonable? ¿No te importará…?

Vacilaba y fue Juana Marple quien continuó la frase.

—¿…ir a Stonygates invitada por caridad… más o menos fingida? En absoluto… si es necesario. Tú lo crees necesario… y yo también me siento inclinada a creerlo.

Ruth Van Rydock la miró extrañada.

—¿Pero por qué? ¿Qué es lo que has oído?

—Nada. Es por tu convicción. Tú no eres una mujer imaginativa, Ruth.

—No, pero no tengo nada en qué basarme.

—Recuerdo —dijo pensativa la señorita Marple—, un domingo por la mañana en misa… era el segundo domingo de Adviento… estaba sentada detrás de Grace Lamble y comencé a preocuparme más y más por ella, completamente convencida de que le ocurría algo… bastante malo… y, sin embargo, sin poder decir por qué. Era un sentimiento perturbador y muy definido. Lo sé.

—¿Y le ocurrió algo?

—Oh, sí. Su padre, el viejo almirante, llevaba una temporada muy raro, y al día siguiente se abalanzó sobre ella con un martillo, gritando que era el Anticristo. Casi la mata. Se lo llevaron a un manicomio y ella se repuso después de una larga temporada de tratamiento en un hospital.

—¿Y tú tuviste ese presentimiento aquel día cuando la viste en misa?

—Yo no lo llamaría así. Se fundaba en un hecho…, esas cosas suelen ocurrir así, aunque no sabemos reconocerlas a su debido tiempo. Llevaba el sombrero mal puesto. Esto era muy significativo, porque Grace Lamble era una mujer muy metódica, y nada

distraída… y las circunstancias que hicieron que no se diera cuenta de cómo llevaba el sombrero fueron muy importantes. Su padre le había arrojado un pisapapeles de mármol, que no le dio, pero rompió el espejo. Ella cogió el sombrero a toda prisa y se lo puso antes de salir corriendo, para guardar las apariencias delante de los criados. Atribuía estas acciones al «temperamento naval del pobre papá», no se daba cuenta de que el viejo había perdido el juicio, a pesar de que debía haberse dado cuenta de ello claramente. Siempre se quejaba de que le espiaban y creía que todos eran enemigos… Los síntomas habituales.

Ruth miró a su amiga con respeto.

—Es posible que St. Mary Mead no sea un lugar tan idílico como yo había imaginado —dijo.

—Los seres humanos, querida, son iguales en todas partes. En una ciudad es más difícil observarlos de cerca, eso es todo.

—¿Irás a Stonygates?

—Iré. Tal vez sea un poco ingrata con mi sobrino Raymond, al dejar que crean que no me ayuda, quiero decir. Sin embargo, ahora está en México, donde pasará seis meses. Y en ese tiempo ya habrá terminado todo.

—¿Qué es lo que habrá terminado?

—La invitación de Carrie Louise no será aceptada por tiempo indefinido. Tres semanas, puede que un mes. Será suficiente.

—¿Para que tú averigües lo que anda mal?

—Sí.

—Querida Juana, estás muy segura de ti misma, ¿no es cierto?

La señorita Marple la miró con reproche.

—Tú lo estás de mí o eso es lo que has dejado entender. Sólo puedo asegurarte que haré lo posible por justificar tu confianza.

Capítulo II

Antes de coger el tren de regreso a St. Mary Mead (los viernes el billete era más económico), la señorita Marple, de un modo preciso y llena de interés, quiso conocer algunos datos.

—Carrie Louise y yo hemos mantenido cierta correspondencia, pero puede decirse que nos hemos limitado a felicitarnos las Pascuas. Por eso quisiera, querida Ruth, que me dieras una idea exacta de las personas que puedo hallar en esa casa de Stonygates.

—Bien, ya sabes que Carrie Louise se casó con Gulbrandsen. No tuvieron hijos y ella lo tomó muy a pecho. Gulbrandsen era viudo y tenía tres hijos mayores. Con el tiempo adoptaron una niña. Pippa la llamaron, una criatura encantadora. Sólo tenía dos años cuando la llevaron a su casa.

—¿De dónde procedía? ¿Quiénes eran sus padres?

—La verdad, Juana, ahora no lo recuerdo…, si es que lo supe alguna vez. Tal vez de un orfelinato…, o puede que tuvieran conocimiento de alguna criatura a quien sus padres no querían… ¿Por qué? ¿Crees que eso es importante?

—Bueno, a una siempre le gusta conocer la procedencia, por así decirlo. Pero continúa, por favor.

—Lo que sé de lo que ocurrió a continuación es que Carrie Louise descubrió que después de todo iba a tener un hijo, tengo entendido que eso ocurre muy a menudo.

La señorita Marple asintió.

—Eso creo.

—De todas maneras, así fue, y Carrie Louise sintióse desconcertada…, no sé si me comprendes. De haber ocurrido antes, pero entonces había entregado su cariño a Pippa y le pareció que

aquello la desplazaba, por así decir. Cuando nació Mildred, era realmente una niña muy poco atractiva. Se parecía a los Gulbrandsen…, que eran muy dignos y fuertes…, pero de facciones ordinarias. Carrie Louise procuró siempre que no hubiera diferencias entre su verdadera hija y la adoptiva, tanto, que yo creo que tendía a inclinarse hacia Pippa, y algunas veces sospecho que Mildred se daba cuenta de ello. No obstante, yo no los veía muy a menudo. Pippa creció convirtiéndose en una muchacha muy hermosa, y Mildred siguió siendo fea. Eric Gulbrandsen murió cuando Mildred tenía quince años y Pippa dieciocho. A los veinte, Pippa se casó con un italiano, el marqués de San Severiano… Oh, desde luego, un marqués auténtico, no un aventurero, ni nada parecido. Ella llevaba camino de convertirse en una heredera (naturalmente, de otro modo San Severiano no se hubiera casado con ella… ¡ya sabes cómo son los italianos!) Gulbrandsen dejó una cantidad en custodia para su hija igual a la de Pippa. Mildred contrajo matrimonio con un pastor protestante llamado Strete…, un hombre agradable y propenso a los resfriados de cabeza. Le llevaba unos diez o quince años. Creo que fueron felices. Él murió hace un año y Mildred ha regresado a Stonygates para vivir con su madre. Pero voy demasiado deprisa; me he dejado un par de bodas. Volveré atrás. Pippa se casó con un italiano. Carrie Louise estuvo muy contenta con ese enlace. Guido era guapo y educado, y además un excelente deportista. Un año después Pippa falleció al dar a luz una niña. Fue una tragedia terrible y Guido di San Severiano quedó abatidísimo. Carrie Louise iba y venía de Italia con cierta frecuencia, y en Roma conoció a Juan Restarick y se casó con él. El marqués contrajo nuevas nupcias y no puso resistencia a que su hijita fuera educada en Inglaterra por su abuela, inmensamente rica. Así que se instalaron todos en Stonygates: Juan, Alexis y Esteban (la primera mujer de Juan fue una rusa) y la pequeña Gina. Mildred se casó poco después con el pastor. Luego vino todo aquel asunto de Juan y la yugoslava, y el divorcio. Los muchachos siguieron yendo a Stonygates a pasar los fines de semana, apreciaban mucho a Carrie Louise, y en 1938 me parece, Carrie Louise contrajo matrimonio con Lewis.

La señora Van Rydock hizo una pausa.

—¿No conoces a Lewis?

—No, creo que la última vez que vi a Carrie Louise fue en 1928. Fue muy agradable y me llevó al Covent Carden…, a la ópera.

—Oh, sí. Bien, Lewis era la persona más adecuada para casarse con ella. Era el director de una conocida firma: el Instituto de Contables. Tengo entendido que primero se conocieron por cuestiones financieras del Trust Gulbrandsen y el Colegio. Era de su misma edad, un hombre de vida intachable, pero un maniático. Estaba completamente sugestionado por la idea de redimir a los jóvenes delincuentes.

Ruth Van Rydock suspiró.

—Como acabo de decirte, Juana, también hay modas en la filantropía. En tiempos de Gulbrandsen fue la educación, anteriormente las cocinas donde se repartía sopa…

La señorita Marple asintió con la cabeza.

—Sí, desde luego. Se les llevaba a los enfermos vino de Oporto, jalea y caldo de cabeza de ternera… Mi madre solía hacerlo.

—Eso está bien. Alimentando el cuerpo se conseguía alimentar la inteligencia. Todo el mundo volvióse loco por la educación de las clases modestas. En lo futuro presumo que la moda será no educar a los niños y conservarlos en su ignorancia hasta los dieciocho años. De todas formas, el Trust Gulbrandsen y el Instituto de Educación encontraron dificultades, pues el Estado iba asumiendo su tarea. Entonces llegó Lewis, con su entusiasmo apasionado por la enseñanza y la reforma de los delincuentes jóvenes. Primero debió dedicar su atención a este asunto durante el ejercicio de su profesión, intervención de cuentas, descubriendo jovencitos que con gran astucia habían perpetrado fraudes. Se fue convenciendo más y más de que los jóvenes delincuentes no eran normales, que tenían cerebros privilegiados y rara habilidad, y que únicamente necesitaban ser bien dirigidos para que resultasen útiles a la sociedad.

—Puede que haya algo de eso —repuso la señorita Marple—. Pero no es completamente cierto. Recuerdo…

Se interrumpió, mirando su reloj.

—¡Oh, Dios mío…! Voy a perder el tren de las seis treinta.

Ruth Van Rydock apresuróse a decir:

—¿Pero irás a Stonygates?

Mientras recogía su bolso y el paraguas la señorita Marple, le contestó:

—Si Carrie Louise me invita…

—Te invitará. ¿Irás? ¿Me lo prometes, Juana?

Juana Marple lo prometió.

Capítulo III

La señorita Marple se apeó del tren en la estación de Market Kindle. Un viajero muy amable la ayudó a bajar las maletas, una cesta de mimbre, un maletín de cuero deslucido y varios bultos heterogéneos. Balbuceó ciertas frases de agradecimiento:

—Es usted muy amable… Es tan difícil hoy en día… no hay muchos mozos. Me atolondro tanto cuando viajo.

Sus palabras quedaron ahogadas por los altavoces que anunciaban que el tren de las tres diez estaba en el andén 1, e iba a salir inmediatamente.

Market Kindle era una gran estación desierta y barrida por el viento. Tenía seis andenes, en uno de los cuales había un tren con un solo vagón cuya máquina dejaba escapar el vapor para darse importancia…

La señorita Marple, peor vestida que de costumbre, por suerte no había regalado todavía aquel traje viejo, miró indecisa a su alrededor y vio a un hombre joven que iba a su encuentro.

—¿La señorita Marple? —preguntó aquel joven. Su voz tenía un tono teatral inesperado, como si el pronunciar su nombre formase parte de un papel que representara en una función de aficionados —. Vengo de Stonygates… para recibirla.

La señorita Marple le miraba agradecida, dando la impresión de una anciana encantadora e inofensiva con unos ojos azules muy picaros, como tuvo ocasión de observar el joven, cuya personalidad no estaba de acuerdo con su voz. Era menos importante, podríamos decir, casi insignificante. Sus párpados se abrían y cerraban incesantemente debido a un tic nervioso.

—Oh, gracias —repuso la señorita Marple—. Sólo traigo este

equipaje.

Observó que el joven hizo una seña a un mozo que pasaba con un carrito lleno de bultos y maletas.

—Lleve todo esto a Stonygates, haga el favor —le dijo, dándose importancia.

—En seguida. No tardaré —repuso el mozo alegremente.

La señorita Marple tuvo la impresión de que a su nuevo conocido no le agradó demasiado aquella confianza.

—¡Estos empleados se ponen cada día más imposibles! —dijo el joven.

Mientras guiaba a la señorita Marple hacia la salida, se presentó:

—Soy Edgar Lawson. La señora Serrocold me ha pedido que viniera a buscarla. Soy el ayudante del señor Serrocold.

Y de nuevo percibió la ligera insinuación de que un hombre importante y tan ocupado como él era, había dejado a un lado su trabajo para atender caballerosamente un encargo de la esposa de su jefe.

Y de nuevo su expresión no fue del todo convincente…, tuvo cierto resabio teatral.

La señorita Marple comenzó a hacer cabalas sobre Edgar Lawson.

Salieron de la estación y el joven la acompañó hasta un «Ford» ocho cilindros bastante destartalado.

—¿Quiere sentarse delante conmigo o prefiere ir detrás? —le estaba diciendo cuando sufrieron una interrupción.

Un «Rolls Bentley» de dos plazas, nuevecito, llegaba a toda velocidad y se detuvo delante del «Ford». Una joven muy bonita se apeó del coche para acercarse a ellos. Llevaba pantalones de pana y camisa de cuello abierto.

—Hola, Edgar. Creí que no llegaría a tiempo. Ya veo que ha recogido a la señorita Marple. Vine a buscarla —sonrió mostrando una hilera de dientes perfectos que resaltaban en su rostro tostado por el sol—. Soy Gina —dijo a la señorita Marple—. Carrie Louise es mi abuela. ¿Qué tal viaje ha tenido? ¿Muy malo? ¡Qué cesta de mimbre más bonita! Me encantan las cestas de mimbre. Yo la llevaré, y los abrigos, así podrá subir al coche con más comodidad.

Edgar enrojeció protestando.

—Escuche, Gina. Yo he venido a recoger a la señorita Marple. Así lo dispusimos…

De nuevo volvió a lucir la muchacha su dentadura en una sonrisa indolente.

—Oh, ya lo sé, Edgar, pero de pronto se me ocurrió venir yo. La llevaré en mi coche y usted puede esperar y recoger las maletas.

Cerró la portezuela tras la señorita Marple y corrió a subir por el otro lado. De un salto se colocó ante el volante y arrancó a toda marcha.

Mirando hacia atrás, la señorita Marple pudo darse cuenta de la expresión de Edgar Lawson.

—No creo que esto le haya gustado al señor Lawson, querida.

Gina se echó a reír.

—Edgar es un tonto. Siempre quiere dar importancia a las cosas. ¿Cree de veras que le ha importado?

—¿Es que no le importa? —quiso saber.

—¿A Edgar? —la voz de Gina y su risa tenían una nota de crueldad inconsciente—. Oh, de todas formas todos están locos.

—¿Locos?

—Sí, todos los de Stonygates —repuso Gina—. No me refiero a Lewis, la abuelita, los muchachos, ni a mí…, ni tampoco a la señorita Bellever, naturalmente, pero sí a los otros. Algunas veces creo que yo también voy a volverme loca viviendo aquí. Incluso tía Mildred habla sola cuando se pasea… y eso no es lo más propio en la viuda de un pastor, ¿verdad?

Una vez dejaron atrás la estación, enfilaron una carretera perfectamente pavimentada. Gina dirigió una mirada dé soslayo a su compañera.

—Usted fue al colegio con la abuelita, ¿verdad? ¡Qué extraño me parece!

La señorita Marple supo muy bien lo que Gina quiso decir. A las chicas de hoy les cuesta creer que las viejas fueron jóvenes alguna vez, que llevaron tirabuzones y tuvieron que luchar con los decimales y la literatura.

—Debió de ser hace mucho tiempo —dijo la muchacha con asombro y sin intención de molestar.

—Sí, desde luego. Lo dice más por mí que por su abuela, ¿no es

así?

Gina asintió:

—Es curioso que usted diga eso. Ya sabe, abuelita, da la sensación de no tener edad, pese ya a sus años.

—Hace mucho tiempo que no la he visto. Me pregunto si la encontraré muy cambiada.

—Tiene el cabello gris, naturalmente —dijo Gina— y camina con un bastón a causa de su artritismo. Últimamente ha empeorado mucho. Supongo que… —interrumpióse y preguntó—: ¿Ha estado en Stonygates?

—No, nunca. Pero, claro, he oído decir muchas cosas de él.

—La verdad es que resulta algo horrible —repuso Gina alegremente—. Una especie de monstruosidad gótica. Pero también es divertido en cierto modo. Sólo que todo está desquiciado y uno se tropieza a cada momento con psiquíatras que se divierten de lo lindo. Son bastante parecidos a los profesores de los *boy-scouts*, sólo que peores. Los jóvenes delincuentes son muy animados, por lo menos algunos. Uno me enseñó a abrir los cerrojos de las puertas con un trozo de alambre, y otro niño, de rostro angelical, varios trucos para engañar a la gente.

La señorita Marple consideró en silencio aquellos informes.

—Es el tipo de criminal que más me gusta —dijo Gina—. Los estrambóticos no me resultan simpáticos. Claro que Lewis y el doctor Maverick creen que todos lo son… debido a deseos reprimidos y la vida desordenada de sus hogares… que sus madres abandonaron por irse con los soldados…, etcétera. Yo no lo comprendo, porque muchas personas llevan una vida terrible en sus casas y no obstante logran salir adelante muy bien.

—Estoy segura de que es un problema muy difícil —dijo la señorita Marple.

Gina volvió a reír, enseñando su espléndida dentadura.

—A mí no me preocupa gran cosa. Me figuro que algunas personas tienen esa especie de obsesión por conseguir un mundo mejor. Lewis está completamente dominado por esa idea… Va a ir a Aberdeen la semana próxima para presenciar el juicio contra un muchachito con cinco pruebas de culpabilidad.

—¿Y ese joven que vino a esperarme a la estación?, el señor

Lawson. Me dijo que ayuda al señor Serrocold. ¿Es su secretario?

—Oh, Edgar no tiene inteligencia suficiente para ser su secretario. Es un *caso*. Solía hospedarse en los hoteles haciéndose pasar por una personalidad o un piloto de guerra, pedía dinero prestado y luego salía huyendo. Creo que es un indeseable. Pero Lewis emplea con todos el mismo sistema. Les hace sentirse como de familia. Les da trabajo y hace todo lo necesario para estimular su sentido de la responsabilidad. Me atrevo a decir que cualquier día seremos asesinados por cualquiera de ellos. —Gina rió alegremente.

La señorita Marple no acertó a sonreír.

Pasaron por una puerta de hierro impresionante, donde un portero hacía guardia de pie en actitud marcial y recorrieron una avenida bordeada de rododendros. El camino estaba en malas condiciones y los parterres descuidados.

Interpretando los pensamientos de su compañera, Gina dijo:

—No había jardineros durante la guerra, y luego ya no nos hemos vuelto a preocupar; eso tiene un aspecto salvaje.

Tomaron una curva y apareció Stonygates en todo su esplendor. Era, como bien dijo Gina, un vasto edificio gótico Victoriano…, una especie de templo de la plutocracia. Con fines filantrópicos se le añadieron varias alas y construcciones anexas, que aunque no consiguieron disimular su estilo, le habían robado cohesión y armonía.

—¿Horrible, no? —dijo Gina—. Abuelita está en la terraza. Pararé aquí y usted puede ir a su encuentro.

La señorita Marple avanzó por la terraza al encuentro de su antigua amiga.

A distancia la menuda figura parecía casi infantil, a pesar del bastón en que se apoyaba y de su marcha lenta y dificultosa. Era como si una jovencita estuviera imitando con exageración a una anciana.

—Juana —dijo la señora Serrocold.

—Mi querida Carrie Louise.

Sí, inconfundiblemente era Carrie Louise. Apenas algo cambiada, todavía joven, cosa que parecía imposible, ya que, contrariamente a su hermana, no usaba cosméticos ni artificios para rejuvenecerse. Sus cabellos eran grises, pero siempre los tuvo rubio ceniza y el

color apenas había cambiado. Su cutis seguía siendo blanco y sonrosado como el pétalo de una flor, aunque ahora estuviera arrugado. Sus ojos conservaban su mirada franca e inocente. Su figura era esbelta y como la de una niña y aún ladeaba la cabeza como un pájaro.

—No sabes cómo me reprocho el no haberte llamado antes —le dijo Carrie Louise con su dulce voz—. Hace años que no te veo, querida Juana. Me alegro que al fin hayas venido a hacernos una visita.

Desde el extremo de la terraza, Gina gritó:

—Tienes que entrar, abuelita. Está refrescando… y Jolly se pondrá furiosa.

Carrie Louise dejó de oír su risa cristalina.

—Se preocupan tanto por mí, que no hacen más que recordarme que soy una vieja.

—¿Y tú no te sientes vieja?

—No, Juana. A pesar de todos mis achaques y dolores… y tengo muchos…, en mi interior me sigo sintiendo una jovencita como Gina. Tal vez le suceda lo mismo a todo el mundo. El espejo les dice lo viejos que son y ellos no quieren creerlo. Me parece que hace sólo unos pocos meses que estábamos en Florencia. ¿Te acuerdas de fraulein Schweich y sus botas?

Las dos ancianas rieron juntas comentando sucesos que tuvieron lugar casi medio siglo atrás.

Entraron en la casa por una puerta lateral. Allí se reunieron con una mujer ya mayor, de nariz arrogante, cabello corto, delgada y vestida con un traje sastre de buen corte, que dijo iracunda:

—Es una locura, Cara, que esté usted fuera hasta tan tarde. Es incapaz de cuidar de sí misma. ¿Qué dirá el señor Serrocold?

—No me riñas, Jolly —le dijo Carrie Louise mimosa antes de presentarla a la señorita Marple.

—Ésta es la señorita Bellever, que lo es todo para mí. Niñera, cancerbero, secretaria, ama de llaves y una amiga de verdad.

Julieta Bellever aspiró con fuerza, y la punta de su nariz enrojeció, evidente señal de intensa emoción.

—Hago lo que puedo —repuso con aspereza—. El llevar esta casa es algo terrible. No es posible organizar un plan ni seguir una

rutina.

—Querida Jolly, claro que no es posible. Me pregunto cómo lo intentas siquiera. ¿Dónde vas a instalar a la señorita Marple?

—En el cuarto azul. ¿Quiere que la acompañe arriba, señorita Marple?

—Sí, por favor, Jolly. Y luego hágala bajar para tomar el té. Creo que hoy lo tomaremos en la biblioteca.

El cuarto azul tenía pesados cortinajes de rico brocado azul desvaído, que según la señorita Marple debían contar unos cincuenta años. Los muebles eran de caoba sólidos y de gran tamaño, y la cama tenía cuatro columnas, también de caoba.

La señorita Bellever abrió una puerta que daba a un cuarto de baño inesperadamente moderno, de color orquídea y con muchos detalles cromados, y comentó:

—Juan Restarick, cuando se casó con Carrie Louise, hizo instalar diez cuartos de baño en la casa. Es lo único que se ha reformado. No quería ni oír hablar de tocar lo demás…, decía que era una muestra perfecta de la época. ¿No le conoció?

—No. La señora Serrocold y yo nos hemos visto muy raramente, aunque siempre nos escribíamos.

—Era un hombre muy agradable —dijo la señorita Bellever—. ¡No era bueno, desde luego! Un indeseable, pero alegraba la casa. Tenía un gran encanto, gustaba a las mujeres, casi demasiado. Ésa fue su desgracia. No era el tipo de Cara.

Y agregó, volviendo bruscamente a sus modales prácticos:

—La camarera le deshará las maletas. ¿Desea lavarse antes de tomar el té?

Después de recibir una respuesta afirmativa, dijo a la señorita Marple que la esperaría al pie de la escalera.

Juana Marple volvió al cuarto de baño para lavarse las manos, y se las secó algo nerviosa en una toalla de color orquídea. Luego se atusó sus suaves cabellos blancos y retocó la posición del sombrero.

Al abrir la puerta, encontró que la señorita Bellever la estaba esperando, la cual la acompañó por la tétrica escalera y el amplio y oscuro vestíbulo hasta una habitación donde las estanterías de libros cubrían las paredes. Una gran ventana daba a un lago artificial.

Carrie Louise estaba de pie junto al ventanal y la señorita Marple fue a colocarse a su lado.

—Esta casa impresiona —le dijo—. Casi me siento perdida en ella.

—Sí, me lo figuro. La verdad, es ridícula. Fue edificada por un herrero muy rico, o algo así. No tardó en arruinarse. No me extraña. Había unos catorce salones, todos enormes. Nunca he comprendido para qué necesita la gente más de una sala. ¡Cuánto espacio innecesario! Mi cuarto es imponente… cansa andar desde la cama al tocador. Y esas cortinas tan pesadas de terciopelo granate.

—¿No lo has reformado y vuelto a decorar?

Carrie Louise pareció sorprenderse.

—No. En conjunto está casi igual a como estaba cuando vivía Eric. Claro que se ha vuelto a pintar, pero siempre del mismo color. Esas cosas no importan en realidad, ¿no te parece? Quiero decir que no me hubiera parecido bien gastar el dinero en esto cuando hay tantas cosas mucho más importantes.

—¿No se ha hecho ningún cambio en toda la casa?

—Oh, sí…, muchísimos. Sólo hemos conservado la parte central tal como estaba… el Gran Vestíbulo, las habitaciones que hay alrededor y las de encima. Ahí es donde están las mejores y Juan, mi segundo esposo, estaba encantado con ellas, y dijo que nunca consentiría que se tocasen o cambiasen… y él era un artista dibujante entendido en estas cosas. Pero las alas este y oeste han sido completamente reformadas. Todas las habitaciones fueron divididas para poder instalar oficinas y dormitorios para los profesores y demás. Los chicos están en el edificio que llamamos Colegio… Puedes verlo desde aquí.

La señorita Marple contempló las grandes construcciones de ladrillos rojos que se divisaban a través del cinturón de árboles. Luego sus ojos se posaron en algo más cercano y sonrió.

—Gina es una mujer encantadora —dijo.

El rostro de Carrie Louise se iluminó.

—Sí, ¿verdad? —dijo suavemente—. Es muy agradable volverla a tener aquí. La envié a América a principios de la guerra… junto a Ruth. ¿No te ha hablado de ella?

—No. Se limitó a mencionarla.

—¡Pobre Ruth! —suspiró Carrie Louise—. Estaba terriblemente preocupada por la boda de Gina. Pero le he dicho una y otra vez que yo no se lo reprocho en absoluto. Ruth no comprende, como yo, que las antiguas barreras y diferencias de clase han desaparecido… o van desapareciendo. Gina efectuaba su prestación a los servicios de guerra…, cuando conoció a su marido. Era un marino con una buena hoja de servicios, y una semana más tarde se casaron. Claro que todo fue demasiado rápido, y no tuvieron tiempo para ver si congeniaban… pero así es como ocurren las cosas hoy en día. Los jóvenes pertenecen a esta generación. Nosotros podemos considerar equivocada su manera de proceder, pero hay que aceptar sus decisiones. No obstante, Ruth se disgustó mucho.

—¿No le agradaba ese marino?

—Todavía sigue diciendo que nadie sabe nada de él. Vino del Oeste medio y no tenía dinero… ni profesión, naturalmente. Hay cientos de muchachos así por todas partes… Pero no era ésa la idea que Ruth tenía del hombre conveniente para Gina. Sin embargo, ya no tenía remedio. ¡Me alegré tanto cuando Gina aceptó mi invitación para que viniera con su esposo! Aquí hay mucho que hacer…, trabajos de toda clase, y si Walter quiere especializarse en medicina o graduarse, u obtener algún título, puede hacerlo en este país. Después de todo, ésta es la casa de Gina. Es delicioso que esté aquí, una persona tan cariñosa, alegre y llena de vida.

La señorita Marple asintió con la cabeza y volviendo a mirar por la ventana, contempló a la pareja de jóvenes de pie, cerca del lago.

—Hacen una pareja estupenda —dijo—. ¡No me extraña que Gina se enamorara de él!

—Oh, pero ese…, ése no es Wally. —Hubo cierto embarazo en la voz de la señora Serrocold—. Ése es Esteban…, el hijo menor de Juan Restarick. Cuando Juan…, cuando se marchó, los muchachos no tenían dónde pasar las vacaciones, por eso los tuve aquí. Están como en su casa. Y ahora Esteban vive siempre aquí, pues se ocupa de las representaciones dramáticas. Sabes, tenemos un teatro, y representamos comedias… para fomentar sus aficiones artísticas. Lewis dice que muchos crímenes de los jóvenes son debidos al deseo de exhibirse. Son muchachos que llevan una vida de hogar desgraciada, y sus atracos y robos les hacen sentirse héroes. Les

animamos a escribir ellos mismos las obras, a representarlas y a dibujar y pintar los decorados. Esteban es el encargado del teatro. Es inteligente y un entusiasta. Resulta maravilloso la vida que pone en su cometido.

—Ya —repuso la señorita Marple distraídamente.

Su vista seguía siendo excelente (como muchos de sus vecinos pudieron comprobar a su pesar en el pueblecito de St. Mary Mead) y vio claramente el hermoso rostro moreno de Esteban Restarick reflejando entusiasmo mientras miraba a Gina. A la muchacha no podía verle la cara, puesto que estaba de espaldas, pero la expresión de Esteban Restarick no daba lugar a dudas.

—No es asunto mío —dijo la señorita Marple—, pero me figuro, Carrie Louise, que te habrás dado cuenta de que está enamorado de ella.

—Oh, no… —Carrie Louise pareció preocupada—. Oh, no. Espero que no.

—Tú siempre estás en las nubes, Carrie Louise.

Capítulo IV

Antes de que la señora Serrocold pudiera contestar, entró su esposo en la habitación con algunas cartas abiertas en la mano.

Lewis Serrocold era un hombre de corta estatura, sin ningún rasgo sobresaliente; pero con una personalidad que le hacía destacar inmediatamente. Ruth había dicho una vez hablando de él que, más que un hombre, parecía una dinamo. Solía concentrarse en sus ideas, sin prestar atención a los objetos o personas que le rodeaban.

—Una mala noticia, querida —le dijo—. Ese muchacho, Jackie Flinta, ha vuelto a las andadas. Y yo creí realmente que tenía intención de enmendarse esta vez, si le daba una oportunidad. Parecía deseoso de hacerlo. Ya sabes que descubrimos su afición a los ferrocarriles… y Maverick y yo estuvimos de acuerdo en que si le conseguíamos un empleo en los ferrocarriles, lo desempeñaría bien. Pero la historia de siempre. Robos insignificantes en los paquetes de las oficinas. Ni siquiera cosas que pudiera vender o deseara para sí. Eso demuestra que debe ser cosa psicológica. Realmente, no hemos sabido dar con la raíz de su problema. Pero no me doy por vencido.

—Lewis…, ésta es mi antigua amiga Juana Marple.

—Oh, ¿cómo está usted? —dijo el señor Serrocold, distraído—. Tanto gusto… Le llevarán a juicio, claro —volvió a su idea—. Un muchacho agradable, no demasiado inteligente, pero realmente un chico simpático. Vino de una casa incalificable. Yo…

De pronto se interrumpió, y la dinamo se dirigió a la invitada.

—Vaya, señorita Marple, me alegro que haya venido a pasar una temporadita con nosotros. A Carolina le encantará tener una amiga

de los viejos tiempos con quien intercambiar recuerdos. Esto es algo triste para ella… con esas historias tan deprimentes de esos pobres niños. Esperamos que esté usted mucho tiempo entre nosotros.

La señorita Marple pudo apreciar su magnetismo y comprendió lo atractivo que debía resultar para su amiga. No dudó ni por un momento que Lewis era de esos hombres que saben plantear los asuntos ante la gente. Pudo resultar irritante para algunas mujeres, pero no para Carrie Louise.

Lewis Serrocold agitó otra carta.

—De todas formas, también hay alguna buena noticia. Ésta es del Banco Somerset de Wilshire. Morris se está portando muy bien, listan muy satisfechos con él y van a ascenderle el mes que viene. Siempre dije que lo único que necesitaba era sentirse responsable…, eso, saber manejar dinero y lo que esto significa.

Se volvió a la señorita Marple.

—La mitad de esos muchachos no saben lo que es el dinero. Para ellos representa el poder ir al cine, o a la cárcel, y les parece excitante el saberlo escamotear. Bien, yo creo que…, ¿cómo diría…? Restregándoselo por las narices… enseñándoles contabilidad, aritmética…, enseñándoles toda la poesía del dinero, por así decir, se les puede curar. Darles habilidad y luego responsabilidad…, dejar que lo manejen oficialmente. Nuestros grandes éxitos los obtuvimos de este modo…, sólo dos casos nos fallaron entre treinta y ocho. Uno es el primer cajero de una sociedad de droguerías…, un cargo de auténtica responsabilidad…

Interrumpiéndose para decir a su esposa:

—Tomaremos el té dentro, querida.

—Creí que iba a ser aquí. Se lo dije a Jolly.

—No, en el vestíbulo. Los demás están allí.

—Creí que estarían todos fuera.

Carrie Louise tomó del brazo a la señorita Marple y entraron en el Gran Vestíbulo. Las tacitas estaban amontonadas en una bandeja, de cualquier manera…, unas blancas, mezcladas con otras de color, que debían ser restos de juegos de Rockingham y Spode. Había también una barra de pan, dos tarros de mermelada y algunos pasteles baratos y de mal aspecto.

Una mujer de mediana edad y cabellos grises estaba sentada

junto a la mesita del té, y la señora Serrocold la presentó, diciendo:

—Ésta es Mildred. Juana. Mi hija Mildred. No la has visto desde que era una niña muy chiquitína.

Mildred Strete era la persona más en consonancia con aquella casa que la señorita Marple pudo imaginar, no vista hasta entonces. Daba la impresión de ser muy seria y desgraciada. Se había casado cerca de los cuarenta con un pastor de la Iglesia Anglicana del que ahora era viuda. Tenía todo el aspecto de esa clase de viudas, respetable pero ligeramente aburrida. Era una mujer fea, de rostro grande e inexpresivo y mirada triste. La señorita Marple recordó que había sido una niña muy poco atractiva.

—Y éste es Wally Hudd…, el esposo de Gina.

Wally era un mocetón robusto con el pelo cortado como un cepillo y expresión huraña. Hizo una ligera inclinación de cabeza y siguió mascando un pedazo de pastel.

Entonces entró Gina acompañada de Esteban Restarick. Parecían muy animados.

—Gina ha tenido una idea magnífica para resolver ese fondo —dijo Esteban—. ¿Sabes, Gina, que tienes vocación para diseñar decorados?

Gina rió, al parecer muy complacida. Edgar Lawson, que acababa de entrar, fue a sentarse junto a Lewis Serrocold. Cuando Gina le dirigió la palabra, ni siquiera se dignó contestarle.

La señorita Marple encontró todo aquello algo desconcertante y se alegró de poder ir a su cuarto para echarse un rato después del té.

A la hora de comer acudieron todavía más personas, un joven doctor llamado Maverick que era psiquiatra o psicólogo… La señorita Marple no sabía muy bien en qué consistía la diferencia… y cuya conversación, que se basaba casi enteramente en la jerga empleada en su profesión, le resultaba poco inteligible.

Había también dos jóvenes con lentes, encargados de la enseñanza y un tal señor Baumgarten, terapeuta, y tres tímidos jovenzuelos que eran los «huéspedes» de aquella semana. Uno de ellos rubio y con los ojos muy azules era, según le informó Gina en un susurro, el experto en «estafas».

La comida no fue precisamente muy apetitosa. Todo estaba

guisado y servido de cualquier manera. Los comensales vestían de un modo muy diverso. La señorita Bellever llevaba un vestido negro de cuello alto; Mildred Strete uno de noche con una chaqueta de punto encima; Carrie Louise traje de lana gris… y Gina estaba resplandeciente con su atuendo campesino. Wally no se había mudado de ropa, ni tampoco Esteban Restarick. Edgar Lawson iba de azul oscuro, impecable. Lewis Serrocold de smoking. Comió muy poco y apenas parecía darse cuenta de lo que tenía en el plato.

Terminada la cena, Lewis Serrocold y el doctor Maverick fueron al despacho de este último. El terapeuta y los maestros se retiraron a la Residencia. Los tres «casos» volvieron al Colegio. Gina y Esteban al teatro para seguir discutiendo sobre la puesta en escena. Mildred se puso a tejer una labor interminable y la señorita Bellever a zurcir calcetines. Wally, sentado en una silla que inclinó hacia atrás, contemplaba el espacio. Carrie Louise y la señorita Marple charlaban de los viejos tiempos. La conversación parecía absurda e irreal.

Edgar Lawson daba la impresión de no saber qué hacer. Se sentaba y se levantaba inquieto.

—Me pregunto si no debiera ir a ver al señor Serrocold —dijo en tono bastante fuerte—. Es posible que me necesite.

Carrie Louise le dijo con amabilidad:

—Oh, no creo. Esta noche tiene que tratar una o dos cosas con el doctor Maverick.

—¡Entonces no iré, desde luego! Ni en sueños quisiera ir donde no me necesitan. Bastante tiempo he perdido yendo a la estación, cuando la señora Hudd tenía intención de hacerlo.

—Debió habérselo dicho —repuso Carrie Louise—. Pero creo que lo decidió a última hora.

—¿No comprende, señora Serrocold, que me ha hecho quedar en ridículo? ¡Como si yo fuera un tonto de remate!

—No, no —le sonrió Carrie Louise—. No debe tener esas ideas.

—Sé que no se me necesita, ni se desea mi presencia… Me doy perfecta cuenta. Si las cosas hubieran sido distintas…, si hubiese tenido un verdadero puesto en la vida, sería diferente. Muy distinto, desde luego. No es culpa mía el no haberlo tenido.

—Vamos, Edgar —insistió la anciana—; no se enfade por tan

poca cosa. Juana le considera muy amable por haber ido a buscarla. Gina siempre tiene esos impulsos repentinos… No tuvo intención de molestarle.

—Oh, ya lo creo que sí. Lo hizo a propósito… para humillarme…

—Oh, Edgar…

—Usted no sabe la mitad de lo que ocurre, señora Serrocold. Bueno, por hoy no digo más que ¡buenas noches!

Edgar salió de la habitación, cerrando la puerta de golpe.

La señorita Bellever comentó:

—¡Qué modales!

—Es tan sensible —repuso Carrie Louise distraída.

—La verdad es que es un hombre odioso —dijo Mildred Strete haciendo tintinear las agujas de hacer punto—. No debías tolerar semejante comportamiento, madre.

—Lewis dice que no puede evitarlo.

—Todo el mundo puede evitar ser rudo —agregó Mildred con aspereza—. Claro que Gina tiene mucha culpa. Es tan atolondrada… No hace más que complicar las cosas. Un día anima al pobre chico y al siguiente le desaira. ¿Qué se puede esperar?

Wally Hudd habló por primera vez en toda la noche.

—Ese chico está chiflado. ¡Eso es lo que ocurre! ¡Completamente chiflado!

Aquella noche, en su dormitorio, la señorita Marple quiso revisar el estado de cosas de Stonygates, pero todavía se le presentaba demasiado confuso. Allí había diversas corrientes…, pero era imposible adivinar cuál de ellas causó inquietud a Ruth Van Rydock. No era de esperar que Carrie Louise se sintiera afectada por lo que ocurría a su alrededor. Esteban estaba enamorado de Gina, y Gina podía estarlo o no de Esteban. Walter Hudd era evidente que no estaba disfrutando. Eso son incidentes que pueden ocurrir y ocurren en todas partes y en todo momento. Por desgracia, no era nada excepcional. Suelen terminar en divorcio y todos vuelven a empezar de nuevo llenos de esperanza… hasta que vuelven a surgir complicaciones… Mildred Strete estaba celosa de Gina. Lo cual, según opinión de la señorita Marple, era muy natural.

Repasó en su mente lo que le dijera Ruth Van Rydock. Carrie Louise sintióse muy decepcionada al saber que no iba a tener hijos… Luego la adopción de Pippa… y más tarde el descubrir que después de todo iba a ser madre.

—Suele ocurrir —había dicho el médico—. Tal vez debido a que desaparece la tensión, y entonces la Naturaleza puede realizar su obra.

Pero ello no había perjudicado a la niña que habían adoptado. Gulbrandsen y su esposa adoraron a Pippa, ganándose ésta un firme puesto en sus corazones. Gulbrandsen era ya padre. La paternidad no era cosa nueva para él y los anhelos maternales de Carrie Louise se colmaron con Pippa.

Y así crecieron las dos niñas; una, bella y alegre; la otra, fea y tristona. Lo que era muy natural, volvió a pensar la señora Marple. Porque cuando se quiere adoptar una niña, se escoge la más bonita, y aunque Mildred pudo tener la suerte de parecerse a los Martin, de los que eran dignos ejemplares Ruth y Carrie Louise, la Naturaleza quiso que saliera a los Gulbrandsen, que eran grandotes, inexpresivos y decididamente feos.

A esto hay que agregar la determinación de Carrie Louise de que su hija adoptiva nunca se sintiera desplazada y para asegurarse en su propósito fue más que indulgente con Pippa y algunas veces poco justa con Mildred.

Una vez casada Pippa, marchó a Italia, y durante una temporada Mildred fue la única hija en aquella casa; fallecida Pippa, Carrie Louise llevó a su hijita a Stonygates, y una vez más Mildred se quedó a un lado. Luego su madre volvió a casarse… y entraron los hijos de Restarick. En 1934 Mildred contrajo matrimonio con el pastor Strete, que le llevaba quince años, yendo a vivir al sur de Inglaterra. Era de suponer que fueron felices…, pero eso, en realidad, se ignoraba. No tuvieron hijos. Y ahora estaba otra vez allí, en la casa en que se había criado. Y probablemente tampoco ahora era muy feliz.

Gina, Esteban, Wally, Mildred y la señorita Bellever, que deseaba poder llevar la casa con orden y era incapaz de lograrlo. Lewis Serrocold era completamente feliz; un soñador capaz de poner en práctica sus ideales. En ninguna de aquellas personas halló

la señorita Marple lo que las palabras de Ruth hicieron creer que encontraría. Carrie Louise le parecía lejana a los acontecimientos terrenos… como lo estuvo toda la vida.

En aquel ambiente…, ¿qué fue lo que Ruth encontró extraño? ¿Y ella, Juana Marple, lo creía así también?

Había también otras personas en aquel torbellino… los terapeutas, los maestros, los jóvenes entusiastas e inofensivos, el doctor Maverick, los tres jóvenes delincuentes rubios de mirada inocente… y Edgar Lawson.

Y allí sus pensamientos se detuvieron y giraron alrededor de la figura de Edgar Lawson, antes de quedarse dormida. Aquel joven le recordaba algo… o alguien. Era un poco raro… tal vez más que un poco. Edgar Lawson estaba mal encajado…, ésa era la frase justa, ¿verdad? Pero seguramente no tenía relación con Carrie Louise.

Mentalmente, la señorita Marple meneó la cabeza.

Lo que la preocupaba era algo más que aquello.

Capítulo V

A la mañana siguiente, la señorita Marple salió al jardín eludiendo la compañía de su anfitriona. Su aspecto la desilusionó. En otros tiempos debió de haber sido un lugar muy bonito, con grandes grupos de rododendros, suaves declives de césped, arriates llenos de plantas y un seto recortado, rodeando una verdadera rosaleda. Ahora estaba abandonado, el césped sin cortar, los arriates llenos de hierbas entre las que crecían algunas flores y los senderos cubiertos de musgo y descuidados. En cambio, la huerta, rodeada de una pared de ladrillos rojos, aparecía próspera y bien arreglada, sin duda debido a su utilidad. Una gran porción de terreno, que antes estuvo cubierto de césped y flores, había sido convertido en pista de tenis y una bolera.

Al contemplar el abandono de los parterres, la señorita Marple hizo chasquear la lengua y arrancó de un tirón una planta de hierba cana.

Todavía con ella en la mano vio aparecer a Edgar Lawson. Al ver a la señorita Marple, se detuvo vacilante. Ella no tenía intención de dejarle escapar y le llamó en seguida. Cuando estuvo a su lado, le preguntó dónde guardaban las herramientas de jardinería.

Edgar contestó distraído que por allí encontraría al jardinero, que debía saberlo exactamente.

—Es una pena ver este parterre tan descuidado —dijo la señorita Marple—. Me gustan tanto los jardines —y puesto que no tenía intención de que Edgar fuese en busca de las herramientas, agregó —: Es lo único que puede hacer una mujer anciana e inútil. No creo que usted se haya preocupado nunca por la jardinería, señor Lawson. Tiene un trabajo tan importante, estando como está en un

cargo de tanta responsabilidad junto al señor Serrocold… Debe de ser muy interesante.

Él repuso con animación inesperada:

—Sí…, sí…, es interesante.

—Y debe de resultar usted una gran ayuda para el señor Serrocold.

—No lo sé —su rostro ensombrecióse—. No estoy seguro…, es por lo que hay detrás de todo esto…

Se interrumpió y la señorita Marple le observó pensativa: Un joven abatido, de corta estatura, y vestido con un traje tan impecable. Un muchacho a quien pocas personas mirarían dos veces, ni habrían de recordar su aspecto.

Cerca había un banquito y la señorita Marple fue a sentarse. Edgar quedó de pie ante ella, con el entrecejo fruncido.

—Estoy segura de que el señor Serrocold descansa completamente en usted.

—No lo sé —repitió Edgar—. No lo sé, la verdad —casi sin darse cuenta, se sentó también en el banco—. Estoy en una posición difícil.

—¿Sí?

El joven Edgar miraba fijamente al vacío:

—Esto es absolutamente confidencial —dijo de pronto.

—Desde luego —repuso la señorita Marple.

—Si pudiera hacer valer mis derechos…

—Sí.

—Puedo decirle… No se le escapará, ¿verdad?

—Oh, no.

—Mi padre…, mi padre es un hombre muy importante.

Esta vez no tuvo necesidad de decir nada. Limitóse a seguir escuchando.

—Nadie lo sabe, excepto el señor Serrocold. La posición de mi padre podría perjudicarse si la historia circulara por ahí —se volvió hacia ella, sonriendo. Una sonrisa digna y triste—. Soy *hijo de Winston Churchill*.

—Oh —repuso la señorita Marple—. Ya.

Recordaba otra historia bastante triste ocurrida en St. Mary Mead… y cómo terminó.

Edgar Lawson siguió hablando como si recitara una escena teatral.

—Existían ciertas razones. Mi madre no era libre. Su esposo estaba en un sanatorio…, no podía divorciarse…, ni hablar de matrimonio. No se lo reprocho. Por lo menos, eso creo… Él siempre hizo cuanto pudo. Claro que con discreción. Y ahí es donde han surgido complicaciones. Tiene enemigos… y también me odian a mí. Se las han arreglado para separarnos. Me vigilan. Me odian dondequiera que vaya. Y hacen que todo me salga mal.

La señorita Marple meneaba la cabeza lentamente, compadeciéndose.

—Dios mío, Dios mío —dijo.

—En Londres estuve estudiando Medicina. Intervinieron en mis exámenes… y cambiaron mis respuestas para que fracasara. Me seguían por las calles. Le contaban cosas de mí a la patrona. Me persiguieron por todas partes.

—Oh, pero no puede tener la seguridad… —dijo la señorita Marple, tratando de consolarle.

—¡Le digo que lo sé! Son muy listos. Nunca pude verlos ni descubrir su personalidad. Pero lo averiguaré… El señor Serrocold me sacó de Londres y me trajo aquí. Fue muy amable…, muy amable. Pero ni siquiera aquí estoy a salvo. También están aquí. Trabajando contra mí. Haciendo que los demás me aborrezcan. El señor Serrocold dice que no es cierto…, pero él no lo sabe. O de otro modo…, quisiera saber…, algunas veces he pensado…

Se interrumpió para ponerse en pie.

—Todo esto es confidencial. ¿Lo comprende, verdad? Pero si nota que alguien me sigue…, quiero decir…, espiándome, dígame quién es.

Y se alejó…, abatido, insignificante. La señorita Marple le miraba, preguntándose… Se oyó una voz.

—Tonterías. Sólo tonterías.

Walter Hudd estaba a su lado. Llevaba las manos metidas en los bolsillos y miró con el ceño fruncido la figura de Edgar que se alejaba.

La señorita Marple no dijo nada, y él prosiguió:

—¿Qué opina de este muchacho…, Edgar? Dice que su padre es

lord Montgomery. ¿Qué le parece? No lo creo probable por lo que he oído de él.

—No —repuso la señorita Marple—. No me parece muy probable.

—A Gina le dijo algo completamente distinto…, que era el heredero del trono de Rusia…, dijo que era hijo de no sé qué Gran Duque. Diablos, ¿es que ese chico no sabe quién fue su padre en realidad?

—Me figuro que no —repuso la anciana—. Ése es probablemente su caso.

Walter tomó asiento a su lado, dejando caer su cuerpo sobre el banco con gesto de abandono.

—Esto es una casa de locos.

—¿No le agrada estar en Stonygates?

—Sencillamente, no encajo…, eso es todo. No encajo.

—Observe este lugar…, la casa…, todo este aparato. Esta gente es rica. No necesitan dinero…, lo tienen, y fíjese cómo viven. Porcelana china antigua mezclada con loza barata. No tienen servicio apropiado…, sólo una ayuda para las faenas más pesadas. Los tapices, cortinajes y el tapizado de las butacas, todo es raso y brocado que se cae a pedazos. Las grandes teteras de plata y todo lo que usted sabe… amarillas y empañadas por falta de limpieza. La señora Serrocold ni se preocupa. Fíjese en el vestido que llevaba ayer noche. Remendado bajo los brazos, casi roto… y, no obstante, podría ir a la tienda a encargar lo que quisiera. En Bond Street o donde sea. ¿Dinero? Nadan en la abundancia.

Hizo una pausa.

—Yo comprendo lo que es ser pobre. No hay nada malo en ello cuando se es joven, fuerte y dispuesto para el trabajo. Nunca tuve mucho dinero, pero sabía ganarme el que quería. Iba a abrir un garaje. Ya había puesto en ese negocio parte de la cantidad estipulada. Le hablé a Gina, me escuchó y pareció comprender. No sabía mucho de ella. Todas las chicas con uniforme parecen iguales. Quiero decir que, al verlas, no se sabe distinguir si tienen dinero o no. Creí que era algo más que yo, debido a la educación, pero no lo consideré importante. Nos queríamos y nos casamos. Yo tenía algo de pasta y Gina también, según me dijo, íbamos a montar una

gasolinera en la parte de atrás de la casa… Gina estaba dispuesta. Éramos una pareja alocada… Estábamos locos el uno por el otro. Entonces esa tía de Gina comenzó a complicar las cosas… Y Gina quiso venir a Inglaterra a ver a su abuela. Bien, me pareció justo. Era su casa, y de todas maneras yo también sentía curiosidad por conocer este país. ¡Había oído hablar tanto de él! Así que nos vinimos. Sólo por una temporada… Eso es lo que yo creí.

Su ceño acentuóse todavía más.

—Pero no ha sido así. Estamos metidos en esta loca empresa. ¿Por qué no nos quedamos aquí…? ¿Fundamos nuestro hogar aquí…?, eso es lo que dicen. Tienen mucho trabajo para mí. ¡Trabajo! Yo no creo que sea trabajar dar azúcar a gángsters jóvenes y jugar con ellos a esos juegos infantiles… ¿Qué sentido tiene? Este lugar podría estar bien…, verdaderamente bien. ¿Es que la gente que tiene dinero no comprende lo afortunados que son? ¿No se dan cuenta de que no todo el mundo puede tener un lugar como éste, y que ellos lo tienen? ¿No es una locura despreciar la suerte cuando uno la tiene? A mí no me importa trabajar si tengo que hacerlo, pero trabajaré como me guste y en lo que me guste… y será en otra parte. Este lugar me hace sentir como preso en una tela de araña. Y Gina…, no puedo sacarla de aquí. No es la misma que se casó conmigo en los Estados Unidos. No puedo…, ahora no puedo hablarle siquiera para expresarle mis proyectos. ¡Oh, maldito sea!

La señorita Marple dijo con simpatía:

—Comprendo muy bien su punto de vista.

Wally le dirigió una rápida mirada.

—Es usted la única persona a quien le he hablado así. La mayor parte del tiempo estoy callado como una tumba. No sé por qué…, usted es inglesa, verdaderamente inglesa…, pero en cierto modo me recuerda a mi tía Betsy.

—Esto es muy halagador.

—Es muy sensata —continuó Wally, pensativo—. Parece tan frágil, como si uno pudiera partirla en dos, pero es muy entera… Sí, señor; vaya si lo es.

Se levantó.

—Siento haberle hablado así —se disculpó, y por primera vez le vio sonreír. Su sonrisa era muy atractiva, y le transformaba en un

hombre guapo y simpático—. Será que necesitaba desahogarme. Lo siento sinceramente que le haya tocado a usted.

Por un momento entretuvo su imaginación con el recuerdo del moderno escritor Raymond West. Un contraste tan grande que Walter Hudd no podía ni siquiera imaginar.

—Ahí le llega otra compañía —dijo Walter—. A esa señora no le resulto agradable. Por eso me marcho. Hasta luego. Gracias por haberme escuchado.

Echó a andar, y la señorita Marple miró a Mildred Strete que se acercaba hollando el césped.

—Ya veo que ha tenido que soportar a ese terrible joven —dijo la señora Strete, que llegaba casi sin aliento, al sentarse en el banco —. Es una tragedia.

—¿Una tragedia?

—Sí, el matrimonio de Gina. Y todo por haberla enviado a América. Ya le dije entonces a mi madre que era un disparate. Apenas tuvimos incursiones aéreas. Me desagrada la manera como las personas se desmoralizan pensando en lo que pueda ocurrirles a sus familiares…, a menudo a ellos mismos.

—Debió de ser difícil saber qué sería más acertado —repuso la señorita Marple—. Me refiero a los niños. Con la amenaza de una posible invasión, pudo haber significado el que crecieran bajo el régimen alemán…, además del peligro de las bombas.

—Tonterías —dijo la señorita Strete—. Nunca tuve la menor duda de que ganaríamos. Pero mi madre siempre fue poco razonable cuando se trataba de Gina; ha estado malcriada y consentida en todos los aspectos. En primer lugar, no había necesidad de haberla sacado de Italia.

—Tengo entendido que su padre no hizo objeción alguna.

—¡Oh, San Severiano! Ya sabe cómo son los italianos. Para ellos lo único importante es el dinero. Se casó con Pippa por su dinero, naturalmente.

—¡Dios mío! Siempre creí que estaba muy enamorado de ella y que a su muerte quedó inconsolable.

—Sin duda lo fingiría. No puedo comprender cómo mi madre pudo consentir que se casara con un extranjero. Me figuro que sólo por el afán de los americanos de poseer un título.

La anciana dijo tímidamente:

—Siempre he creído que mi querida Carrie Louise vivía un poco en las nubes.

—¡Oh, lo sé! No puedo soportarlo. Sus manías, extravagancias y proyectos idealistas. No tiene usted idea, tía Juana, de lo que eso significa. Naturalmente, yo puedo hablar con conocimiento de causa. He crecido en medio de todo esto.

A la señorita Marple le chocó un tanto oírse llamar «tía Juana», Claro que en todos los regalos que enviara para las niñas de Carrie Louise siempre puso: «De tía Juana, con cariño», y cuando pensaran en ella, es lógico que lo hicieran llamándola «tía Juana», aunque no era probable que fuese muy a menudo.

—Debe de haber tenido… una infancia difícil.

Mildred volvió los ojos agradecidos hacia ella.

—Oh, me alegra que alguien sea capaz de darse cuenta, la gente no comprende los sentimientos de las criaturas. Pippa, ya sabe, era la más bonita, y también la mayor. Siempre era ella la que acaparaba toda la atención. Papá y mamá la animaban continuamente… y no es que necesitara que la animasen. Yo era tímida… Pippa no sabía lo que era eso… Una niña puede sufrir mucho, tía Juana.

—Ya lo sé —repuso la anciana.

—«Mildred es tan tonta», solía decir Pippa. Pero yo era más pequeña que ella. Y es muy desagradable para una niña que su hermana esté siempre contra ella y también la gente. «Qué niña tan mona», le decían a mamá. Nunca se fijaban en mí. Y era con ella con quien papá solía jugar y reír. Alguien debía haberse dado cuenta de lo duro que me resultaba el que todas las atenciones fuesen para ella. No era lo bastante mayor para darme cuenta de que es el carácter lo que importa principalmente.

Le temblaban los labios; se rehizo y continuó:

—Y no era justo…, nada justo… Yo era su verdadera hija. Pippa había sido adoptada. Yo era la heredera de la casa…, ella no era nadie.

—Probablemente fueron demasiado indulgentes con ella por esta causa —dijo la señorita Marple.

—La preferían a ella. Una niña a quien sus propios padres no

quisieron… y probablemente ilegítima.

Prosiguió:

—Se ve en Gina. Tiene mala sangre. Lewis puede tener las teorías que quiera sobre el medio ambiente. La mala sangre no puede ocultarse. Fíjese en Gina.

—Gina es una muchacha encantadora —repuso la señorita Marple.

—Pero, en cambio, su comportamiento… Todo el mundo, menos mi madre, se da cuenta de cómo trata a Esteban Restarick. Es de mal gusto. Admito que ha hecho una boda desgraciada, pero el matrimonio es el matrimonio, y una debe estar preparada para sobrellevarlo. Al fin y al cabo, ella fue quien escogió a ese terrible muchacho.

—¿Es tan terrible?

—¡Querida tía Juana! A mí me da la impresión de un gángster. Es tan arisco y rudo. Apenas abre la boca. Siempre se muestra disgustado y grosero.

—Me parece que no es feliz —aventuró la señorita Marple.

—No sé por qué no había de serlo…, quiero decir, aparte del comportamiento de Gina. Aquí se ha hecho por él cuanto se ha podido. Lewis le ha indicado varias maneras para que tratase de resultar útil… Pero él prefiere remolonear por ahí, sin hacer nada.

Cambió de tono:

—Oh, este lugar es imposible…, completamente imposible. Lewis sólo piensa en esos terribles criminales, y mamá sólo en él. Todo lo que Lewis hace, está bien hecho. Mire en qué estado se halla el jardín…, los parterres…, esos hierbajos. Y la casa… donde nada se hace a derechas. Oh, ya sé que hoy día es difícil llevar una casa, pero puede conseguirse. Y es que además de cortos de dinero, nadie se preocupa. Si fuera mi casa…

Se detuvo.

—Me temo que todos tenemos que enfrentarnos con el hecho de que las condiciones son distintas. Estos grandes caserones son un grave problema. Debió ser triste para usted encontrarlo tan cambiado a su vuelta. ¿De veras prefiere vivir aquí… que en casa propia?

Mildred Strete enrojeció.

—Al fin y al cabo, es mi hogar. La casa que fue de mi padre. Eso nadie puede cambiarlo. Tengo derecho a estar aquí, si quiero, y quiero. ¡Si mi madre no fuera tan imposible! Ni siquiera se viste de un modo adecuado. Eso le preocupa mucho a Jolly.

—Iba a preguntarle por ella.

—Es un descanso tenerla aquí. Adora a mi madre. Hace mucho tiempo que está con ella…, vino en tiempos de Juan Restarick. Y creo que estuvo magnífica cuando ocurrió aquel desgraciado asunto. Supongo que habrá oído decir que se fugó con aquella yugoslava…, una mujer de lo más bajo. Creo que tenía muchos amantes. Mi madre se portó con mucha dignidad y se divorció con el menor alboroto posible. Incluso llegó a consentir que los hijos de Restarick pasaran aquí sus vacaciones, cosa innecesaria, pues pudo arreglarse de otra manera. Claro que era imposible dejarles con su padre y esa mujer. El caso es que los tuvo aquí… y la señorita Bellever se ocupó de todo y fue la torre de la fortaleza. Algunas veces pienso que ella hace que mi madre sea incluso más apagada de lo que es, al hacer todas las cosas; pero la verdad, no sé qué se haría sin ella.

Hizo una pausa y exclamó con cierta sorpresa:

—Aquí está Lewis. ¡Qué extraño! Rara vez sale al jardín.

El señor Serrocold se acercaba con aquel aire ausente con que hacía todas las cosas. Pareció no percatarse de la presencia de Mildred, puesto que era la señorita Marple quien estaba en su mente.

—Lo siento mucho —le dijo—. Quería haberla acompañado yo mismo a visitar todas nuestras instalaciones. Carolina me lo había pedido. Por desgracia tengo que ir a Liverpool. Es por ese muchacho empleado en ferrocarriles que quita los paquetes de la oficina. Pero Maverick la acompañará. Estará aquí dentro de unos minutos. Yo no regresaré hasta pasado mañana. Será espléndido si logramos que no vuelva a las andadas.

Mildred Strete se levantó para marcharse. Lewis Serrocold ni siquiera se dio cuenta de su marcha. Sus ojos inquietos miraban a la señorita Marple a través de los gruesos cristales de sus lentes.

—¿Sabe? —le dijo—. Los jueces casi siempre se equivocan. Algunas veces son demasiado severos, y otras demasiado

indulgentes. Si les condenan a unos meses de encierro no les sirve de escarmiento…, incluso les parece divertido. Se jactan de ello ante sus amigos, pero una sentencia severa a menudo les hace volver a la realidad. Comprenden que el juego no merece la pena. O a veces es mejor encarcelarlos. Una enseñanza correctiva… reconstructiva como la que nosotros damos aquí…

La señorita Marple le interrumpió:

—Señor Serrocold. ¿Está usted completamente satisfecho del joven Lawson? ¿E… es del todo normal?

Una expresión de disgusto apareció en el rostro de Lewis Serrocold.

—Espero que no vuelva a recaer. ¿Qué le ha estado diciendo?

—Que era hijo de Winston Churchill…

—Claro, claro. Lo de siempre. El pobre chico es hijo ilegítimo como es probable que ya haya adivinado, y de origen muy humilde. Me recomendó su caso una Sociedad de Londres. Había asaltado a un hombre en plena calle, porque dijo que le espiaba. Los síntomas clásicos… El doctor Maverick se lo explicará. Me enteré de su historia. Su madre era de la clase baja, pero de una respetable familia de Plymouth. Su padre, un marinero… Ella ni siquiera sabe su nombre… El niño creció en circunstancias difíciles… y comenzó a imaginarse cosas de su padre y más tarde de sí mismo. Se vestía de uniforme con condecoraciones que no tenía derecho a usar…, todo muy típico. Pero el diagnóstico de Maverick es favorable si conseguimos infundirle confianza en sí mismo. Le he dado un cargo de responsabilidad, tratando de hacerle comprender que no es el origen lo que importa si no el hombre. Traté de infundirle confianza en su propia habilidad. Ha mejorado notablemente. Estaba muy contento con él…, y ahora dice usted que…

Meneó la cabeza.

—¿No puede resultar peligroso, señor Serrocold?

—¿Peligroso? No creo que haya mostrado tendencias suicidas.

—No pensaba en el suicidio. Me habló de enemigos… que le perseguían. ¿No es esa… perdóneme… una señal peligrosa?

—No creo que haya llegado a ese grado. Pero hablaré con Maverick. Hasta ahora tenía muchas esperanzas… muchísimas.

Miró su reloj.

—Tengo que marcharme. Ah, aquí viene nuestra querida Jolly. Ella se ocupará de usted.

La señorita Bellever anunció su llegada:

—El coche está en la puerta, señor Serrocold. El doctor Maverick me telefoneó desde el Instituto. Dijo que acompañara a la señorita Marple hasta allí. Él nos esperará en la entrada.

—Gracias. Debo irme. ¿Y mi cartera?

—En el coche, señor.

Lewis Serrocold marchóse apresuradamente. Mirándole alejarse, la señorita Bellever dijo:

—Cualquier día caerá muerto. El no descansar va contra la naturaleza. Sólo duerme cuatro horas cada noche.

—Está muy enamorado de su trabajo —dijo la señorita Marple.

—No piensa en otra cosa —repuso Julieta Bellever con aspereza —. Nunca se preocupa de su mujer o en dedicarle alguna atención. Ella es una criatura muy dulce, usted ya lo sabe, señorita Marple, y debiera merecer amor y atención. Pero aquí nada cuenta o importa más que ese escuadrón de niños y jovencitos que quieren vivir fácilmente y sin escrúpulos, y a quienes no les agrada la idea de trabajar de firme. ¿Y quién se ocupa de los niños de las casas honradas? ¿Por qué no se hace algo por ellos? La honradez no resulta interesante para los maniáticos como el señor Serracold, el doctor Maverick y todo ese hatajo de sentimentalistas a medio cocer que tenemos aquí. Mis hermanos y yo fuimos educados de modo más duro, sin que nos valieran lamentaciones. Blando, ¡es eso lo que es el mundo hoy día!

Acabaron de atravesar el jardín y pasaron junto a una empalizada hasta llegar al arco abierto en la misma que Eric Gulbrandsen erigiera como entrada de su Colegio, un edificio horrible y macizo de ladrillos rojos.

El doctor Maverick salió a recibirlas con un aspecto bastante anormal, según opinión de la señorita Marple.

—Gracias, señorita Bellever —dijo—. Ahora, señorita…, er…, oh, sí, señorita Marple…, estoy seguro que le va a interesar lo que se viene haciendo aquí. Nuestro espléndido acercamiento a este gran problema. El señor Serrocold es un hombre de gran visión interior. Y a nuestras espaldas tenemos a sir John Stillvell…, mi

antiguo jefe. Estuvo en el Ministerio de Asuntos Interiores hasta que se retiró y su influencia hizo inclinar la balanza para que pudiéramos comenzar. Éste es un problema médico…, eso es lo que hay que hacer comprender a las autoridades. La psiquiatría se impuso durante la guerra. Lo único bueno que salió de ella… Ahora, antes que nada, quiero que vea nuestro acercamiento inicial al problema. Mire ahí arriba.

La señorita Marple leyó las letras talladas en el gran arco de la entrada:

TODOS LOS QUE ENTRAN AQUÍ, RECOBRAN LA ESPERANZA

—¿No es espléndido? Es la nota adecuada para el primer acorde. No les reñimos… ni les castigamos. Eso es lo que los estropea la mitad de las veces…, el castigo. Nosotros queremos hacerles sentir que son sujetos agradables.

—¿Como Edgar Lawson? —dijo la señorita Marple.

—Un caso interesante. ¿Ha hablado con él?

—Ha estado él conmigo —repuso la solterona, agregando con humildad—: Me pregunto si no es posible que esté un poco *perturbado*.

El doctor Maverick rió alegremente.

—Todos lo estamos un poco, querida señora —dijo mientras penetraban en el edificio—. Ése es el secreto de la existencia: Todos tenemos algo de locos.

Capítulo VI

En conjunto fue un día bastante agotador. La señorita Marple pensó que hasta el más sano entusiasmo puede resultar molesto. Sentíase ligeramente descontenta consigo misma y sus reacciones. Allí ocurría algo… o tal vez varias cosas, y no obstante no pudo formarse una idea clara de lo que era. Su vaga inquietud se centraba en la patética, pero incongruente personalidad de Edgar Lawson. Si consiguiera encontrar mentalmente la verdadera pista de todo lo…

De un modo concienzudo fue descartando al señor Selkidk (del camión de repartos), al distraído cartero, al jardinero que trabajaba el lunes de Pascua.

Algo que no lograba precisar debía ocurrirle a Edgar Lawson…, algo que estaba fuera de los hechos señalados y observados. Más, fuera lo que fuese, ¿de qué modo podía afectar a su amiga Carrie Louise? En las confusas vidas que se desarrollan en Stonygates, los deseos y preocupaciones de todos sus habitantes chocaban unos con otros, pero ninguno (por lo que alcanzaba a ver) rozaba siquiera a Carrie Louise.

Carrie Louise… De pronto se dio cuenta de que era la única que la llamaba así, excepto la ausente Ruth, que también utilizaba la misma denominación. Para su esposo, era Carolina. Cara, para la señorita Bellever. Esteban Restarick solía dirigirse a ella llamándola Madonna. Wally la nombrada señora Serrocold, y Gina, abuelita.

¿Había tal vez alguna significación en los diversos nombres de Carolina Louise Serrocold? ¿Era para todos ellos un símbolo y no un ser real?

Cuando a la mañana siguiente, Carrie Louise, arrastrando un

poco los pies al caminar, fue al jardín a sentarse junto a su amiga y le preguntó en qué estaba pensando, la señorita Marple replicó sin vacilar:

—En ti, Carrie Louise.

—¿Por qué en mí?

—Dime la verdad…, ¿hay algo que te preocupe?

—¿Que me preocupe? —la otra anciana levantó sus ojos claros —. Pero, Juana, ¿qué es lo que iba a preocuparme?

—Bien, la mayoría de nosotros tenemos preocupaciones. Yo también las tengo. Tonterías, ¿sabes? El tener que remendar la ropa…, no poder conseguir azúcar candi para hacer mi campota. Oh, montones de insignificancias… Parece extraño que tú no tengas ninguna.

—Sí, me figuro que debo tenerlas —repuso la señora Serrocold —. Lewis trabaja demasiado. Esteban se olvida de comer, siempre esclavo del teatro, y Gina es demasiado irreflexiva…, pero nunca fui capaz de cambiar a las personas… Así que, ¿qué iba a sacar preocupándome?

—Mildred no es muy feliz, ¿verdad?

—Oh, no. Mildred nunca fue feliz. Ni siquiera de niña. Al revés que Pippa, que siempre estaba radiante.

—Es posible —insinuó la señorita Marple— que Mildred tenga motivos para no serlo.

Carrie Louise repuso con calma:

—¿Porque es celosa? Sí, no diré que no. Pero las personas, en realidad, no necesitan una causa para sentir como sienten. Son así. ¿No te parece, Juana?

La señorita Marple pensó unos breves instantes en una tal señorita Moncrieff, esclava de su madre inválida. La pobre quería viajar y ver mundo. St. Mary Mead, de un modo discreto, se había alegrado cuando la señora Moncrieff descansó en el cementerio, y su hija, con una bonita aunque reducida renta, se vio al fin libre. En su viaje no fue más allá de Hyeres, pues al hacer una visita a «una de las viejas amigas de su madre», le dio lástima verla tan melancólica, y dejando su viaje, canceló las reservas de billetes y habitaciones y se quedó en aquel pueblo para ser explotada, trabajando como una negra, y para soñar una vez más con las

delicias de horizontes más amplios.

La señorita Marple dijo:

—Me figuro que tienes razón, Carrie Louise.

—Claro que el verme libre de preocupaciones se lo debo en parte a Jolly. Mi querida Jolly. Vino cuando Juan y yo acabábamos de casarnos. Cuida de mí como si yo fuese una niña que no supiera valerme. Se cuida de todo. A veces me siento un poco avergonzada, Creo sinceramente que sería capaz de matar a alguien por mí, Juana. ¿No te parece terrible decir una cosa así?

—Te aprecia mucho, ésa es la verdad —convino la solterona.

—Se pone furiosa. —La señora Serrocold dejó oír su risa cristalina—. Quisiera que llevara siempre vestidos preciosos, y que me rodease de lujos. Cree que todo el mundo debiera considerarme en primer lugar. Es la única persona a quien no impresiona en absoluto el entusiasmo de Lewis. Según ella, todos esos muchachos son criminales y no vale la pena molestarse por ellos. Considera este lugar demasiado húmedo y perjudicial para mi reuma, y cree que debiera irme a Egipto o a algún sitio cálido y seco.

—¿Sufres mucho por causa del reuma?

—Últimamente he empeorado bastante. Me cuesta gran trabajo andar, y siento fuertes calambres en las piernas. Oh, bueno… —de nuevo brilló su encantadora sonrisa—. Son cosas de la edad.

La señorita Bellever corrió a su encuentro.

—Un telegrama, Cara, acaban de darlo por teléfono.

Llegaré esta tarde, Christian Gulbrandsen.

—¿Christian? —Carrie Louise pareció sorprendida en gran manera—. No sabía que estuviera en Inglaterra.

—Le pondremos en la habitación de roble, me figuro.

—Sí, desde luego, Jolly. Así no subirá escaleras.

La señorita Bellever hizo un gesto de asentimiento y regresó a la casa.

—Christian Gulbrandsen es mi hijastro —explicó Carrie Louise —. Es el hijo mayor de Eric. Tiene dos años más que yo. Es uno de los socios del Instituto…, el más importante. Es lástima que Lewis se haya marchado. Christian no acostumbra pasar aquí más de una

noche. Es un hombre ocupadísimo. Y aquí estoy segura de que tendrán muchos asuntos que discutir.

Christian Gulbrandsen llegó aquella tarde, a tiempo de tomar el té. Era un hombre robusto y corpulento, con un modo de hablar lento y metódico. Saludó a Carrie Louise con todo afecto.

—¿Y cómo está la pequeña Carrie Louise? No has envejecido ni un día… ni siquiera un día.

Con las manos puestas sobre los hombros la contempló unos instantes sonriente hasta que le tiraron de la manga.

—Ah —se volvió—, ¡pero si es Mildred! ¿Cómo estás, Mildred?

—La verdad es que últimamente no me he encontrado muy bien.

—Malo. Malo.

Había una gran semejanza entre Christian Gulbrandsen y su hermanastra Mildred. Se llevaban casi treinta años de diferencia y podían haberlos tomado por padre e hija. Ella parecía muy contenta con su llegada. Estaba sonrosada y habladora, y durante todo el día estuvo nombrando a «mi hermano Christian», «mi hermano, el señor Gulbrandsen».

—¿Y cómo está la pequeña Gina? —preguntó volviéndose a la joven—. ¿Por lo visto, sigues viviendo aquí con tu marido?

—Sí. Los hemos instalado aquí, ¿no es cierto, Wally?

—Eso parece —repuso el aludido.

Los menudos ojos de Gulbrandsen parecieron observar a Wally con interés. Wally, como de costumbre, mostróse huraño y poco agradable.

—Vuelvo a estar con toda la familia —dijo Gulbrandsen.

Su voz quiso tener un tono jovial…, pero según pudo observar la señorita Marple, no debía de sentirse contento precisamente. Una mueca contraía sus labios y su aspecto denotaba preocupación.

Una vez presentado a la señorita Marple, le dirigió una larga mirada analítica.

—Ignoraba que estuvieses en Inglaterra, Christian —le dijo la señora Serrocold.

—Vine de improviso.

—Es una lástima que Lewis se haya marchado. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—Tenía intención de irme mañana. ¿Cuándo volverá?

—Mañana por la tarde o por la noche.

—Pues tendré que quedarme una noche más.

—Si nos lo hubieras avisado…

—Mi querida Carrie Louise, ya sabes que no puedo decidir mis cosas con anticipación.

—¿Te quedarás para ver a Lewis?

—Sí, necesito verle.

La señorita Bellever informó a Juana Marple:

—El señor Serrocold y el señor Gulbrandsen son socios del mismo Instituto. También lo son el obispo de Cromer y el señor Gilroy.

Era de presumir que Christian Gulbrandsen había acudido a Stonygates para resolver algún asunto concerniente al Instituto Gulbrandsen. Y al parecer eso era lo que todos suponían. Y sin embargo la señorita Marple no dejaba de hacer cabalas.

Cuando Carrie Louise no se daba cuenta el anciano le dirigía miradas preocupadas… que intrigaron a miss Marple. Y también, a hurtadillas, observó a todos con insistencia, cosa que le pareció bastante rara.

Con mucho tacto eludió la señorita Marple la compañía de los demás, y después del té se fue a la biblioteca, pero ante su asombro, cuando ya se había instalado para hacer labor, Christian Gulbrandsen vino a sentarse a su lado.

—Creo que es usted una antigua amiga de nuestra querida Carrie Lousie —le dijo—. Hace años, ¿eh?

—Fuimos juntas al colegio en Italia, señor Gulbrandsen. Hace muchos, muchísimos años.

—Ah, sí. ¿Y la quiere mucho?

—Ya lo creo —repuso la señorita Marple con calor.

—Entonces, como todo el mundo. Sí, lo creo sinceramente y debe ser así, pues es una personita bonísima y encantadora. Desde que mi padre se casó con ella mis hermanos y yo la hemos querido mucho. Siempre fue para nosotros como una hermana querida. Fue una esposa fiel para mi padre y leal con todas sus ideas. Nunca pensó en sí misma, sino que primero se interesó por el bienestar de los demás.

—Siempre ha sido una idealista —dijo la solterona.

—¿Una idealista? Sí, eso es. Y además, es posible que no se dé cuenta del mal que existe en el mundo.

La señorita Marple le miró sorprendida, viendo su rostro preocupado.

—Dígame —le preguntó Christian Gulbrandsen—. ¿Cómo está su salud?

La anciana volvió a sorprenderse.

—A mí me parece que está bien… aparte de su artritismo… y el reuma.

—¿Reuma? Sí. ¿Y el corazón? ¿Lo tiene bien?

—Que yo sepa, sí —la señorita Marple no salía de su asombro—. Pero hasta ayer hacía muchos años que no la veía. Si desea conocer su estado de salud, puede preguntar a alguien de la casa. Por ejemplo, a la señorita Bellever.

—La señorita Bellever… Sí, a la señorita Bellever o a Mildred.

—Eso mismo, o a Mildred.

La señorita Marple sentíase ligeramente violenta.

Christian Gulbrandsen la miraba fijamente.

—Uno diría que no existe gran simpatía entre la madre y la hija, ¿no es cierto?

—Sí, creo que es así.

—Estoy de acuerdo con usted. Es una pena… su única hija, pero ahí la tiene. Y esa señorita Bellever, ¿cree usted que la aprecia realmente?

—Muchísimo.

—¿Y Carrie Louise confía en la señorita Bellever?

—Eso creo.

Christian Gulbrandsen tenía el ceño fruncido, y habló más para sí que para la señorita Marple.

—Luego está la pequeña Gina…, pero es demasiado joven. Es difícil… —se interrumpió—. Algunas veces es difícil saber qué es lo mejor que puede hacerse. Deseo con toda el alma actuar de un modo conveniente. Tengo particular interés en que no le ocurra ningún mal, ni desgracia a esa querida dama. Pero no es fácil, nada fácil.

En aquel momento entraba la señora Strete.

—Oh, estás aquí, Christian. Nos preguntábamos dónde podías

estar. El doctor Maverick desea saber si quieres tratar algún asunto con él.

—¿Está aquí de nuevo el doctor? No, esperaré a que vuelva Lewis.

—Aguarda en el despacho de Lewis. ¿Quieres que le diga…?

—Hablaré yo mismo con él.

Y Gulbrandsen abandonó la habitación. Mildred le vio marchar y luego se volvió a la señorita Marple.

—Me pregunto si ocurrirá algo de particular. Christian está muy cambiado… ¿Le ha dicho algo… grave?

—Sólo me preguntó por la salud de su madre.

—¿Su salud? ¿Por qué habría de preguntárselo a usted?

Mildred habló con aspereza, mientras su rostro alargado enrojecía.

—La verdad, no lo sé.

—La salud de mamá es perfecta. Sorprendente para una mujer de sus años. Mucho mejor que la mía, hasta ahora —hizo una pausa antes de agregar—: Espero que se lo diría.

—La verdad, yo no sé nada de esto. Me preguntó por su corazón.

—¿Su corazón?

—Sí.

—Mi madre no padece del corazón. ¡En absoluto!

—Me alegra mucho saberlo, querida.

—¿Qué extraña idea se le habrá metido en la cabeza a Christian?

—Lo ignoro —repuso la señorita Marple.

Capítulo VII

El día siguiente transcurrió sin novedad aunque, no obstante, y según la señorita Marple, notábase una cierta tensión. Christian Gulbrandsen pasó la mañana en el Instituto, discutiendo con el doctor Maverick los resultados generales de su método. A primera hora de la tarde le llevó Gina a dar un paseo en automóvil, y luego pudo notar que insistía para que la señora Bellever le enseñase los jardines. Al parecer fue un pretexto para quedarse a solas con aquella arisca mujer. Y, sin embargo, si la visita de Christian Gulbrandsen era puramente por cuestión de negocios, ¿por qué deseaba la compañía de la señorita Bellever, que sólo se ocupaba de la parte doméstica de Stonygates?

Pero en todo eso la señorita Marple tenía que confesarse que se dejaba llevar por su imaginación. El único incidente real de aquel día se registró a eso de las cuatro de la tarde. Juana Marple había salido al jardín con idea de dar un paseo hasta la hora del té. Dando la vuelta a un grupo de rododendros se presentó Edgar Lawson, mascullando algo entre dientes, y casi tropieza con ella.

—Le ruego que me perdone —le dijo apresuradamente, pero la expresión de sus ojos sobresaltó a la anciana.

—¿Se encuentra usted bien, señor Lawson?

—¿Bien? ¿Por qué había de sentirme bien? He sufrido un golpe terrible… terrible…

—¿Qué clase de golpe?

El joven le dirigió una mirada furtiva, mirando luego inquieto a su alrededor, cosa que acrecentó el temor de la señorita Marple.

—¿Debo decírselo? —la miró vacilante—. No lo sé. La verdad, *no lo sé.* Me espían constantemente, me parece…

La anciana, tomando una determinación, le cogió del brazo con fuerza.

—Si seguimos ese sendero… Aquí, ahora… Aquí no hay arbustos ni árboles a nuestro alrededor. Nadie puede oírnos.

—No… Tiene usted razón —exhaló un profundo suspiro, inclinó la cabeza y su voz fue casi un susurro—. He hecho un descubrimiento. Un terrible descubrimiento.

—¿Qué descubrimiento?

Edgar Lawson comenzó a temblar. Casi lloraba.

—¡Haber confiado en alguien! Haber creído… y todo eran mentiras… todo mentiras… para evitar que descubrieran la verdad. No puedo soportarlo. Es demasiada maldad. Era la única persona en quien confiaba, y ahora he descubierto que todo el tiempo estaba engañándome. Él es mi enemigo. Es él quien me hacía seguir y espiar. Pero no podrá seguir haciéndolo. Le diré que sé lo que han estado haciendo.

—¿Quién es él? —quiso saber la señorita Marple.

Edgar Lawson se irguió cuanto le fue posible. Pudo haber dado la sensación de dignidad y dramatismo, pero resultaba ridículo.

—Le estoy hablando de mi padre.

—El vizconde Montgomery… ¿O se refiere a Winston Churchill?

Edgar le dirigió una mirada de reproche.

—Me hicieron creer esto… para evitar que conociera la verdad. Pero un amigo me ha revelado la verdad y me ha hecho ver que he sido totalmente engañado. Bien, ¡mi padre tendrá que habérselas conmigo! ¡Le arrojaré a la cara sus mentiras! Veremos lo que dice a esto.

E interrumpiéndose de improviso, echó a correr desesperadamente.

Con expresión preocupada, la anciana regresó a la casa.

«Aquí todos estamos un poco locos», le había dicho el doctor Maverick.

Pero el caso de Edgar le pareció muy categórico.

Lewis Serrocold regresó a las seis y media. Detuvo su automóvil ante la puerta de la verja, y anduvo hasta la casa a través del parque. Desde la ventana de su habitación la señorita Marple pudo ver a Christian Gulbrandsen que salía a su encuentro. Los dos

hombres, después de saludarse, comenzaron a pasear de un lado a otro de la terraza.

La señorita Marple había llevado sus prismáticos en prevención y creyó llegado el momento de utilizarlos. ¿Habían revoloteado unos verderones en las copas de aquellos árboles?

Antes de alzar los gemelos pudo comprobar que los dos hombres parecían seriamente preocupados. La señorita Marple los enfocó a lo lejos. Si alguno de ellos miraba hacia arriba, hubiera creído que algún pájaro ocupaba su atención. De vez en cuando llegaban hasta ella fragmentos de la conversación.

—«… cómo evitar que lo sepa Carrie Louise…» —decía Gulbrandsen.

Cuando volvieron a pasar bajo la ventana, era Lewis Serrocold quien hablaba.

—… «si pudiéramos evitárselo. Estoy de acuerdo contigo… es ella a quien debemos considerar ante todo…»

Otras frases sueltas llegaron hasta miss Marple.

—… «realmente serio…», «… no es justificable…», «… una responsabilidad demasiado grande…», «tal vez fuese necesario pedir consejo…»

Al fin oyó a Christian Gulbrandsen.

—¡Atchis! Está refrescando. Será mejor que entremos.

La solterona apartóse de la ventana con expresión preocupada. Lo que acababa de oír era demasiado ambiguo para poder formar una opinión concreta…, pero contribuía a confirmar la sensación de vaga inquietud que había ido creciendo en su interior desde que Ruth Van Rydock estuvo tan expresiva.

Lo que estaba ocurriendo en Stonygates, fuera lo que fuese, afectaba definitivamente a Carrie Louise.

La cena resultó algo violenta. Gulbrandsen y Lewis estaban absortos en sus propios pensamientos; Walter Hudd, más ceñudo todavía que de costumbre; y por primera vez, Gina y Esteban tuvieron poco que decirse. Casi sostuvo todo el peso de la conversación el doctor Maverick, que discutió largamente con el señor Baumgarten, uno de los terapeutas, sobre cuestiones técnicas y otras cosas.

Cuando pasaron al vestíbulo, después de la comida Christian

Gulbrandsen pidió que le disculparan, porque tenía que escribir una carta muy importante.

—Así que, si me lo permite, mi querida Carrie Louise, iré en seguida a mi cuarto.

—¿Tienes todo lo necesario?

—Sí, sí. Todo. Pedí una máquina de escribir, y ya la tengo. La señorita Bellever ha sido de lo más atenta.

Salió del Gran Vestíbulo por la puerta de la izquierda, que daba al pie de la escalera principal y a un largo corredor, en cuyo extremo hallábase la habitación de los huéspedes y un cuarto de baño.

Cuando hubo desaparecido, Carrie Louise preguntó:

—¿No vas a ir al teatro esta noche, Gina?

La muchacha negó con la cabeza, antes de dirigirse hacia la ventana, donde tomó asiento contemplando la avenida del parque. Esteban, tras dirigirle una mirada, se sentó al piano y comenzó a interpretar una suave melodía… extraña y melancólica.

Los dos maestros, Baumgarten, Lawson y el doctor Maverick, se retiraron tras dar las buenas noches. Walter quiso encender una lámpara de pie, y con un chasquido se apagaron todas las luces.

—Este condenado cordón siempre da chispazo. Iré a poner fusible nuevo —dijo, enfadado.

Cuando salía, Carrie Louise murmuró.

—Wally sabe mucho de estas cosas. ¿Recuerdas cómo arregló el tostador?

—Al parecer, es todo lo que hace aquí —repuso Mildred Strete —. Madre, ¿has tomado ya tu acostumbrada medicina?

La señorita Bellever pareció muy contrariada.

—Confieso que esta noche me había olvidado por completo. — Se puso en pie de un salto y fue al comedor regresando con un vasito lleno de un líquido rosado. Sonriente, Carrie Louise tendió la mano para cogerlo.

—Una cosa tan mala y nadie consiente que me olvide tomarlo — dijo haciendo una mueca.

Entonces, inopinadamente, intervino Lewis Serrocold, su marido:

—No creo que debas tomarlo esta noche, querida. No estoy

seguro de que te haga ningún bien.

Y con calma, pero con la decisión que le caracterizaba, cogió el vaso de manos de la señorita Bellever para dejarlo sobre el gran aparador de roble.

—La verdad, señor Serrocold, no estoy de acuerdo con usted. La señora se encuentra mucho mejor desde que…

Interrumpióse y se volvió airada.

La puerta de entrada se había abierto con violencia y vuelto a cerrar de golpe. Edgar Lawson avanzó por el vestíbulo con el aire de un artista que hace una entrada triunfal y se detuvo en el centro de la estancia, tratando de impresionar con su actitud.

Resultaba ridículo…, pero no del todo, y dijo, con entonación teatral:

—Al fin te he encontrado. ¡Oh, mi enemigo!

Se había dirigido a Lewis Serrocold, el cual parecía grandemente sorprendido.

—¡Vaya, Edgar! ¿Qué ocurre?

—¡Y tú me lo dices…, tú! Tú sabes muy bien lo que pasa. Has estado engañándome, espiándome, trabajando en contra mía.

Lewis le tomó del brazo.

—Vamos, vamos, muchacho, no te excites. Cuéntamelo todo con calma. Ven a mi despacho.

Le condujo hasta la puerta de la derecha, que cerró tras de sí. Luego, oyóse el ruido de una llave al girar en la cerradura.

La señorita Bellever miró a la solterona mientras la misma idea cruzaba por sus mentes.

No era Lewis Serrocold quien había echado la llave.

—Ese joven está perdiendo la cabeza —dijo la señorita Bellever —. No me parece de fiar.

—Está completamente desequilibrado y no agradece en absoluto lo que se hace por él —dijo Mildred—. No te queda más remedio que reconocerlo, madre.

—No es malo —murmuró Carrie Louise con un leve suspiro—. Quiere mucho a Lewis.

La señorita Marple la miró intrigada. No hubo precisamente afecto en la expresión de Edgar momentos antes, cuando se había dirigido a Lewis Serrocold, sino todo lo contrario. Se preguntaba,

como tantas otras veces, si Carrie Louise no volvía deliberadamente la espalda a la realidad.

Gina dijo con acritud:

—Llevaba algo en el bolsillo. Me refiero a Edgar. Jugueteaba con lo que fuese.

Esteban separó las manos de las teclas y dijo:

—En cualquier película sería un revólver.

La señorita Marple carraspeó:

—Creo que usted sabe que era un revólver.

A través de la cerrada puerta del despacho de Lewis el rumor de las voces era apenas audible, pero de pronto se oyó claramente. Edgar Lawson gritaba mientras la voz de Lewis Serrocold conservaba el mismo tono razonable.

—Mentiras…, mentiras…, mentiras…, todo mentiras. Yo soy tu hijo. Me has privado de mis derechos. Yo debiera poseer esta casa. Me odias… quieres librarte de mí.

Se oyó un murmullo; sin duda hablaba Lewis y luego aquella voz histérica volvió a dejarse oír con más fuerza soltando improperios. Al parecer Edgar estaba perdiendo el dominio de sí mismo. Siguieron unas palabras de Lewis…

—… calma… ten calma… sabes que nada de eso es cierto.

Más al parecer, éstas no consiguieron apaciguarle sino que, por el contrario, acrecentaron su furor.

En el vestíbulo todos guardaban silencio, pendientes de lo que ocurría tras la puerta del despacho, de Lewis.

—Haré que me escuches —chillaba Edgar—. Te quitaré esa expresión altanera del rostro. Me vengaré, te lo aseguro. Me vengaré por lo que me has hecho sufrir.

La voz de Lewis sonó cortante, cosa inaudita en él.

—¡Aparta ese revólver!

Gina gritó:

—Edgar le matará. Está loco. ¿No podríamos avisar a la policía, o hacer algo?

Carrie Louise repuso con suavidad y sin moverse:

—No hay necesidad de preocuparse, Gina. Edgar quiere a Lewis. Sólo está haciendo teatro, eso es todo.

Se oyó la risa de Edgar, que a la señorita Marple le pareció la de

un perturbado.

—Sí. Tengo un revólver… y está cargado. No digas nada y no te muevas. Ahora tienes que oírme. Eres tú quien ha maquinado esta conspiración contra mí y vas a pagarlo caro.

Les sobresaltó una explosión parecida a la de un disparo, más Carrie Louise dijo:

—No ha sido nada, fue ahí fuera… en algún lugar del jardín.

Tras la cerrada puerta Edgar seguía gritando:

—Y sigues ahí sentado mirándome… mirándome… inmóvil. ¿Por qué no caes de rodillas suplicándome piedad? Voy a disparar, te lo aseguro. ¡Dispararé! Soy tu hijo… tu hijo desconocido y despreciado… querías mantenerme oculto, o tal vez que desapareciera del mapa. Pusiste espías para que me vigilaran… me persiguieran… organizaste un complot contra mí. ¡Tú! ¡Mi padre! Sólo soy un bastardo, ¿no es cierto? Y me has estado contando mentiras. Simulando ser bueno conmigo… todo este tiempo… todo este tiempo… No mereces seguir viviendo. No lo consentiré.

De nuevo volvió a soltar una letanía de insultos. Durante aquella escena la señorita Marple tuvo la conciencia de que alguien dijo:

—Tenemos que hacer algo —y abandonó a grandes pasos la estancia.

Edgar parecía haberse callado para tomar aliento, pues volvía a gritar:

—Vas a morir… a morir. Vas a morir ahora. ¡Toma esto, demonio, y esto!

Sonaron dos disparos… esta vez no en el parque… sino, sin lugar a dudas, tras aquella puerta cerrada. Alguien, la señorita Marple creyó que fue Mildred, gritó:

—Oh, Dios mío, ¿qué vamos a hacer?

Oyóse un golpe como el de un cuerpo al caer al suelo y luego, algo más terrible que todo lo anterior, el jadear de una respiración difícil.

Alguien pasó junto a la señorita Marple y fue a golpear la puerta.

Era Esteban Restarick.

—Abrid la puerta. Abrid la puerta.

La señorita Bellever volvió a entrar en el vestíbulo con un

manojo de llaves.

—Pruebe con alguna de éstas —dijo casi sin aliento.

En aquel momento volvieron a encenderse las luces. El vestíbulo cobró nueva vida después de la densa oscuridad.

Esteban Restarick comenzó a probar las llaves.

Al hacerlo oyeron caer la llave detrás de la puerta.

Dentro, seguía la anhelante respiración.

Walter Hudd llegó caminando tranquilamente, y se detuvo en seco para preguntar:

—Díganme, ¿qué es lo que ocurre?

Mildred le dijo entre lágrimas:

—Ese loco ha disparado contra el señor Serrocold.

—Por favor —fue Carrie Louise quien habló. Se había levantado para acercarse a la puerta del despacho, y con un gesto amable hizo apartar a Esteban—. Dejadme que le hable.

—Edgar… Edgar… —dijo muy dulcemente—. Déjame entrar, ¿quieres? Por favor, Edgar.

Oyeron girar la llave en la cerradura y la puerta se abrió lentamente.

Más no era Edgar quien la había abierto, sino Lewis Serrocold. Respiraba trabajosamente, como si hubiera estado corriendo; pero por lo demás estaba impasible.

—Está perfectamente, querida —le dijo—. Todo está perfectamente.

—Pensamos que habría disparado contra usted —dijo la señorita Bellever.

Lewis frunció el ceño y repuso con ligera aspereza en su voz:

—Claro que no ha disparado.

Ahora podían ver el interior del despacho. Edgar Lawson estaba de bruces sobre la mesa escritorio, sollozando. El revólver estaba en el suelo.

—Pero oímos los disparos… —dijo Mildred.

—Oh, sí, hizo fuego dos veces.

—¿Y no te dio?

—Claro que no.

La señorita Marple no lo encontró tan claro, ya que debió de disparar a muy poca distancia.

Lewis Serrocold exclamó irritado:

—¿Dónde está Maverick? Es a Maverick a quien necesitamos.

—Iré a buscarle —repuso la señorita Bellever—. ¿Tengo que avisar también a la policía?

—¿A la policía? Desde luego que no.

—Claro que hay que llamar a la policía —dijo Mildred—. Es peligroso.

—Tonterías —insistió Lewis Serrocold—. Pobre muchacho. ¿Tiene aspecto de ser peligroso?

En aquellos momentos parecía muy joven, desgraciado y bastante repulsivo. Su voz había perdido su entonación estudiada.

—No tenía intención de hacerlo —sollozó—. No sé lo que pasó por mí… diciendo todas esas cosas… debo haber estado loco.

Mildred aspiró con fuerza.

—Debo haber estado completamente loco. Fue sin querer. Por favor, señor Serrocold, no tenía intención de hacerlo.

Lewis le dio unas palmaditas en el hombro.

—Está bien, muchacho. No ha pasado nada.

—Pude haberle matado.

Walter Hudd cruzó la estancia y observó la pared tras del escritorio.

—Las balas están aquí —y mirando la colocación de la mesa escritorio y el sillón, agregó—: Deben haberle pasado rozando.

—Perdí la cabeza. No sabía lo que hacía. Pensé que me había privado de mis derechos. Pensé…

La señorita Marple aventuró la pregunta que deseaba formular:

—¿Quién le dijo que el señor Serrocold era su padre?

Por un segundo apareció una expresión recelosa en el alterado rostro de Edgar. Fue como un relámpago.

—Nadie —repuso—. Se me ocurrió a mí.

Walter Hudd miraba el revólver caído sobre el suelo.

—¿Dónde diablos encontraste este revólver? —quiso saber.

—¿Revólver?

Edgar, sobresaltado, miró al suelo.

—Parece exactamente igual al mío —se agachó para recogerlo —. ¡Por vida de… si lo es! Lo cogiste de mi habitación, miserable gusano.

Lewis Serrocold se interpuso entre el abatido Edgar y el americano.

—Todo esto puede arreglarse después —dijo—. Ah, allí está Maverick. ¿Quieres echarle una mirada, Maverick?

El doctor acercóse a Edgar con aire profesional.

—Eso no se hace, Edgar. Ya sabes que no se hace.

—Es un loco peligroso —dijo Mildred con acritud—. Ha estado delirando y luego ha disparado contra mi padre. Por suerte, no le ha acertado.

Edgar exhaló un gemido y el doctor Maverick dijo molesto:

—Por favor, tenga cuidado, señora Strete.

—Estoy harta de todo esto. ¡Harta del modo como se comportan todos! Le digo que este hombre está loco.

Con un movimiento brusco, Edgar se separó del doctor Maverick cayendo a los pies del señor Serrocold.

—Ayúdeme, ayúdeme. No permita que me lleven de aquí y me encierren. No les deje…

Una escena desagradable, pensó contristada la señorita Marple.

—Les digo que es… —Mildred estaba indignada.

—Por favor, Mildred —dijo su madre, conciliadora—. Ahora no. ¿No ves que sufre?

—¡Un loco que sufre! —murmuró Walter—. Todos esos muchachos lo están.

—Yo me ocuparé de él —dijo el doctor Maverick—. Ven conmigo, Edgar. A la cama, te daré un calmante… y hablaremos de todo esto mañana. Ahora confía en mí. ¿Quieres?

Algo tembloroso, Edgar consiguió ponerse en pie mirando vacilante ora al joven doctor, ora a Mildred Strete.

—Ella dice… que estoy loco.

—No… No lo estás.

Se oyeron los pasos apresurados de la señorita Bellever, que venía por el vestíbulo con los labios apretados y el rostro enrojecido.

—He telefonado a la policía —dijo secamente—. Estará aquí dentro de pocos minutos.

Carrie Louise exclamó:

—¡Jolly!

Lewis Serrocold frunció el ceño.

—Jolly, le dije que no quería que avisara a la policía. Ésta es una cuestión interna.

—Es posible —repuso la señorita Bellever—. Pero yo tengo mi propia opinión. Tuve que llamarla. El señor Gulbrandsen acaba de ser asesinado.

Capítulo VIII

Pasaron uno o dos segundos antes de que la comprendieran: Carrie Louise dijo incrédula:

—¿Christian asesinado? ¿Muerto de un disparo? Oh, eso es imposible.

—Si no me creen —repuso la señorita Bellever dirigiéndose no sólo a Carrie Louise sino a toda la concurrencia—, vayan a convencerse.

Estaba furiosa, y su enfado se notaba en el tono crispado de su voz.

Despacio, como si no estuviera del todo convencida, Carrie Louise dio un paso en dirección a la puerta. Lewis Serrocold puso una mano sobre su hombro.

—No, querida; deja que vaya yo.

Y salió. El doctor Maverick, después de dirigir una mirada a Edgar, le siguió, y la señorita Bellever fue tras ellos. La señorita Marple hizo sentar a Carrie Louise, que la obedeció apesadumbrada.

—¿Christian… muerto? —volvió a decir con el propio asombro de una niña.

Walter Hudd permaneció junto a Edgar Lawson mirándola ceñudo mientras su mano sostenía el revólver que acababa de coger del suelo.

La señora Serrocold volvió a decir con extrañeza:

—¿Pero quién iba a querer matar a Christian?

Era indudable que aguardaba una respuesta.

—¡Bah! Cualquiera de ésos —murmuró Walter.

Esteban, con ademán protector, dio un paso hacia Gina, cuyo rostro pletórico de vida era lo más atrayente de la habitación.

De pronto abrióse la puerta principal y entró un hombre con un grueso abrigo acompañado de una ráfaga de aire frío.

Su caluroso saludo resultaba algo desconcertante.

—Hola a todo el mundo. ¿Cómo estáis esta noche? Hay muchísima niebla en la carretera. He tenido que venir muy despacio.

Por unos instantes, la señorita Marple pensó que estaba viendo doble. No era posible que el mismo hombre pudiera estar al lado de Gina y a la vez entrando en la habitación. Entonces pudo darse cuenta de que se trataba de un gran parecido, no tan grande cuando se les observaba de cerca. Estaba bien claro que aquellos dos hombres eran hermanos y muy semejantes, pero nada más.

Esteban Restarick era delgado hasta resultar demacrado. El recién llegado era un tipo normal. El enorme abrigo con cuello de astracán le sentaba perfectamente. Era un hombre atractivo, de ésos que dan la sensación de autoridad, buen humor y éxito.

Mas la señorita Marple pudo observar además otra cosa: Que sus ojos se fijaron en Gina en cuanto entró en el vestíbulo.

—¿Me esperabais? —preguntó—. ¿Recibisteis mi telegrama?

Se dirigía a Carrie Louise, y se acercó a ella.

Casi mecánicamente, ella le tendió la mano, que él besó respetuoso. Fue un homenaje afectuoso, no mera cortesía teatral.

—Claro, querido Alex, claro. Sólo que, ¿sabes?, han ocurrido cosas.

—¿Qué ha ocurrido?

Mildred le informó con cierta fruición, que la señorita Marple consideró de mal gusto.

—Mi hermano Christian Gulbrandsen ha sido encontrado muerto.

—¡Cielos! ¿Quieres decir que se ha suicidado?

—Oh, no —apresuróse a decir Carrie Louise—. No es posible. Christian, ¡no! Oh, no.

—Tío Christian no era *capaz* de suicidarse, estoy segura —dijo Gina.

Alex Restarick fue mirándolos a todos. Su hermano Esteban hizo una inclinación de cabeza, asintiendo. Walter Hudd le devolvió la mirada con cierto resentimiento Los ojos de Alex se fijaron en la

señorita Marple y frunció el ceño. Era como si hubiera encontrado un adorno donde no deseaba verlo.

Se veía que le hubiese gustado que le aclararan su presencia en aquella casa, pero nadie lo hizo y la señorita Marple siguió dando la impresión de ser una anciana dulce y distraída.

—¿Cuándo? —preguntó Alex—. ¿Cuándo ha ocurrido, quiero decir?

—Un momento antes de que tú llegaras —le dijo Gina—. Unos tres o cuatro minutos antes… porque, claro, oímos el disparo, sólo que no hicimos caso.

—¿Que no hicisteis caso? ¿Por qué?

—Pues, verás, estaban ocurriendo otras cosas… —dijo Gina sin respirar apenas.

—Desde luego —agregó Walter Hudd con remarcado énfasis.

Jolly Bellever entró en el vestíbulo por la puerta de la biblioteca.

—El señor Serrocold nos ruega que esperemos en la biblioteca. Será más conveniente para la policía. Menos la señora Serrocold. Ha sufrido un gran shock, Cara. He ordenado que le pongan una botella de agua caliente en la cama, La llevaré arriba y…

—Primero debo ver a Christian.

—Oh, no, querida.

Carrie Louise, poniéndose en pie, repuso:

—Querida Jolly…, tú no lo comprendes. —Miró a su alrededor —. ¿Juana?

La señorita Marple acercóse a ella.

—¿Quieres venir conmigo, Juana?

Se dirigieron juntas a la puerta. El doctor Maverick, que entraba en aquel momento, casi tropezó con ellas.

—Doctor Maverick —exclamó la señorita Bellever—. Deténgala. Es una imprudencia.

Carrie Louise miró con toda calma al joven doctor, incluso le sonrió un tanto.

—¿Quiere ir… a verle? —le preguntó éste.

—Debo hacerlo.

—Comprendo —se hizo a un lado—. Si usted cree que debe ir… señora Serrocold… vaya; pero acuéstese luego, y deje que la señorita Bellever cuide de usted. De momento es posible que no

acuse el golpe, pero le aseguro que se resentirá después.

—Sí. Creo que tiene usted razón; seré razonable. Vamos, Juana.

Las dos ancianas pasaron ante el pie de la escalera al salir del vestíbulo, que tenía a la derecha del comedor y a la izquierda la doble puerta que daba a la cocina; hasta llegar a la habitación de los huéspedes, que había sido destinada a Christian Gulbrandsen. Era una estancia amueblada más como sala que como dormitorio. La cama estaba en una alcoba, y una puerta daba al cuarto de baño.

Carrie Louise se detuvo en el umbral de la puerta. Christian Gulbrandsen había estado sentado tras el gran escritorio de caoba, ante una máquina de escribir portátil. Y allí estaba, pero caído hacia atrás en el sillón.

Lewis Serrocold estaba de pie junto a la ventana. Había separado un poco la cortina y miraba al exterior.

Miró hacia atrás y frunció el ceño.

—Querida, no debieras haber venido.

Fue hacia Carrie Louise y ella le tendió una mano. La señorita Marple se apartó un poco.

—Oh, sí, Lewis. Tenía que… verle. Hay que saber exactamente cómo han ocurrido las cosas.

Acercóse despacio a la mesa escritorio.

Lewis le advirtió.

—No debes tocar nada. La policía debe ver las cosas tal como las encontramos.

—Claro, ¿entonces, fue asesinado?

—Oh, sí —Lewis Serrocold pareció sorprenderse de que se le hiciera aquella pregunta—. Creí que ya lo sabías.

—Lo sabía. Christian no era capaz de suicidarse y además era una persona tan sensata que no es posible que le haya ocurrido un accidente. Sólo queda la posibilidad de… —vaciló— un asesinato.

Acercóse a la mesa y se quedó mirando el cadáver con afecto y tristeza muy sinceros.

—El querido Christian. Siempre fue bueno conmigo.

Suavemente tocó su cabeza con la punta de los dedos.

—Dios te bendiga, y gracias, querido Christian —dijo.

Lewis Serrocold parecía más emocionado de lo que nunca le viera la señorita Marple.

—Quisiera haberte podido evitar esto, Carolina.

—Uno no puede evitar a los demás lo que quisiera —repuso ella —. Más pronto o más tarde hay que hacer frente a los hechos. Y es mejor que sea cuanto antes. Me figuro que te quedarás aquí hasta que llegue la policía.

—Sí.

Carrie Louise se volvió para marcharse y la señorita Marple la rodeó con su brazo.

Capítulo IX

El inspector Curry y sus acompañantes encontraron a la señorita Bellever sola en el Gran Vestíbulo.

Salió a recibirlos.

—Soy Jolly Bellever, compañera y secretaria de la señora Serrocold.

—¿Fue usted quien encontró el cadáver y nos telefoneó?

—Sí. Casi todas las personas que habitan en esta casa están reunidas en la biblioteca… al otro lado de esa puerta. El señor Serrocold se ha quedado en la habitación del señor Gulbrandsen para procurar que no se toque nada. El doctor Maverick, que fue el primero en examinar el cadáver, estará aquí dentro de muy poco. Tuvo que llevar a un… a uno de los muchachos a la otra ala del edificio. ¿Quieren que les muestre el camino?

—Sí, haga el favor.

«Una mujer muy competente —pensó el inspector—. Parece haberlo resuelto todo.»

La siguió por el pasillo.

Durante los veinte minutos siguientes la policía llevo a cabo su metódica inspección. El fotógrafo hizo las fotografías pertinentes. Llegó el forense y se reunió con el doctor Maverick. Media hora más tarde, una ambulancia se llevaba los restos mortales de Christian Gulbrandsen, y el inspector Curry se dispuso a comenzar el interrogatorio oficial.

Lewis Serrocold le acompañó hasta la biblioteca, donde miró inquisitivamente a los reunidos, tomando notas mentales. Una anciana de cabellos blancos, una mujer de mediana edad, la bonita muchacha que él viera algunas veces conduciendo un coche por los

alrededores, y aquel ceñudo americano que era su marido. Un par de hombres jóvenes que de un modo u otro estaban mezclados en el suceso, y aquella mujer tan dispuesta, la señorita Bellever, que le había telefoneado y recibido a su llegada.

El inspector Curry había preparado su discurso y vio llegado el momento de soltarlo.

—Me temo que todo esto resulte muy molesto para ustedes —les dijo—, y espero no entretenerlos mucho esta noche. Mañana podremos repasar mejor las cosas. Fue la señorita Bellever quien descubrió la muerte del señor Gulbrandsen y por eso le pido que sea ella quien me haga un esquema de la situación general, lo cual nos evitará muchas repeticiones. Señor Serrocold, si lo desea, puede subir a hacer compañía a su esposa, y cuando yo haya terminado con la señorita Bellever, quisiera hablar con usted. ¿Está claro? ¿Hay alguna habitación reducida donde…?

—En mi propio despacho, Jolly —dijo Lewis Serrocold.

—Eso mismo iba a sugerirle —repuso la aludida.

Cruzó el amplio vestíbulo seguida del inspector y su ayudante.

La señorita Bellever procuró que se instalaran cómodamente. Parecía ser ella y no el inspector Curry quien dirigía la investigación.

Sin embargo, había llegado el momento de tomar la iniciativa. El inspector Curry tenía una voz agradable y modales corteses. Estaba tranquilo, serio, y daba la sensación de querer disculpar su intromisión. Algunas personas cometían el error de no saber apreciarle. Era tan importante para su trabajo como la señorita Bellever para el suyo, pero prefería no hacer alarde de ello.

Aclaró su garganta.

—Conozco algunos hechos personales por boca del señor Serrocold. El señor Christian Gulbrandsen era el hijo mayor del finado, Eric Gulbrandsen, el fundador del Trust Gulbrandsen y Compañía… y todo lo demás. Era uno de los socios de esta institución y llegó ayer inesperadamente. ¿Es así?

—Sí.

El inspector Curry pareció satisfecho de sus conocimientos y se dispuso a continuar.

—El señor Serrocold estaba en Liverpool. Regresó esta tarde en

el tren de las seis treinta.

—Sí.

—Esta noche, después de cenar, el señor Gulbrandsen expresó la intención de trabajar en su habitación, retirándose después de haber sido servido el café. ¿Correcto?

—Sí.

—Ahora, señorita Bellever, cuénteme cómo descubrió el cadáver.

—Esta tarde se registró un accidente bastante desagradable. Un joven, un caso psicopático, vino muy alterado y amenazó al señor Serrocold con un revólver. Estaban encerrados en esta habitación. El muchacho disparó… puede ver los agujeros de las balas en esa pared. Por fortuna, el señor Serrocold resultó ileso. Luego de disparar, el joven quedó anonadado, y el señor Serrocold me envió a buscar al doctor Maverick. Le llamé por el teléfono interior, pero no estaba en su habitación. Le encontré con uno de sus colegas, y cuando le di el recado, vino aquí inmediatamente. Mientras regresaba, fui a la habitación del señor Gulbrandsen, Quise preguntarle si quería alguna cosa…, leche caliente, o whisky, antes de acostarse. Llamé, pero no obtuve respuesta, así que abrí la puerta. Vi que estaba muerto y le telefoneé a usted.

—¿Cuántas puertas de entrada y salida hay en la casa? ¿Y cómo se cierran? ¿Es posible que entrara alguien sin ser visto ni oído?

—Cualquiera pudo haber entrado por la puerta lateral izquierda. No se cierra hasta que todos se han retirado, y es por donde se sale para ir a los edificios del Colegio.

—¿Y hay unos doscientos o doscientos cincuenta jóvenes delincuentes en este Colegio?

—Sí, pero esos edificios están bien vigilados. Me atrevo a asegurar que es casi imposible que alguien pueda salir de allí sin ser visto.

—Tendremos que comprobarlo, naturalmente. ¿El señor Gulbrandsen había dado motivos para… cómo diremos… para que le guardasen rencor? ¿O había tenido alguna decisión en cuanto a organización que lo hiciera impopular?

La señorita Bellever negó con la cabeza.

—Oh, no. El señor Gulbrandsen no tenía nada que ver con la

marcha del Colegio ni con su administrador.

—¿Cuál fue el motivo de su visita?

—No tengo la menor idea.

—Pero le contrarió no encontrar al señor Serrocok e inmediatamente decidió esperar su regreso.

—Sí.

—¿Así que su intención, en definitiva, era hablar con el señor Serrocold?

—Sí. Pudiera ser… por ciertos asuntos relacionados con el Instituto.

—Sí, es de presumir. ¿Celebró la entrevista con el señor Serrocold?

—No, no hubo tiempo. El señor Serrocold llegó precisamente antes de cenar.

—Pero después de terminada la cena, el señor Gulbrandsen dijo que tenía que escribir unas cartas importantes y se retiró. ¿No sugirió el deseo de celebrar una conferencia con el señor Serrocold?

—No lo hizo —repuso la señorita Bellever, tras unos instantes de vacilación.

—Desde luego, es bastante extraño… si es que se había quedado expresamente para verle.

—Sí es extraño.

Parecía que la señorita Bellever reparaba en ello por primera vez.

—¿El señor Serrocold no le acompañó a su habitación?

—No, se quedó en el vestíbulo.

—¿Y no tiene usted idea de qué hora sería cuando asesinaron al señor Gulbrandsen?

—Creo que es posible que fuese el disparo que oímos. De ser así, fue a las nueve y veintitrés minutos.

—¿Oyeron el disparo y no se alarmaron?

—Las circunstancias eran algo anormales.

Y le explicó algo más detalladamente la escena desarrollada entre los señores Lewis Serrocold y Edgar Lawson.

—¿Y por eso a ninguno se le ocurrió que el disparo pudo haber sido hecho dentro de la casa?

—No. Yo, desde luego, no lo pensé. Nos sentimos muy aliviados

al ver que no provenía de esa habitación.

Y agregó con aspereza:

—No es de esperar que en una misma casa y la misma noche se registren un crimen y un intento de asesinato.

El inspector Curry tuvo que admitir aquello como lógico.

—De todas formas —dijo de pronto la señorita Bellever—, creo que eso fue lo que me impulsó más tarde a dirigirme a la habitación del señor Gulbrandsen. Tenía intención de preguntarle si necesitaba alguna cosa, más era una especie de excusa para asegurarme de que todo marchaba bien.

El inspector Curry la observó unos instantes.

—¿Qué es lo que le hizo pensar que algo pudiera andar mal?

—No lo sé. Creo que debió ser aquella explosión. De momento no le di importancia, pero luego volvió a mi mente. Me dije que debió ser una explosión del automóvil del señor Restarick…

—¿Del automóvil del señor Restarick?

—Sí, Alex Restarick. Llegó esta tarde en su coche… después de todo lo ocurrido.

—Ya. ¿Cuando descubrió el cadáver del señor Gulbrandsen tocó alguna cosa de la habitación?

—Claro que no —repuso la señorita Bellever, algo molesta—. Sabía que no había que tocar ni mover nada. Vi la herida en la cabeza pero puesto que no se veía arma alguna, pensé que había sido asesinado.

—Y ahora, cuando nos acompañó hasta allí, ¿estaba todo exactamente igual a como estaba cuando usted descubrió el cadáver?

La señorita Bellever recapacitó unos momentos. Se echó atrás entrecerrando los ojos. El inspector Curry pensó que era de esas personas que poseen una memoria fotográfica.

—Una cosa no estaba igual. Entonces no había nada en la máquina de escribir.

—¿Quiere usted decir que la primera vez que entró en la habitación del señor Gulbrandsen pudo observar que éste estuvo escribiendo una carta, y que esa carta ya no estaba cuando volvió?

—Sí, estoy casi segura de que vi una hoja de papel blanco puesta en la máquina.

—Gracias, señorita Bellever. ¿Quién más entró en esa habitación antes de que llegásemos nosotros?

—El señor Serrocold, claro. Se quedó allí cuando vine a recibirles a ustedes. Y la señora Serrocold y la señorita Marple fueron también. Y la señora insistió mucho.

—¿La señora Serrocold y la señorita Marple? ¿Quién es la señorita Marple?

—Esa anciana de cabellos blancos. Fue compañera de colegio de la señora Serrocold. Llegó hace unos cuatro días para pasar aquí una temporada.

—Bien, gracias, señorita Bellever. Todo lo que nos ha dicho usted está muy claro. Ahora quisiera hablar con el señor Serrocold. Ah, pero primero tal vez con la señorita Marple… esa anciana. ¿No se llama así? Así podría irse a descansar. Es bastante cruel tenerla despierta hasta tan tarde —dijo el inspector Curry—. Debe haber sido un gran golpe para ella.

—La avisaré, ¿quiere?

—Si me hace el favor…

La señorita Bellever abandonó la habitación y Curry dijo mirando al techo:

—¿Gulbrandsen? ¿Por qué Gulbrandsen? Doscientos jóvenes desequilibrados. No hay razón para que no haya sido uno de ellos. Probablemente así será. Pero ¿por qué Gulbrandsen? El único forastero entre estas rejas.

El sargento Lake dijo:

—Claro que todavía no lo sabemos todo.

—Hasta ahora, no sabemos nada en absoluto —repuso el inspector.

Se puso en pie galantemente al ver entrar a la señorita Marple. Estaba algo ruborizada y él apresuróse a tranquilizarla.

—No se preocupe, señora —a las ancianas les gusta que se les llame señora, pensó el inspector. Para ellas, los policías son de clase inferior y quiso demostrarle que sabía respetarla—. Todo esto es muy molesto, lo sé. Pero tenemos que hacerlo para aclarar el asunto.

—Oh, sí, lo sé —repuso la señorita Marple—. Es tan difícil, ¿verdad? Me refiero a sacar algo en claro. Porque cuando uno mira

una cosa no puede ver las otras, Y a menudo nos fijamos en lo más equivocado, aunque es difícil saber si lo hacemos porque sí, o intencionadamente. Equivocamos la dirección, como dicen los ilusionistas. ¡Qué listos son, verdad! Y nunca he sabido cómo pueden arreglárselas con una pecera llena de peces…

El inspector Curry parpadeó y dijo, para traerla a la realidad:

—Tiene usted razón, señora. Conozco los acontecimientos que han tenido lugar esta tarde. La señorita Bellever me ha puesto al corriente. Estoy seguro de que habrán pasado muy mal rato.

—Sí, desde luego. Ha sido todo tan dramático.

—Primero esa barahunda entre el señor Serrocold y… —se detuvo para consultar sus notas—, ese Lawson.

—Un muchacho muy extraño —dijo la señorita Marple—. Durante todo este tiempo me ha parecido ver algo raro en él.

—Lo creo. Y luego, una vez terminado ese penoso altercado, tuvo efecto la muerte del señor Gulbrandsen. Tengo entendido que usted acompañó a la señora Serrocold a ver el… el… cadáver.

—Sí. Me pidió que fuese con ella. Somos antiguas amigas.

—Exacto. Y fueron a la habitación del señor Gulbrandsen. ¿Alguna de ustedes tocó alguna cosa mientras estuvieron en la habitación?

—Oh, no. El señor Serrocold nos advirtió que no lo hiciéramos.

—¿Se fijó si había una carta o un pedazo de papel puesto en la máquina de escribir?

—No había ninguno —repuso la señorita Marple sin vacilar—. Me fijé porque me pareció extraño. El señor Gulbrandsen estaba sentado ante la máquina, así que debía estar escribiendo algo. Sí, lo encontré muy raro.

—¿Habló mucho con el señor Gulbrandsen mientras estuvo aquí?

—Muy poco.

—¿No hay nada especial… o significativo que usted recuerde?

La señorita Marple meditó unos instantes.

—Me preguntó por la salud de la señora Serrocold. Por su corazón, en particular.

—¿Su corazón? ¿Es que acaso padece del corazón?

—En absoluto, según tengo entendido.

El inspector Curry guardó silencio un par de segundos; luego dijo:

—¿Oyó usted una explosión esta tarde, durante la disputa entre el señor Serrocold y Edgar Lawson?

—Yo no la oí. Soy un poco sorda, ¿sabe? Pero la señora Serrocold dijo que había sido dentro del parque.

—Según creo, el señor Gulbrandsen abandonó la reunión inmediatamente después de cenar.

—Sí, dijo que tenía que escribir unas cartas.

—¿No demostró deseos de celebrar una conferencia sobre negocios con el señor Serrocold?

—No.

Y agregó:

—Ya habían sostenido una pequeña conversación.

—¿Sí? ¿Cuándo? Creí que el señor Serrocold había llegado precisamente antes de cenar.

—Eso es completamente cierto, pero cuando llegaba por el parque, el señor Gulbrandsen salió a su encuentro y estuvieron paseando por la terraza.

—¿Quién más lo sabe?

—Me parece que nadie más —dijo la señorita Marple—. A no ser que el señor Serrocold se lo dijera a su esposa. Dio la casualidad de que yo estaba mirando por la ventana…, observando unos pájaros.

—¿Pájaros?

—Sí, pájaros —y agregó, al cabo de unos instantes—: Creí que tal vez fuesen verderones.

Al inspector Curry no le interesaban en absoluto los verderones.

—¿Y por casualidad… —dijo de un modo delicado— no oyó algo de lo que decían?

—Sólo algunas palabras sueltas.

—¿Cuáles fueron?

La señorita Marple guardó silencio unos momentos antes de contestar.

—No sé exactamente cuál sería el tema de su conversación, pero su preocupación era que no llegara a conocimiento de la señora Serrocold. «Si pudiéramos evitárselo», eso es lo que dijo el señor Gulbrandsen, y el señor Serrocold repuso: «Estoy de acuerdo

contigo. Es en ella en quien debemos pensar ante todo.» También hablaron de «una gran responsabilidad» y que tal vez debieran «pedir consejo».

Hizo una pausa.

—¿Sabe? Creo que será mejor que se lo pregunte al señor Serrocold.

—Lo haremos, señora. ¿Y no recuerda nada más que le haya parecido anormal esta tarde?

—Pues todo…

—Desde luego, desde luego.

Algo acudió a la memoria de la señorita Marple.

—Hubo otro incidente bastante curioso. El señor Serrocold impidió que su esposa tomara su medicina. La señorita Bellever quería que la tomara.

Y sonrió sin darle importancia.

—Pero, claro, es un detalle tan insignificante.

—Sí, claro. Bien, muchas gracias, señorita Marple. Esto es todo…, de momento.

Cuando la solterona hubo salido de la estancia, el sargento Lake comentó con el inspector.

—Es vieja, pero astuta.

Curry sonrió, asintiendo.

Capítulo X

Lewis Serrocold entró en su despacho y volvióse para cerrar la puerta, creando de ese modo una atmósfera de intimidad. Fue a sentarse, pero no lo hizo, en la butaca que acababa de abandonar la señorita Marple, sino en su propio sillón, tras de la mesa de escritorio. La señorita Bellever había brindado al inspector una butaca frente a la mesa, como si inconscientemente reservara el sillón de Lewis para cuando él llegara.

Una vez hubo tomado asiento Serrocold, miró pensativo a los dos policías. Su rostro parecía marchito y fatigado, como el de un hombre que está pasando por una dura prueba, cosa que sorprendió un poco al inspector Curry, porque aunque la muerte de Christian Gulbrandsen debió resultar un fuerte golpe para él, no se trataba de ningún pariente cercano ni amigo íntimo, sino de alguien a quien estaba lejanamente ligado a causa de su matrimonio.

Parecía que los papeles se habían cambiado. Daba la sensación de que Lewis Serrocold no estaba allí para responder a las preguntas de la policía, sino para ser él quien interrogase. Su actitud era la de un juez, cosa que irritó un tanto al inspector Curry.

—Ahora, señor Serrocold…

Lewis siguió sumido en sus pensamientos, y dijo con un suspiro:

—Qué difícil es saber lo que debe hacerse.

—Creo que debemos ser nosotros los que nos ocupemos de eso, señor Serrocold. En cuanto al señor Gulbrandsen, tengo entendido que llegó de improviso.

—Completamente de improviso.

—¿Usted no sabía que iba a venir?

—No tenía la menor idea.

—¿Ni tampoco el motivo de su visita?

Lewis Serrocold repuso tranquilamente:

—Oh, sí, sé a lo que vino. Me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Cuando llegué de la estación. Estaba esperándome y salió a mi encuentro. Hablamos en la terraza. Fue entonces cuando me dijo el motivo que le trajo aquí.

—Negocios relacionados con el Instituto Gulbrandsen, me figuro.

—Oh, no. No tiene nada que ver con eso.

—La señorita Bellever creyó que podía tratarse de eso.

—Naturalmente. Eso es lo que debieron suponer todos. Gulbrandsen no hizo nada por variar esa opinión. Ni yo tampoco.

—¿Por qué, señor Serrocold?

—Porque consideramos de suma importancia que nadie sospechara el verdadero motivo de su visita.

—¿Y cuál era?

Lewis Serrocold guardó un corto silencio. Suspiró.

—Gulbrandsen acostumbraba venir un par de veces al año para celebrar reuniones con los socios. La última tuvo lugar el mes pasado. En consecuencia, no era de esperar que volviera hasta dentro de otros cinco meses. Creo, además, que cualquiera pudo darse cuenta de que el asunto que le trajo debía ser muy urgente, pero sigo pensando que la opinión general fue que vino por «cuestión de negocios», y que el asunto, aunque urgente…, se refería al Trust. Por lo que yo sé, Gulbrandsen no hizo nada por contrarrestar esta impresión… o tal vez eso creyera. Sí, quizás esto se acerque más a la verdad…

—Señor Serrocold, temo no comprenderle del todo.

Lewis no contestó de pronto. Al fin dijo, con gravedad:

—Me doy plena cuenta de que debido a la muerte de Gulbrandsen… que fue asesinado…, de eso no hay duda, tengo que exponer todos los hechos ante ustedes. Pero, con franqueza, me preocupa la felicidad y la paz de mi esposa. No tengo derecho a decirle lo que debe hacer, inspector, pero si pudiera evitar que ciertas cosas llegaran hasta ella, le quedaría muy agradecido. Inspector Curry, Christian Gulbrandsen vino aquí expresamente

para decirme que mi esposa estaba siendo envenenada lentamente y a sangre fría desde poco tiempo atrás.

Curry inclinóse hacia delante.

—¿Qué?

—Sí, como puede imaginarse, fue un golpe tremendo para mí. Yo no sospechaba semejante cosa, pero tan pronto me lo comunicó Christian, me di cuenta de que ciertos síntomas que aquejaban últimamente a mi esposa eran compatibles con sus sospechas. Lo que ella y nosotros creíamos simple reumatismo, calambres en las piernas, etc., podrían ser muy bien síntomas de envenenamiento por arsénico.

—La señorita Marple nos dijo que Christian Gulbrandsen le preguntó por el estado del corazón de la señora Serrocold.

—¿Sí? Eso es interesante. Me figuro que pensó que tal vez fuera empleado veneno que atacara el corazón, puesto que conduce a la muerte sin despertar sospechas. Pero yo creo que el arsénico es más «discreto».

—Entonces, ¿usted cree que las suposiciones de Christian Gulbrandsen tenían fundamento?

—Oh, sí. En primer lugar, no hubiera venido a decírmelo de no estar seguro de ello. Era un hombre prudente y testarudo, difícil de convencer, pero muy astuto.

—¿Cuáles eran sus pruebas?

—No tuvimos tiempo de llegar a eso. Nuestra conversación fue muy corta. Sólo sirvió para que me comunicara el motivo de su visita, y para ponernos de mutuo acuerdo en no decir nada a mi esposa hasta que estuviéramos seguros de los hechos.

—¿Y de quién sospechaba?

—No lo dijo, y ahora creo que no debía de saberlo.

—Pudo haber sospechado…, pues, de otro modo, ¿por qué iban a asesinarle?

—¿Pero no hizo mención de ningún nombre?

—No. Nos pusimos de acuerdo para investigar el asunto a fondo, y él sugirió que le pidiéramos consejo y ayuda al doctor Galbraith, el obispo de Cromer. El doctor Galbraith es un viejo amigo de los Gulbrandsen y uno de los socios del Instituto. Un hombre de gran sabiduría y experiencia que hubiera sido de gran ayuda y consuelo

para mi esposa… si hubiera sido necesario comunicarle nuestras sospechas. Queríamos que nos aconsejase sobre la conveniencia de llamar o no a la policía.

—Qué extraordinario —dijo Curry.

—Gulbrandsen nos dejó, en seguida de cenar, para escribir al doctor Galbraith. Estaba escribiendo la carta cuando le dispararon.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque cogí la carta que estaba en la máquina —repuso con toda calma—. La tengo aquí.

Y sacando de su bolsillo un papel doblado, se lo tendió a Curry, que le dijo a modo de reproche:

—No debía haberla cogido ni tocado nada de la habitación.

—No toqué nada más. Sé que ante sus ojos he cometido una falta imperdonable al coger ese papel, pero tenía una razón muy poderosa. Estaba seguro de que mi mujer querría ir a verle y temí que pudiera leer algo de lo escrito. Admito que hice mal, pero me temo que volvería a hacerlo otra vez. Haría cualquier cosa… cualquier… para salvar la felicidad y la vida de mi esposa.

El inspector no dijo nada más por el momento y leyó la hoja escrita a máquina:

«Apreciado doctor Galbraith:

De ser posible, le ruego que venga a Stonygates tan pronto como le sea posible. Estamos atravesando una crisis de extrema gravedad y no sé cómo debo resolverla. Sé cuan grande es su afecto por nuestra querida Carrie Louise, y su interés por todo lo que a ella se refiera. ¿Qué es lo que debe saber? ¿Qué es lo que debemos ocultarle? Éstas son las preguntas que no sé cómo responder.

Para no andarme por las ramas: tengo razones para creer que esa dama dulce e inocente está siendo lentamente envenenada. Lo sospeché por primera vez cuando…»

Aquí la carta quedaba interrumpida.

—¿Y al llegar a este punto es cuando Christian Gulbrandsen

recibió el disparo? —dijo Curry.

—Sí.

—¿Pero cómo dejaron esta carta en la máquina?

—Sólo puedo imaginar dos razones… Una, que el asesino no tenía idea de lo que Gulbrandsen estaba escribiendo ni a quién. Y segunda…, tal vez no tuviera tiempo que perder. Pudo oír acercarse a alguien y hubo de escapar para no ser visto.

—¿Y Gulbrandsen no le insinuó de quién sospechaba…, si es que sospechaba de alguien?

Hubo una pausa antes de que Lewis respondiera.

—No.

Y agregó:

—Christian era un hombre muy recto.

—¿Y cómo cree usted era administrado, o sigue siendo administrado, ese veneno…, arsénico o lo que sea?

—Lo estuve pensando mientras me vestía para la cena, y me pareció que el medio más fácil es la medicina, mejor dicho, el tónico que toma mi esposa. Porque en cuanto a los alimentos, todos comemos los mismos y ella no toma nada especial. Pero cualquiera puede añadir arsénico al frasco de la medicina. Eso era lo más lógico.

—Tendremos que hacerla analizar.

Lewis repuso tranquilamente:

—Ya preparé una muestra. La obtuve esta noche, antes de cenar.

Y de un cajón de la mesa sacó una botellita conteniendo un líquido rojo.

—Piensa usted en todo, señor Serrocold —le dijo el inspector Curry con una extraña mirada.

—Creo en las actuaciones rápidas. Esta noche impedí que mi mujer tomara la dosis acostumbrada. Todavía debe estar en un vaso sobre el aparador de roble del vestíbulo… El frasco con el tónico está en el comedor.

Curry inclinóse hacia delante y se apoyó en el escritorio. Bajando algo la voz dijo en tono confidencial:

—Usted me perdonará, señor Serrocold, pero ¿por qué tiene tanto interés en ocultárselo a su esposa? ¿Tiene miedo que se deje invadir por el pánico? Seguramente, por su propio bien, sería

conveniente advertirla.

—Sí…, sí, es posible, pero no creo que me comprenda del todo. Sin conocer a mi esposa, Carolina, será algo difícil. Mi esposa, Carrie, es una idealista, una persona llena de confianza en los demás. Puede decirse de ella, con toda verdad que no ve el mal, ni lo oye, ni sabe hablar de eso. Le resultaría inconcebible que alguien quisiera asesinarla. Pero tenemos que ir algo más lejos. No se trata de «alguien». En ese caso… seguramente podrá darse cuenta… tiene que tratarse de alguien que vive muy cerca de ella y que le es muy querido…

—¿Es eso lo que usted cree?

—Tenemos que hacer frente a los hechos. Al alcance de la mano tenemos un par de cientos de psicologías torcidas y todavía no desarrolladas, que a menudo se han expresado de un modo violento, insensible y crudo. Pero dada la naturaleza de las cosas, ninguno de estos muchachos puede resultar sospechoso en este caso. Para ir envenenando poco a poco, tiene que ser alguien que viva con nosotros. Piense en las personas que están en casa: su esposo, su hija, su nieta, su hijastro, a quien aprecia como a un verdadero hijo, la señorita Bellever, su compañera y amiga de tantos años. Todos viven muy cerca de ella y le son muy queridos… y, no obstante, hay que sospechar…, ¿será alguno de ellos?

Curry dijo lentamente:

—Hay extraños…

—Sí, en cierto sentido. El doctor Maverick y uno o dos profesores están a menudo con nosotros. También los criados…, pero ¿qué motivos podrían tener?

—Y ese joven…, ¿cuál es su nombre: Edgar Lawson?

—Sí. Pero sólo está aquí desde hace poco. No tiene motivos. Además, quiere mucho a Carolina…, como todo el mundo.

—Pero es un desequilibrado. ¿Qué me dice de cómo le atacó a usted esta noche?

—Niñerías —repuso impaciente—. No tenía intención de hacerme daño.

—Ah, ¿no? ¿Y esas balas incrustadas en la pared? Disparó contra usted, ¿no es cierto? Eso, desde luego, es innegable.

—No intentó darme. Estaba representando una escena, nada

más.

—Pues es una manera bastante peligrosa de representar, señor Serrocold.

—Usted no comprende. Debe hablar con nuestro psiquíatra, el doctor Maverick. Edgar es hijo ilegítimo, y se consuela de su falta de padre y de un origen indigno imaginando que es hijo de un hombre célebre. Es un fenómeno muy conocido, se lo aseguro. Estaba mejorando mucho y por alguna razón, tuvo una recaída. Me identificó como «padre» y tuvo un ataque melodramático, amenazándome con un revólver y soltando improperios. No me alarmé lo más mínimo. Cuando hubo disparado, quedó anonadado y comenzó a sollozar hasta que el doctor Maverick se lo llevó para darle un sedante. Probablemente mañana por la mañana estará completamente normal.

—¿No desea presentar ningún cargo contra él?

—Eso sería lo peor… para él, quiero decir.

—Con franqueza, señor Serrocold, creo que debiera estar arrestado. Las personas que andan por ahí disparando revólveres para satisfacer sus instintos… Uno tiene que pensar en los demás, ¿sabe?

—Hable usted con el doctor Maverick —insistió Lewis—. Él le dará su opinión profesional. En cualquiera de los casos —agregó—, es imposible que el pobre Edgar matara a Gulbrandsen. Estaba ante mí amenazándome con disparar.

—A este punto quería llegar, señor Serrocold. Hemos observado el exterior. Al parecer, cualquiera pudo haber entrado y asesinado al señor Gulbrandsen, puesto que la puerta de la terraza no estaba cerrada. Pero hay un campo mucho más limitado en el interior de la casa y en vista de lo que usted me ha estado diciendo, me parece que debemos prestarle mucha atención. Parece posible, que con excepción de la señorita… er… sí, Marple que casualmente estaba mirando por la ventana de su dormitorio, nadie se enteró de que usted y Christian Gulbrandsen habían tenido una entrevista privada. De ser así, Gulbrandsen pudo ser asesinado para evitar que le comunicara sus sospechas. Claro que es muy pronto todavía para decir los otros motivos que pudieran existir. Me figuro que el señor Gulbrandsen sería un hombre rico.

—Sí, era muy rico. Deja hijos, hijas y nietos…, todos los cuales es probable que se beneficien con su muerte. Pero no creo que ninguno esté en este país, y todos son gente muy respetable. Por lo que yo sé, no creo que haya entre ellos ninguna oveja negra.

—¿Tenía enemigos?

—Me parece bastante improbable. En realidad…, no era de esa clase de hombres.

—Así que los sospechosos se reducen a los que viven en la casa. ¿Quién de ellos pudo haberle matado?

—Es difícil de decir. Están los criados, los miembros de mi institución y nuestros invitados. Me figuro que desde su punto de vista, todos, excepto los criados, estaban en el Gran Vestíbulo cuando se fue Christian, y mientras yo permanecí allí aún bastante rato, nadie lo abandonó.

—¿Nadie en absoluto?

—Creo que… —Lewis frunció el ceño, esforzándose por recordar —, oh, sí. Se apagaron algunas luces… y Walter Hudd fue a ver lo que ocurría.

—¿Ése es el joven americano?

—Sí… Claro que ignoro lo que ocurriría después de que Edgar y yo entramos aquí.

—¿Y no puede decirme nada más concreto, señor Serrocold?

—No, temo no poder ayudarle. Es…, es todo tan increíble.

El inspector Curry suspiró antes de decir:

—El señor Gulbrandsen fue muerto con una pistola automática. ¿Sabe usted si alguien de la casa tenía en su poder un arma semejante?

—No tengo la menor idea, más lo creo improbable.

El inspector Curry volvió a suspirar.

—Puede decir a los demás que vayan a acostarse. Mañana hablaré con ellos.

Cuando Serrocold hubo salido de la estancia, el inspector Curry dijo a Lake:

—Bueno…, ¿qué opina usted?

—Que él sabe…, o cree saber quién lo hizo —repuso el sargento.

—Sí, estoy de acuerdo con usted. Y que no le gusta nada…

Capítulo XI

Gina saludó muy excitada a la señorita Marple cuando ésta bajó a desayunarse a la mañana siguiente.

—La policía está aquí otra vez —le dijo—. Se han metido en la biblioteca. Wally se siente fascinado. No comprendo cómo pueden estar tan tranquilos e indiferentes. Creo que está emocionadísimo por lo ocurrido. Yo, no. Lo aborrezco. Me parece horrible. ¿Por qué cree usted que estoy tan excitada? ¿Por tener sangre italiana?

—Es muy posible. Por lo menos, tal vez eso explique por qué no le importa exhibir sus sentimientos.

La señorita Marple sonrió al decir esto.

—Jolly está terriblemente furiosa —dijo Gina, colgándose del brazo de la señorita Marple para acompañarla al comedor—. Creo que debe ser porque la policía se ha hecho cargo de todo y ella no puede «dominarlos» como hace con todos nosotros.

—Alex y Esteban —continuó Gina al entrar en el comedor, donde los dos hermanos terminaban su desayuno— ni se preocupan.

—Gina, querida —dijo Alex—, eres muy poco amable. Buenos días, señorita Marple. A mí me preocupa muchísimo. Por el hecho de que apenas conocía a tu tío Christian, soy el primer sospechoso. Espero que te des cuenta de ello.

—¿Por qué?

—Pues, verás. Yo llegué en mi coche en el preciso momento en que se desarrollaban los acontecimientos. Han estado comprobando cosas, y al parecer tardé demasiado tiempo en recorrer la distancia que media entre la verja y la casa… el tiempo necesario para dejar el coche, darle vuelta a la casa, entrar por la puerta lateral, matar a Christian, salir corriendo y volver al automóvil.

—¿Y qué es lo que estuviste haciendo en realidad?

—Creí que a las niñas pequeñas se les enseñaba a no hacer preguntas indiscretas. Pues estuve como un tonto contemplando durante varios minutos el efecto de la niebla y la luz, pensando utilizarlo en el escenario, para mi nuevo ballet.

—¡Pero puedes decírselo a la policía!

—Naturalmente. Pero ya sabes cómo son. Dirán: «Muchas gracias», muy educaditos, y lo escribirán todo, y uno no puede saber en qué están pensando. Tienen una mentalidad muy escéptica.

—Lo que me divertiría viéndote en un apuro, Alex —dijo Esteban con sonrisa cruel—. ¡Yo estoy a cubierto de toda sospecha! Anoche no me moví del vestíbulo.

Gina exclamó:

—¡Pero no es posible que piensen que ha sido uno de nosotros!

Sus ojos oscuros estaban abiertos por el asombro.

—No se te ocurra decir que debe haber sido un vagabundo, querida —dijo Alex, sirviéndose más mermelada—. Está muy gastado.

La señorita Bellever asomó la cabeza por la puerta para decir:

—Señorita Marple, cuando haya terminado de desayunarse, ¿querrá venir a la biblioteca?

—Usted, otra vez —dijo Gina—. Antes que todos nosotros.

Parecía algo ofendida.

—¿Eh, qué ha sido eso? —preguntó Alex.

—No he oído nada —replicó Esteban.

—Ha sido un disparo de revólver.

—Han estado disparando en la habitación donde asesinaron a tío Christian —dijo Gina—. No sé por qué. Y fuera también.

La puerta volvió a abrirse para dar paso a Mildred, vestida de negro y con un collar de cuentas de ónix.

Dio los buenos días sin mirar a nadie y tomó asiento. Con voz apenas perceptible, dirigióse a Gina.

—Ponme un poco de té, por favor. No quiero comer mucho…, sólo unas tostadas.

Con un pañuelito que llevaba en la mano, se secó los ojos y las mejillas, con gesto delicado. Luego alzó la vista mirando sin ver a los dos hermanos. Esteban y Alex parecían violentos. Sus voces se

convirtieron en un susurro y pronto se levantaron para marcharse.

La señora Strete dijo:

—¡Ni siquiera una maldita coartada!

—Me figuro que no sabrían de antemano que se iba a cometer un crimen —replicó la señorita Marple, disculpando a todo el mundo.

Gina ahogó una risita y Mildred la miró duramente.

—¿Dónde está Walter? —quiso saber.

—No lo sé. No lo he visto.

Tenía todo el aspecto de una chiquilla culpable. La señorita Marple se levantó.

—Voy a la biblioteca —anunció.

Lewis Serrocold estaba de pie junto a la ventana. No había nadie más en la biblioteca.

Cuando entró la señorita Marple, dirigióse a su encuentro y tomó una de sus manos entre las suyas.

—Espero —le dijo— que este golpe no le haya sido perjudicial. Al estar tan cerca de lo que es, sin duda alguna, un asesinato, debe ser una impresión muy fuerte para quien no ha estado nunca en contacto con estas cosas.

La modestia impidió a la señorita Marple contestar que se encontraba tan a gusto como en su casa, a pesar del crimen y limitóse a decir que la vida en St. Mary Mead no era tan apacible como se creía.

—Suceden cosas muy desagradables en un pueblo, se lo aseguro —le dijo—. Y uno tiene oportunidades de estudiar los hechos, cosa que no le ocurriría nunca en una ciudad.

Lewis Serrocold la escuchaba con indulgencia, pero sólo con una oreja.

—Necesito su ayuda —dijo sencillamente.

—Pues, claro, señor Serrocold.

—Éste es un asunto que afecta a mi esposa… que afecta a Carolina. Creo que usted la quiere de verdad.

—Sí, desde luego. Todo el mundo la quiere.

—Eso es lo que yo creía, pero parece que estaba equivocado. Con el permiso del inspector Curry, voy a decirle algo que nadie sabe todavía, a excepción de una sola persona.

Y le refirió brevemente lo que le dijera al inspector Curry la noche anterior.

La señorita Marple estaba horrorizada.

—No puedo creerlo, señor Serrocold. No puedo creerlo.

—Eso es lo que me pasó a mí cuando me lo dijo Christian Gulbrandsen.

—Yo hubiera dicho que la querida Carrie Louise no tenía un enemigo en todo el mundo.

—Parece increíble que pueda tenerlos. ¿Pero ve usted la complicación? El envenenamiento… el envenenamiento lento…, es cosa que debe hacerse en la intimidad de la familia. Debe ser alguien que está entre nosotros.

—Es cierto. ¿Está seguro de que el señor Gulbrandsen no se equivocó?

—Christian no estaba equivocado. Era un hombre demasiado prudente para asegurar sin fundamento una cosa así. Además, la policía analizó una muestra del contenido del frasco de la medicina de Carrie, y la copa que no tomó la otra noche. Encontraron arsénico… y no estaba en la receta. La cantidad tardarán algún tiempo en precisarla, pero se ha comprobado la presencia del arsénico.

—Entonces, su reuma…, su dificultad en andar…, todo eso…

—Sí, los calambres en las piernas, son típicos, según tengo entendido. Y también, antes de que usted llegara, Carolina sufrió uno o dos ataques fuertes de tipo gástrico… y no imaginé… hasta que vino Christian.

Se interrumpió. La señorita Marple dijo suavemente:

—¡Así pues, Ruth tenía razón!

—¿Ruth?

Lewis Serrocold pareció sorprenderse. La señorita Marple se ruborizó.

—Hay algo que no le he dicho. Mi venida a esta casa no ha sido del todo casual. Si me permite que me explique… Me temo que no sepa decir las cosas. Por favor, tenga paciencia.

Lewis Serrocold escuchó mientras la señorita Marple le hablaba de la inquietud y sospecha de Ruth.

—Es extraordinario —comentó—. No tenía la menor idea de eso.

—Era todo tan ambiguo —repuso la solterona—. Ni la misma Ruth sabía por qué tenía esa extraña sensación. Debiera haber una razón… Sé por experiencia que siempre la hay…, pero, ella según me dijo, sólo percibió «algo raro».

—Bien, parece ser que estaba en lo cierto —dijo Lewis con acritud—. Ahora, señorita Marple, ya ve cuál es mi situación. ¿Debo decirle todo esto a Carrie Louise?

—Oh, no —repuso en el acto la señorita Marple con voz contrariada.

—¿Entonces piensa como yo? Y como Christian. ¿Pensaríamos igual si se tratase de una mujer corriente?

—Carrie Louise no es una mujer corriente. Vive porque confía en los demás… Dios mío, me estoy impresionando mucho. Pero comprendo que hasta que no sepamos quién…

—Sí, ahí está el quid. Pero ¿se da usted cuenta, señorita Marple, del riesgo que existe no diciendo nada…?

—¿Y por eso quiere que yo…, cómo diría…, la vigile?

—Compréndame usted, es la única persona en quien puedo confiar —le dijo Lewis Serrocold con sencillez—. Aquí todo el mundo parece quererla mucho. Pero ¿son sinceros? En cambio, usted la conoce desde hace muchos años.

—Y además, he llegado sólo hace unos días —observó la señorita Marple.

—Exacto.

Lewis sonreía.

—Es una pregunta poco delicada… —comenzó a decir a modo de disculpa—. Pero ¿quiénes se beneficiarían con la muerte de Carrie Louise?

—¡Dinero! —exclamó Lewis, con amargura—. Siempre tiene la culpa el dinero, ¿no es dolorosamente cierto?

—Bien. Creo que en este caso, ese detalle tiene importancia. Porque Carrie Louise es una persona agradable y uno no puede imaginar que haya quien la aborrezca. Quiero decir, que no puede tener enemigos. Así es que todo hay que atribuirlo como usted ha dicho, a una cuestión de dinero, ya que no es preciso que le diga, señor Serrocold, que hay gentes que harían cualquier cosa por conseguir el vil metal.

—Me figuro que tiene razón.

Y continuó:

—El inspector Curry ya ha considerado esa posibilidad. El señor Gilfoy llega hoy procedente de Nueva York y podrá dar información detallada, Gilfoy, Gilfoy, James y Gilfoy son una eminente firma de abogados. El padre de Gilfoy fue uno de los fundadores y se han encargado del testamento de Carolina y del de Eric Gulbrandsen. Ya la pondré al corriente…

—Gracias —repuso la señorita Marple con gratitud—. Las cosas legales siempre me han parecido tan complicadas…

—Eric Gulbrandsen, después de fundar el Colegio, varias sociedades, trusts y otras empresas benéficas, y de dejar una suma igual a su hija Mildred y a su hija adoptiva Pippa (la madre de Gina), dejó el resto de su inmensa fortuna en custodia, cuya renta debía cobrar Carolina durante toda su vida.

—¿Y después de su muerte?

—Después de su muerte deberá ser dividida equitativamente entre Mildred y Pippa… o sus hijos, en el caso de que ellas hubieran precedido a Carolina en el viaje eterno.

—Así que, en resumen, el dinero iría a parar a manos de la señora Strete y de Gina.

—Sí. Carolina posee también una considerable fortuna…, aunque no de la categoría de la de los Gulbrandsen. La mitad de ella la puso a mi nombre hace cuatro años. Del resto, deja diez mil libras a Jolly Bellever, y todo lo demás, repartido en partes iguales entre Alex y Esteban Restarick, sus dos hijastros.

—Oh, Dios mío —dijo la señorita Marple—. Malo. Muy malo.

—¿Qué quiere decir?

—Que todo el mundo tiene motivos de índole económica.

—Sí. Y, no obstante, no puedo creer que alguno de los que viven en esta casa sea capaz de cometer un crimen. No puedo… Mildred es su hija… y ya tiene lo suyo. Gina adora a su abuela. Es generosa y extravagante, pero no tiene sentimientos ambiciosos. Jolly Bellever ha demostrado su afecto por Carolina. Los dos Restarick la quieren como si fuese realmente su madre. No tienen dinero, pero una buena parte de las rentas de Carolina ha servido para financiar sus representaciones… y esto reza principalmente con Alex. Con

franqueza, no puedo creer que uno de ellos haya sido capaz de envenenarla a sangre fría por el afán de heredarla a su muerte. No me es posible creerlo, señorita Marple.

—Luego está el esposo de Gina…

—Sí —repuso Lewis muy serio—. El esposo de Gina.

—No se sabe gran cosa de él, pero todo el mundo puede darse cuenta de que es un joven muy desgraciado.

Lewis suspiró.

—No se ha adaptado a este ambiente. No siente interés ni simpatía por nuestra obra caritativa. Pero, después de todo, ¿por qué iba a sentirlo? Es joven, rudo y viene de un país donde se aprecia a las personas según el éxito que tienen en la vida.

—Mientras que aquí justificamos todos los fracasos —repuso la señorita Marple.

Lewis Serrocold la miraba receloso, cosa que la hizo enrojecer intensamente y murmurar con cierta incoherencia:

—Algunas veces pienso que uno puede sobreponerse a los acontecimientos… Quiero decir que los jóvenes educados rectamente en un buen hogar… y con la entereza y el valor para salir adelante en la vida…, bueno, son en realidad lo que, para vivir, necesita una nación.

Lewis frunció el entrecejo, y las palabras de la señorita Marple fueron volviéndose cada vez más incoherentes.

—No es que no sepa apreciar… ya lo creo… la tarea de usted y Carrie Louise… un trabajo noble en verdad… verdadera compasión… y hay que tenerla… porque después de todo, lo que cuenta es lo que son las personas… buena y mala suerte… y se espera mucho más (y con toda razón) de los afortunados. Pero algunas veces considero el propio sentido de la ecuanimidad… pero, oh, no me refiero a usted, señor Serrocold. La verdad, no sé lo que quiero decir… pero los ingleses son bastante extraños en este sentido. Incluso en la guerra, se sienten tan orgullosos de sus derrotas y retiradas como de sus victorias. Los extranjeros nunca comprenden por qué están tan orgullosos de Dunkerque. Una de estas cosas que sería preferible no mencionar. Pero nosotros siempre consideramos embarazoso hablar de una victoria… y ¡fíjese en todos nuestros poetas! La Carga de la Brigada Ligera y todo

esto… ¡Es realmente una característica muy curiosa!

La señorita Marple tomó aliento.

—Lo que quiero decir es que todo lo nuestro debe parecerle bastante original a este joven Walter Hudd.

—Sí —dijo Lewis—. Comprendo su punto de vista. Y Walter tiene una buena ficha de guerra. No hay duda de su valor.

—No es que eso sirva de gran ayuda —repuso la señorita Marple con ingenuidad—. Porque la guerra es una cosa, y la vida cotidiana otra muy distinta. Y para cometer un crimen, creo que se necesita valentía… o tal vez, más a menudo, sólo voluntad. Sí, voluntad.

—Pero no me atrevería a decir que Walter Hudd tenga motivos suficientes.

—¿No? —dijo miss Marple—. Odia vivir aquí. Está deseando marcharse. Quiere que Gina se marche. Y si es dinero lo que busca en realidad, sería importante para Gina conseguir todo el dinero posible antes de… er… unirse definitivamente a otra persona.

—Unirse a otra persona —repitió Lewis con asombro.

La señorita Marple se maravilló de la ceguera de aquel entusiasta de la reforma de la sociedad.

—Eso es lo que he dicho. Los dos Restarick están enamorados de ella.

—Oh, no lo creo —repuso Lewis.

Prosiguió:

—Esteban es una gran ayuda para nosotros… una ayuda de un valor incalculable. Lleva a los muchachos con habilidad e interés. Dieron una espléndida representación el mes pasado. Decorados, vestuario, todo hecho por ellos. Eso demuestra, como le digo siempre a Maverick, que es la falta de dramas en sus vidas lo que conduce a esos muchachos a la delincuencia. Es un instinto natural en los niños el dramatizar. Maverick dice… ah, sí, Maverick.

Lewis se interrumpió:

—Quiero que Maverick vea al inspector Curry para hablarle de Edgar. Todo esto es tan ridículo…

—¿Qué es lo que sabe en realidad de Edgar Lawson, señor Serrocold?

—Todo —repuso Lewis—. Todo, es decir, todo lo que uno necesita saber. Su nacimiento, educación… su enorme falta de

confianza en sí mismo.

La señorita Marple se dispuso a interrumpirle.

—¿No es posible que fuese Edgar Lawson quien haya envenenado recatadamente a la señora Serrocold? —le preguntó.

—Muy poco probable. Sólo está aquí desde hace unas semanas. Y de todas maneras, ¡es ridículo! ¿Por qué iba a querer envenenar a mi esposa? ¿Qué iba a ganar con ello?

—Nada material, lo sé. Pero pudo tener alguna razón extraña. No es normal, ya sabe.

—¿Quiere decir que está perturbado?

—Eso supongo. No, no del todo. Lo que quiero decir es que no es normal.

No era una manera muy explícita de exponer lo que sentía, mas Lewis Serrocold aceptó sus palabras en su exacto valor.

—Sí —dijo con un suspiro—. No es normal, pobre chico. Y estaba tan mejorado. No puedo comprender esa súbita recaída…

La señorita Marple inclinóse hacia delante.

—Sí, eso es lo que quisiera saber. Si…

Interrumpióse al ver al inspector Curry entrar en la habitación.

Capítulo XII

Lewis Serrocold se dirigió hacia la puerta y abandonó la estancia, y el inspector Curry, mientras se sentaba, dirigió una mirada bastante extraña a la señorita Marple.

—Conque el señor Serrocold le ha pedido que haga de vigilante, ¿eh? —le dijo.

—Pues sí, señor. —Y agregó, a modo de disculpa—: Espero que no le importe…

—No me importa. Creo que es una buena idea. ¿Sabe el señor Serrocold lo bien dotada que está para desempeñar ese cargo?

—No le comprendo, inspector.

—Ya lo ve. Él cree que usted es sólo una anciana muy agradable que fue a la escuela con su esposa. Nosotros sabemos que es algo más que eso, señorita Marple. ¿No es cierto? El crimen no tiene secretos para usted. El señor Serrocold sólo conoce uno de sus aspectos… los principios más elementales. Confieso que yo me equivoco y soy anticuado, pero hay muchos muchachos decentes por ahí, muchachos que agradecerían una oportunidad. Más la honradez es la única recompensa… los millonarios no dejan sus fortunas para ayudar a los que valen. Bueno… no me haga caso. Estoy anticuado. He visto chicos y chicas que teniéndolo todo en contra, mala casa, mala suerte, todas las desventajas posibles, han sabido salir adelante. A ésos les dejaría yo mi dinero, si lo tuviera. Pero, claro, por eso no lo tendré nunca. Sólo mi pensión y un trocito de jardín.

Hizo una pausa y prosiguió:

—El inspector Blackerme habló de usted ayer noche. Dijo que usted tenía mucha experiencia para conocer el lado peor de la

naturaleza humana. Bien, veamos cuál es su punto de vista. ¿Quién es el que ha de ir a la hoguera? ¿El esposo de Gina?

—Eso —repuso la señorita Marple—, sería muy conveniente para todos.

El inspector Curry sonrió.

—Naturalmente, no soy imparcial. Su manera de ser no le ayuda. Veamos su opinión. ¿Quién ha estado envenenando sistemáticamente a la señora Serrocold?

—Pues, uno siempre se siente inclinado a sospechar del esposo. O, en caso contrario, de la esposa. ¿No cree usted que es lo primero que se piensa en un caso de envenenamiento?

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo el inspector Curry.

—Pero, la verdad… en este caso… —la solterona meneó la cabeza—. No, con franqueza… no me es posible sospechar del señor Serrocold. Porque usted sabe, inspector, que quiere de veras a su mujer. Claro que él podría fingir…, pero no finge. Es un cariño tranquilo, pero auténtico. Ama a su esposa y estoy completamente segura de que no la envenenaría.

—Sin mencionar el hecho de que no tendría ningún motivo para hacerlo. Ya le ha cedido su dinero.

—Claro que existen otras razones para que un hombre desee quitar de en medio a su esposa —dijo la señorita Marple—. Por ejemplo, el tener relaciones con alguna joven. Pero, la verdad, no creo que sea éste el caso. El señor Serrocold no se comporta como si tuviera preocupaciones de esta índole. Me temo —y parecía pesarosa— que tendremos que descartarle.

—Es lamentable, ¿no le parece? —dijo el inspector, sonriendo—. De todas formas, él no pudo haber matado a Gulbrandsen. Y me parece que no hay duda de que una cosa va unida a la otra. Quienquiera que esté envenenando a la señora Serrocold, mató a Gulbrandsen para impedir que hablase. Lo que hemos de considerar ahora es quién tuvo oportunidad de asesinar a Gulbrandsen la noche pasada. Y nuestro primer sospechoso… sin duda alguna… es el joven Walter Hudd. Fue él quien encendió una lámpara portátil que fundió los fusibles, dándole la oportunidad de abandonar el vestíbulo para dedicarse a cambiarlos. El contador está en el pasillo

que parte del corredor principal, delante de la cocina. Fue durante su ausencia cuando sonó el disparo. Así es que el sospechoso número uno está perfectamente situado para cometer el crimen.

—¿Y el sospechoso número dos? —quiso saber la señorita Marple.

—El número dos es Alex Restarick, que estaba solo en su automóvil entre la verja y la casa, y tardó demasiado en llegar.

—¿Alguien más? —La solterona inclinóse, y añadió—: Es muy amable contándome todo esto.

—No es amabilidad —repuso el inspector Curry—. Tengo que conseguir su ayuda. Ha puesto el dedo en la llaga cuando ha dicho: «¿Alguien más?» Porque eso depende de usted. Anoche estuvo en el vestíbulo, y puede decirme quién salió…

—Sí, sí. Yo debiera poder decírselo…, pero ¿puedo? Las circunstancias…

—¿Se refiere a que todos ustedes escuchaban la discusión que tenía lugar tras la puerta del despacho del señor Serrocold?

La señorita Marple asintió con vehemencia.

—Sí, comprenda, la verdad es que estábamos muy asustados. El señor Lawson parecía… desde luego… completamente loco. Aparte de Carrie Louise, que parecía muy tranquila, todos temíamos que pudiera causar daño al señor Serrocold. Ya sabe que gritaba y maldecía, y dijo las cosas más terribles… pudimos oírlo perfectamente… y con todo eso y la mayoría de luces apagadas… la verdad, no me fijé en nada más.

—¿Quiere decir que mientras se desarrollaba aquella escena, cualquiera pudo haber salido del vestíbulo, recorrer el pasillo, disparar contra el señor Gulbrandsen y regresar sigilosamente?

—Me parece que ello hubiera sido posible.

—¿Puede usted afirmar que todos estuvieron allí durante todo el tiempo?

—Pues, la señora Serrocold… porque la observaba. Estaba sentada muy cerca de la puerta del despacho y no se movió de su sitio. Me sorprendió que pudiera conservar la calma.

—¿Y los otros?

—La señorita Bellever salió…, pero me parece… estoy casi segura… que lo hizo después del disparo. Y la señorita Strete… la

verdad, no lo sé. Estaba sentada a mi espalda. Y Gina junto a la ventana. *Creo* que permanecería, allí todo el tiempo, pero, claro, no puedo asegurarlo. Esteban estaba ante el piano y dejó de tocar cuando la disputa se fue acalorando.

—No debemos guiarnos por la hora en que oyeron el disparo —dijo el inspector Curry—. Es un truco que se ha empleado varias veces. Se hace sonar un disparo para fijar la hora de un crimen, pero equivocada. Si la señorita Bellever hubiera tramado algo así (es mucho suponer… pero nunca se sabe), entonces hubiese podido marcharse libremente, como lo hizo, después de sonar el disparo. No, no hay que guiarse por eso. Tenemos que contar desde que Christian Gulbrandsen abandonó el vestíbulo hasta el momento en que la señorita Bellever lo encontró muerto, y eliminar sólo a las personas que sabemos no tuvieron oportunidad. De este modo quedan descartados Lewis Serrocold y el joven Edgard Lawson, que se encontraba en el despacho, y la señora Serrocold, que usted sabe estaba en el vestíbulo. Desde luego es una complicación que Gulbrandsen fuese asesinado la misma noche que tuvo lugar esa amenaza entre Serrocold y Lawson.

—¿Sólo una complicación? ¿Lo cree usted así? —murmuró con cierta ironía la señorita Marple.

—Oh, ¿y qué opina usted?

—Se me ocurre que pudo ser *fingido*.

—¿Qué es lo que supone?

—Pues… todo el mundo parece encontrar muy extraño que Edgar Lawson sufriera una recaída tan de improviso. Siempre ha tenido ese complejo, o como se llame, sobre su padre desconocido. Tan pronto era Winston Churchill como el vizconde Montgomery…, cosa muy natural, dado su estado de ánimo. Para el caso, cualquier hombre famoso que le venía a la memoria. Más supongamos que alguien le mete en la cabeza la sugestiva idea de que Lewis Serrocold es su verdadero padre, y que es él quien le persigue… y que tiene derecho a ser el heredero de la corona de… Stonygates. En su estado de debilidad mental acepta la idea… que se convierte en un puro frenesí y más pronto o más tarde dará lugar a la escena… que todos oímos. ¡Y qué coartada tan maravillosa sería! Todo el mundo tendría puesta su atención en la peligrosa

situación… sobre todo si alguien le había provisto de un revólver.

—¡Ummmm! Sí. El revólver de Walter Hudd.

—Oh, sí —continuó la señorita Marple—. Ya he pensado en eso. Pero ya sabe que Walter es poco comunicativo, arisco y escasamente amable, pero no le creo tan estúpido.

—¿Así no cree que fuese Walter?

—Creo que todo el mundo se sentiría aliviado si fuese Walter. Eso no resulta muy caritativo, pero es porque es el único extraño en la casa.

—¿Y qué me dice de su esposa? —le preguntó el inspector Curry —. ¿También se sentiría aliviada?

La señorita Marple no contestó. Pensaba en Gina y Esteban Restarick tal como los viera juntos el día de su llegada. Y en el modo cómo los ojos de Alex buscaron a Gina cuando entró en el vestíbulo la noche anterior. ¿Cuál era la actitud de Gina?

Dos horas más tarde, el inspector Curry, echándose hacia atrás en su silla, suspiró, y dijo:

—Bien, hemos aclarado, muchas cosas.

El sargento Lake asintió:

—Los criados han salido —le dijo—. Estuvieron todos juntos durante los momentos críticos… los que duermen aquí. Los demás se habían ido ya a sus casas.

Curry comenzaba a sentir fatiga mental. Había entrevistado a psicoterapeutas, profesores, y a los «dos jovencitos» que habían cenado con la familia aquella noche. Todas las declaraciones concordaban. Los hábitos y actividades eran comunes a todos ellos. No eran seres solitarios, lo cual proporcionaba espléndidas coartadas. Curry había reservado su entrevista con el doctor Maverick para el final, pues era la persona más importante en el Instituto.

—Hágale pasar ahora, Lake.

Y entró el joven doctor, pulido y apuesto, y con una mirada bastante fría tras sus lentes sujetos sobre el puente de la nariz.

Maverick confirmó las declaraciones de sus colegas y estuvo de acuerdo con los descubrimientos hechos por Curry. No hubo ni la más ligera negligencia en el personal del colegio, y, por lo tanto, no pudo escaparse nadie. La muerte de Christian Gulbrandsen no podía

achacarse a «los jóvenes pacientes», como les llamaba Curry, sugestionado por el ambiente médico.

—Pero si son eso precisamente, inspector —le dijo el doctor Maverick con una sonrisa.

Era una sonrisa de suficiencia, y el inspector Curry no hubiera sido humano de no haberse resentido un tanto. Le dijo en tono profesional:

—¿Y en cuanto a sus propios movimientos, doctor Maverick? ¿Puede darme cuenta de ellos?

—Desde luego. He redactado una nota, con las horas aproximadas, para entregársela a usted.

El doctor Maverick había abandonado el Gran Vestíbulo a las nueve y quince minutos, en compañía del señor Lasy y el doctor Baumgarten, donde permanecieron los tres discutiendo ciertos tratamientos hasta que la señorita Bellever llegó corriendo para pedir al doctor Maverick que fuese al Gran Vestíbulo. Eso ocurrió aproximadamente a las nueve y media. Acudió en seguida y encontró a Edgar Lawson en un estado lamentable.

El inspector Curry se removió en su asiento.

—Aguarde un momento, doctor Maverick. ¿Este joven, en su opinión, es en definitiva un caso mental?

El doctor Maverick volvió a exhibir su sonrisa de superioridad.

—Todos lo somos, inspector Curry.

«Qué respuesta tan tonta», pensó el inspector. Sabía muy bien que *él* no era un caso mental, dijera lo que dijera el doctor Maverick.

—¿Es responsable de sus actos? Me figuro que sabe lo que hace.

—Desde luego.

—Entonces, cuando disparó contra el señor Serrocold, ¿fue un intento de asesinato?

—No, no inspector Curry. Nada de eso.

—Vamos, doctor Maverick. He visto las dos balas en la pared. Debieron pasar rozando la cabeza del señor Serrocold.

—Quizá. Pero Lawson no tuvo intención de matar al señor Serrocold, ni siquiera herirle. Le quiere mucho.

—Es un modo curioso de demostrarlo.

El doctor Maverick volvió a sonreírle. El inspector Curry

encontraba muy cargante su sonrisa.

—Todo lo que hacemos es intencionado. Cada vez que usted, inspector, olvida un nombre o una cara, es porque, inconscientemente, desea olvidarlo.

El inspector le miraba incrédulo.

—Cada vez que su lengua se equivoca, ese error tiene un significado. Edgar Lawson estaba a muy poca distancia del señor Serrocold. Hubiera podido matarle con facilidad, y en vez de eso, erró el tiro. ¿Por qué? Porque quiso fallar. Es bien sencillo. El señor Serrocold no estuvo en peligro… y se daba perfecta cuenta de ello. Comprendió la actitud de Edgar en su exacto significado… un gesto de desafío y resentimiento contra el universo que le había negado hasta las necesidades de toda vida infantil… seguridad y afecto.

—Creo que me agradaría ver a ese joven.

—Como usted guste. Su arrebato de la noche pasada ha tenido un efecto catártico. Hoy está muy mejorado. El señor Serrocold se alegrará mucho.

El inspector Curry le miró de hito en hito, pero el joven médico seguía tan serio como siempre.

Curry suspiró.

—¿Tiene usted algo de arsénico? —quiso saber.

—¿Arsénico? —La pregunta le cogió por sorpresa. Era evidente que no la esperaba—. Qué pregunta más curiosa. ¿Por qué arsénico?

—Limítese a contestar, por favor.

—No. No tengo arsénico de ninguna clase en mi poder.

—¿Pero tiene drogas?

—Oh, claro. Sedantes… Morfina… lo corriente.

—¿Es usted quien atiende a la señora Serrocold?

—No. El doctor Gunter, de Market Kimble, es el médico de la familia. Naturalmente que tengo mi título de médico, pero sólo me dedico a la psiquiatría.

—Ya. Bien, muchísimas gracias, doctor Maverick.

Cuando se hubo marchado el joven doctor, el inspector Curry le dijo a Lake que los psiquiatras le daban dolor de estómago.

—Ahora seguiremos con la familia. Primero veré a Walter Hudd.

La actitud del joven era recelosa. Parecía estar estudiando al policía, mas mostróse deseoso de cooperar.

Había algunos hilos eléctricos muy defectuosos en Stonygates; todo el sistema eléctrico era muy anticuado. En los Estados Unidos ya no se utilizaba nada parecido.

—Creo que fue instalado por el fallecido señor Gulbrandsen cuando la luz eléctrica era una novedad —dijo el inspector con una ligera sonrisa.

—¡No me extraña! Los señores feudales ingleses son muy agradables, pero nunca están al día.

El fusible que controlaba la mayoría de las luces del Gran Vestíbulo se había fundido y tuvo que ir a cambiarlo. Luego regresó.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera del vestíbulo?

—Pues no puedo decirle con exactitud. Tuve que buscar una escalera y una vela. Puede que tardara diez minutos… o tal vez un cuarto de hora.

—¿Oyó usted un disparo?

—Pues no, no oí nada parecido. En la cocina hay doble puerta y una de ellas está forrada con una especie de fieltro.

—Ya. Y al volver al vestíbulo, ¿qué vio?

—Estaban todos reunidos alrededor de la puerta del despacho del señor Serrocold. La señora Strete dijo que habían disparado contra él…, pero luego resultó que no. El señor Serrocold estaba perfectamente bien.

—¿Reconoció el revólver?

—¡Claro que lo reconocí! Era mío.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Dos o tres días antes.

—¿Dónde lo guardaba?

—En un cajón en mi cuarto.

—¿Quién sabía que estaba allí?

—Ignoro quién lo podía saber en esta casa.

—¿Qué quiere usted decir con eso, señor Hudd?

—Bah, todos están locos.

—Cuando entró en el vestíbulo, ¿estaban todos allí?

—¿A qué se refiere cuando dice todos?

—A las mismas personas que estaban allí cuando usted fue a reparar el fusible.

—Estaba Gina… y la anciana de cabellos blancos… y la señorita

Bellever… No me fijé mucho, pero creo que era así.

—El señor Gulbrandsen llegó antes, de ayer, de improviso, ¿no es así?

—Me figuro que sí. Creo que tal era su costumbre.

—¿Le pareció que alguien estuviese preocupado por su llegada?

Walter Hudd tardó unos segundos en contestar.

—Pues no; yo no diría eso.

Una vez más hubo cierto recelo en su voz.

—¿Tiene usted la idea del motivo de su venida?

—Me figuro que sería a propósito del Trust Gulbrandsen. Todo este «aparato» es una locura.

—Pues ustedes tienen también estos «aparatos» en los Estados Unidos.

—Una cosa es fundar una obra y otra es darle el toque personal como hacen aquí. Ya tuve bastante con los psiquiatras del ejército. Este lugar está plagado de ellos. Enseñan a los jóvenes delincuentes a hacer cestos de rafia y pipas de madera. ¡Juegos de niños! ¡Qué simpleza!

El inspector Curry no hizo comentario alguno. Posiblemente estaba de acuerdo.

—¿Así que no tiene idea de quién pudo matar al señor Gulbrandsen?

—Yo diría que uno de los muchachos del colegio practicando su habilidad.

—No, señor Hudd. Eso queda descartado. El colegio, a pesar de su atmósfera cuidadosamente estudiada para dar la sensación de libertad, no es más ni menos que un lugar de cautividad y se rige como todos los centros similares. Nadie puede entrar y salir después de oscurecer y cometer un crimen impunemente.

—¡Yo no lo aseguraría mucho! Bien… si quiere limitarse a los de la casa, yo diría que el principal sospechoso es Alex Restarick.

—¿Por qué dice eso?

—Él pudo actuar. Llegó solo en su automóvil.

—¿Y por qué iba a matar a Christian Gulbrandsen?

Walter encogióse de hombros.

—Yo soy un extraño. No conozco los asuntos de la familia. Tal vez el viejo hubiera oído algo sobre Alex y estuviera dispuesto a

contárselo a Serrocold.

—¿Con qué resultado?

—Podían contarle la subvención. Él puede gastar dinero…, o de todos modos gasta mucho.

—¿Se refiere… a sus representaciones teatrales?

—¿Es así como él las llama?

—¿Insinúa que pudiera ser de otro modo?

—No lo sé —repuso.

Walter Hudd volvió a encogerse de hombros.

Capítulo XIII

Alex Restarick estaba muy nervioso. Incluso accionaba con las manos.

—¡Lo sé, lo sé! Resulta que soy el más sospechoso. Llegué en mi automóvil, y mientras me acercaba a la casa tuve un momento de inspiración. No espero que ustedes me comprendan. ¿Cómo iban a comprenderme?

—Tal vez sí —expresó Curry secamente, pero Alex continuaba:

—¡Es una de esas cosas que le ocurren a uno sin saber como ni cuando! Un efecto… una idea… y todo lo demás se olvida. Voy a estrenar «Noche de niebla» el mes próximo. De pronto… ayer noche… la escena es maravillosa. La luz perfecta. Niebla… y las luces filtrándose a través, y reflejando apenas la gran mole de edificios. ¡Todo ayudaba! Los disparos… pasos apresurados… el chu-chu del motor eléctrico, que podía haber sido una lancha que recorriera el Támesis. Y pensé… eso es… pero ¿qué voy a utilizar para lograr esos efectos… y…?

El inspector Curry cortó por lo sano:

—¿Oyó usted disparos? ¿Dónde?

—Fuera de la niebla, inspector. —Alex alzó las manos… unas manos muy bien cuidadas—. Fuera de la niebla. Eso fue lo más maravilloso de todo.

—¿Y no se le ocurrió pensar que era algo extraño?

—¿Extraño? ¿Por qué?

—¿Es que los disparos son una cosa corriente?

—Ah, ya sabía yo que no iba a comprenderme. Los disparos cuadraban perfectamente en la escena que yo estaba creando. Yo deseaba esos disparos. Peligro… opio… negocios sucios. ¿Por qué

iba a importarme de dónde salían en realidad? Podían ser explosiones del motor de cualquier camión que pasara por la carretera… Un cazador furtivo persiguiendo algún conejo.

—Por aquí los cazan con trampas, sin hacer ruido.

Alex proseguía:

—… un chiquillo quemando algún petardo. Ni siquiera los consideré… disparos. Yo estaba en «Noches de niebla…» o mejor dicho… viendo la representación desde una butaca… contemplando el efecto de la escena.

—¿Cuántos disparos oyó?

—No lo sé —repuso Alex con petulancia—. No los conté. Dos o tres. Dos seguidos. Me acuerdo del detalle.

—¿Y el rumor de pasos apresurados, que creo haberle oído mencionar?

—Llegaban desde fuera de la niebla. Cerca de la casa.

—Lo cual ofrece la sugerencia de que el asesino de Christian Gulbrandsen pudo venir de fuera.

—Claro. ¿Por qué no? ¿No irá a suponer que viniera de dentro de la casa?

El inspector Curry repuso con toda amabilidad:

—Tenemos que pensar en todo.

—Me lo figuro —le contestó Alex Restarick—. ¡Qué trabajo más descorazonador debe ser el suyo, inspector! Los detalles, sitios y horas, y ese montón de insignificancias. Y al final…, ¿de qué sirve todo eso? ¿Acaso pueden hacer que Christian Gulbrandsen vuelva a la vida?

—Se experimenta una gran satisfacción al descubrir al culpable, señor Restarick.

—¡Ya salió el salvaje Oeste!

—¿Conocía usted bien al señor Gulbrandsen?

—No lo bastante bien como para asesinarle, inspector. Le había visto de vez en cuando, puesto que viví aquí de niño. Nos hacía cortas visitas. Era una de las primeras figuras de nuestra industria. No me interesa ese tipo. Creo que tenía toda una colección de estatuas de Thorwaldsen… —Alex se encogió de hombros—. Eso demuestra cómo era, ¿no? ¡Dios, esos ricachos!

El inspector Curry le contemplaba pensativo. Al fin dijo:

—¿Se interesa usted por los venenos, señor Restarick?

—¿Los venenos? Mi querido amigo, no irá a decirme que primero lo envenenaron y luego dispararon encima. Eso sería una historia detectivesca muy mala.

—No fue envenenado. Pero no ha contestado usted a mi pregunta.

—El veneno tiene cierta disculpa… Carece de la crudeza de una bala de revólver o de un arma cortante. No tengo conocimientos especiales sobre este asunto, si es eso a lo que se refiere…

—¿Ha tenido alguna vez arsénico en su poder?

—En bocadillos… para después de la función. La idea tiene cierto atractivo. ¿Conoce a Rosa Gildon? ¡Esas actrices que creen que tienen un nombre! No, nunca he pensado siquiera en él. Creo que se extrae de ciertos hierbajos o del papel matamoscas.

—¿Viene muy a menudo por aquí, señor Restarick?

—Eso depende, inspector. Algunas veces estoy varias semanas sin aparecer, pero procuro venir los fines de semana. Siempre he considerado a Stonygates como mi verdadero hogar.

—¿Ha contribuido a ello la señora Serrocold?

—Lo que debo a la señora Serrocold no podré pagárselo nunca. Simpatía, compasión, afecto…

—Y bastante dinero contante y sonante, según tengo entendido, ¿no?

Alex parecía ligeramente disgustado.

—Ella me trata como a un hijo, y tiene fe en mi trabajo.

—¿Le ha hablado alguna vez con respecto a su testamento?

—Cierto. ¿Pero puedo preguntar cuál es el objeto de tedas estas preguntas, inspector? La señora Serrocold no tiene nada que ver en todo esto.

—Sería mejor que no lo tuviera —repuso el inspector.

—¿Qué es lo que quiere insinuar?

—Si no lo sabe, tanto mejor. Y en caso contrario… ya está advertido.

Cuando Alex se marchó, el sargento Lake dijo:

—Bastante falso, ¿no le parece?

Curry meneaba la cabeza.

—Es difícil de decir. Es posible que posea un auténtico talento

creador. Tal vez le guste vivir tranquilamente y hablar mucho. Uno nunca puede saber… Oyó pasos apresurados, ¿no dijo eso? Estoy dispuesto a apostar que lo ha inventado.

—¿Por alguna razón particular?

—Desde luego. No sabemos todavía cuál es, pero ya llegaremos a conocerla.

—Después de todo, uno de esos muchachos pudo haber salido del edificio del colegio sin ser visto. Es probable que haya entre ellos algunos rateros que sepan escurrirse como gatos, y de ser así…

—Eso es lo que se intenta que pensemos… Muy lógico. Pero si esto es cierto, Lake, estoy dispuesto a comerme mi sombrero nuevo.

—Yo estaba tocando el piano muy suavemente —dijo Esteban Restarick—, cuando comenzó la discusión entre Lewis y Edgar.

—¿Qué pensó?

—Pues…, a decir verdad, no me lo tomé en serio. Ese pobre mendigo tiene esos arranques. No es que esté loco del todo. Todas esas tonterías son como un escape de vapor. Lo cierto es que no nos puede ver a ninguno, especialmente a Gina, claro.

—¿Gina? ¿Se refiere a la señora Hudd? ¿Por qué la odia?

—Porque es una mujer… y una mujer guapa, y porque ella se divierte con él. Es medio italiana, ya sabe usted, y los italianos tienen cierta crueldad inconsciente. No sienten compasión por la vejez, la fealdad o por los seres que no son del todo normales. Los señalan con el dedo, y se ríen. Eso es lo que hacía Gina, metafóricamente hablando con el pobre Edgar. Él es ridículo, petulante, pero en el fondo completamente inseguro. Quiere impresionar y sólo consigue hacer el ridículo. Para ella no significa nada lo mucho que sufre el pobre chico.

—¿Insinúa que Edgar Lawson está enamorado de la señora Hudd? —preguntó el inspector.

—Oh sí —explicó Esteban alegremente—. A decir verdad, todos lo estamos poco o mucho. A ella le agrada.

—¿Y a su marido?

—Lo toma bastante mal. Él también sufre, pobre hombre. Esto no puede durar, ¿sabe? Me refiero a su marido. Romperán a no tardar. Fue una de esas uniones de guerra.

—Todo esto es muy interesante —dijo el inspector—, pero nos

estamos apartando del tema principal, que es el asesinato de Christian Gulbrandsen.

—Cierto. Pero no puedo decirle nada. Yo estaba tocando el piano y no abandoné mi sitio hasta que la querida Jolly vino con un manojo de llaves viejas para probar si alguna abría la puerta del despacho.

—Usted estaba sentado ante el piano. ¿Continuó tocando?

—¿Para que tuviera música de fondo la pelea que tenía lugar en el despacho de Lewis? No, dejé de tocar cuando se fueron acalorando. No es que tuviera dudas sobre el resultado. Lewis tiene lo que yo llamo una mirada fulminante, y podía hacer salir a Edgar con sólo mirarle.

—No obstante, Lawson disparó dos veces seguidas contra él.

Esteban ladeó la cabeza.

—Sólo estaba representando una comedia. Divirtiéndose. Mi querida madre acostumbraba hacerlo. Recuerdo que solía sacar una pistola cuando algo la contrariaba. Una vez lo hizo en un club nocturno. Dibujó a tiros una figura en la pared. Era una excelente tiradora. Causó un poco de alboroto. Era una bailarina rusa, ¿sabe?

—Desde luego. ¿Puede decirme, señor Restarick, quién abandonó el vestíbulo ayer noche mientras usted estaba… durante la pelea?

—Wally… que fue a arreglar lo de la luz. Y Jolly Bellever para buscar una llave que abriera la puerta del despacho. Y nadie más, que yo sepa.

—¿Lo hubiera advertido usted, de ocurrir así?

Esteban consideró la pregunta unos instantes.

—Probablemente, no. Es decir, si hubiera salido y vuelto a entrar de puntillas. Estaba tan oscuro… y además todos estábamos pendientes de la discusión.

—¿Puede asegurar si alguien permaneció allí todo el tiempo?

—La señora Serrocold… sí, y Gina. Puedo asegurarlo.

—Gracias, señor Restarick.

Esteban dirigióse a la puerta, pero pensándolo mejor se volvió para preguntar al inspector:

—¿Qué es eso del arsénico?

—¿Quién le ha mencionado esa palabra?

—Mi hermano.

—Ah… sí.

—¿Es que alguien ha dado arsénico a la señora Serrocold?

—¿Por qué supone que se trata de la señora Serrocold?

—He leído algo sobre los síntomas de envenenamiento producido por arsénico. Que coincidieron poco más o menos con los que a ella le han aquejado últimamente. Y luego Lewis impidiendo que tomara su medicina ayer noche… ¿Es eso lo que está ocurriendo aquí?

—Es un asunto que se está investigando —repuso el inspector Curry en el tono más profesional que pudo.

—¿Lo sabe ella?

—El señor Serrocold tiene especial interés en que no se la… alarme.

—Ésa no es la palabra adecuada, inspector. La señora Serrocold no se alarma nunca… ¿Es eso lo que se esconde tras la muerte de Christian Gulbrandsen? ¿Es que averiguó que estaba siendo envenenada? Pero ¿cómo pudo descubrirlo? De todas formas, me parece imposible. No tiene sentido.

—Le sorprende mucho, ¿verdad, señor Restarick?

—Sí, desde luego. Cuando Alex me lo dijo apenas podía creerlo.

—¿Quién es, en su opinión, la persona que ha estado suministrando arsénico a la frágil señora Serrocold?

Por unos momentos una sonrisa burlona apareció en el hermoso rostro de Esteban Restarick.

—No la persona más sospechosa. Puede tachar al esposo. Lewis Serrocold no tendría nada que ganar. Y además adora a su mujer. No podría soportar que tuviera el más ligero dolor en el dedo meñique.

—¿Quién, entonces? ¿Tiene alguna idea?

—Oh, sí. Más bien diría la certeza.

—Expliqúese, por favor.

—Es una certeza psicológicamente hablando. No en otro sentido. No tengo ninguna prueba. Y es probable que no esté de acuerdo conmigo.

Esteban Restarick siguió hablando con petulancia, y el inspector Curry se entretuvo en dibujar gatos en la hoja de papel que tenía

ante él.

Estaba pensando en tres cosas: primera, que Esteban Restarick pensaba mucho en sí mismo; segunda, que él y su hermano formaban un frente muy unido, y tercera, que era un hombre guapo, mientras que Walter Hudd era feo. Se le ocurrieron otras varias cosas… Qué era lo que Esteban Restarick entendería por «psicológicamente hablando» y si era posible que desde el taburete del piano viese. Le parecía que no.

En la semipenumbra de la biblioteca de estilo gótico, Gina ponía una nota exótica. Incluso el inspector Curry parpadeó admirado ante la radiante belleza de la joven sentada ante él, y que se inclinó para decir:

—¿Y bien?

El inspector Curry dijo secamente, mientras observaba su camisa roja y sus pantalones verde oscuro:

—Veo que no lleva usted luto, señora Hudd.

—No tengo nada negro —repuso Gina—. Sé que todo el mundo tiene algo negro que ponerse, pero yo no. Odio ese color. Lo encuentro horrible, y creo que sólo debieran de llevarlo las amas de llaves y las secretarias. De todas formas, Christian Gulbrandsen no era en realidad pariente mío. Era hijastro de mi abuela.

—Y supongo que no le conocería usted muy bien.

—Vino aquí tres o cuatro veces cuando yo era niña, pero luego, durante la guerra, me fui a América, y he vuelto hace sólo unos seis meses.

—¿Ha vuelto para vivir aquí definitivamente? ¿No está de paso?

—No he decidido nada todavía —repuso Gina.

—¿Estaba usted en el Gran Vestíbulo la noche pasada cuando el señor Gulbrandsen se retiró a su habitación?

—Sí. Nos dio las buenas noches y se marchó. Abuelita le preguntó si tenía todo lo necesario y él dijo que sí… que Jolly le había atendido muy bien. No es que empleara estas mismas palabras, pero fue algo por el estilo. Dijo que tenía que escribir unas cartas.

—¿Y luego?

Gina describió la escena entre Lewis y Edgar Lawson. Era la misma historia que el inspector Curry había oído tantas veces, pero

tomaba un nuevo color, un nuevo aspecto, relatada por Gina. Se convertía en drama.

—Era el revólver de Wally —dijo—. Es extraño que Edgar tuviera el valor suficiente para ir a cogerlo a su habitación. Nunca lo hubiera creído.

—¿Se alarmó usted cuando entraron en el despacho y Edgar Lawson cerró la puerta?

—Oh, no —repuso Gina, abriendo mucho sus enormes ojazos castaños—. Me encantó. Era tan emocionante, y tan… teatral. Todo lo que hace Edgar es siempre ridículo. Uno no puede tomarle en serio nunca.

—¿Aunque disparó el revólver?

—Sí. Entonces todos pensamos que a pesar de todo había matado a Lewis.

—¿Y eso le divirtió a usted? —no pudo menos que preguntar el inspector Curry.

—Oh, no; entonces estaba horrorizada. Todos lo estábamos menos abuelita. No movió ni un dedo.

—Eso parece bastante extraordinario.

—No. Ella es así. No vive en ese mundo. Es de esa clase de personas que nunca creen que puede ocurrir algo. Es un encanto.

—Durante la escena, ¿quién estaba en el vestíbulo?

—Oh, todos estábamos allí. Menos tío Christian, por supuesto.

—No todos, señora Hudd. Alguien salió y entró.

—¿Sí? —preguntó Gina, distraída.

—Su esposo, por ejemplo; fue a arreglar la avería de la luz.

—Sí. Wally sabe arreglar esas cosas.

—Durante su ausencia, tengo entendido que se oyó un disparo. Y que todos creyeron que provenía del parque.

—No lo recuerdo… Oh, sí; eso fue cuando volvieron a encenderse las luces y Wally había vuelto ya.

—¿Abandonó alguien más el vestíbulo?

—No lo creo, pero no lo recuerdo.

—¿Dónde estaba sentada, señora Hudd?

—Cerca de la ventana.

—¿Cerca de la puerta que da a la biblioteca?

—Sí.

—¿Y usted no salió de allí para nada?

—¿Irme? ¿Con lo excitada que estaba? Claro que no, inspector.

Gina pareció escandalizarse ante la idea.

—¿Dónde estaban sentados los demás?

—Creo que la mayoría alrededor de la chimenea. Tía Mildred estaba haciendo punto, lo mismo que tía Juana… la señorita Marple… Abuelita no hacía nada.

—¿Y el señor Esteban Restarick?

—¿Esteban? Tocaba el piano, al principio. No sé dónde fue después.

—¿Y la señorita Bellever?

—Iba de un lado a otro, como siempre. Prácticamente nunca se sienta. Estaba buscando unas llaves, o un no sé qué.

De pronto dijo:

—¿Qué pasa con la medicina de la abuelita? ¿Es que el farmacéutico se equivocó al prepararla?

—¿Por qué piensa eso?

—Porque ha desaparecido el frasco y Jolly se ha vuelto loca buscándolo. Estaba apuradísima. Alex le dijo que la policía se lo había llevado. ¿Es cierto?

En vez de contestar a la pregunta, el inspector Curry dijo:

—¿Dice usted que la señorita Bellever estaba preocupada?

—¡Oh, Jolly siempre arma un alboroto por nada! —repuso Gina sin darle importancia—. Le encanta. Algunas veces me pregunto cómo la abuelita puede soportarla.

—Sólo una pregunta más, señora Hudd. ¿Tiene usted alguna idea sobre quién mató a Christian Gulbrandsen, y por qué?

—Yo diría que uno de esos perturbados. Los asesinos son en realidad muy sensibles. Quiero decir que sólo matan a las personas para robar una caja fuerte, su dinero o sus joyas… no sólo por diversión. Pero uno de esos perturbados… ya sabe… lo que ellos llaman «desequilibrados mentales»… pudo hacerlo por diversión, ¿no le parece? Porque yo no creo que pueda haber otra razón para matar a tío Christian.

—¿No se le ocurre que pueda haber algún motivo?

—No, eso es lo que quise decir —repuso Gina, agradecida—. No le robaron ni nada parecido, ¿verdad?

—Pero, usted sabe, señora Hudd, que los edificios del Colegio estaban bien cerrados y custodiados. Nadie puede salir de allí sin un permiso.

—No lo crea. —Gina reía alegremente—. ¡Esos chicos pueden salir de cualquier parte! Me han enseñado muchos de sus trucos.

—Es muy vivaracha —dijo Lake una vez se hubo marchado—. Es la primera vez que la veo de cerca. Tiene una figura encantadora, ¿no le parece? Un tipo algo extranjero, no sé si me comprende.

El inspector Curry le dirigió una fría mirada. El sargento Lake apresuróse a decir que le había parecido muy alegre, excesivamente alegre.

—Parece haberse divertido mucho con lo ocurrido.

—Tenga o no razón Esteban Rasterick al decir que su matrimonio no va a durar mucho, pude darme cuenta de que ha procurado dejar bien sentado que Walter Hudd estaba de nuevo en el Gran Vestíbulo cuando oyeron el disparo.

—Lo cual, según los demás, no fue.

—Exacto.

—Tampoco mencionó el hecho de que la señorita Bellever dejara el vestíbulo para buscar las llaves.

No —repuso el inspector pensativo—, tampoco…

Capítulo XIV

La señora Strete hacía mucho más juego con la biblioteca que Gina. En ella no había nada exótico. Vestía de negro con un broche de ónix, y llevaba una redecilla para recoger sus cabellos grises, cuidadosamente peinados.

Según opinión del inspector Curry, representaba el aspecto de la viuda de un pastor protestante…, lo cual era muy extraño, porque muy pocas personas representan lo que son en realidad.

Incluso la línea de sus labios tenía cierto misticismo. Podría representar a la Fe, y tal vez la Esperanza, pero no a la Caridad.

Además, era evidente que la señora Strete estaba ofendida.

—Había pensado que usted tendría alguna idea de cuándo me iba a necesitar, inspector. Me he visto obligada a esperar toda la mañana.

Según Curry, era su complejo de superioridad el que se sentía herido, y se apresuró a echar aceite sobre las turbulentas aguas.

—Lo siento mucho, señora Strete. Tal vez usted ignore cómo se hacen estas cosas. Comenzamos, ya sabe, por los testigos menos importantes…, les quitamos de en medio, por así decir. Es de sumo interés reservar para lo último la persona en cuyo juicio podamos confiar… buena observadora… por quien podamos comprobar todo lo que se nos ha dicho hasta este momento.

La señora Strete ablandóse visiblemente.

—Oh, ya comprendo. No me había dado cuenta del todo.

—Usted es una mujer juiciosa y sensata, señora Strete. Una mujer de mundo. Y ésta es su casa…, usted es la hija de esta casa, y puede hablarme de todos los que viven en ella.

—Desde luego —repuso Mildred.

—De modo que comprenda que cuando lleguemos a la pregunta de quién mató a Christian Gulbrandsen podrá sernos de gran ayuda, más valiosa que cualquier otra.

—¿Pero es que hay que preguntarlo? ¿Es que no está bien claro quién asesinó a mi hermano?

El inspector Curry echóse hacia atrás y se acarició el pequeño bigote.

—Bien…, tenemos que ir con cuidado —dijo—. ¿Usted cree que está muy claro?

—Naturalmente. Ha sido ese horrible americano, esposo de la pobre Gina. Es el único extraño en la casa. No sabemos nada de él. Probablemente será uno de esos terribles gángsters americanos.

—Pero eso no es razonable. ¿Por qué iba a matarle?

—Porque Christian había averiguado algo con respecto a él. Por eso vino tan pronto aquí, después de su última visita.

—¿Está segura de lo que dice, señora Strete? Piénselo bien.

—Vuelvo a decirle que a mí me parece bien claro. Él dejó entrever que su visita estaba relacionada con el Trust…, pero eso… es una tontería. Vino por ese motivo hace sólo un mes y desde entonces no ha habido nada de importancia. Por eso el motivo de su visita fue de índole particular. Vio a Walter en su última visita y pudo reconocerle… o tal vez hizo averiguaciones en los Estados Unidos… tiene agentes por todo el mundo… y descubriría algo verdaderamente lamentable. Gina es una muchacha muy tonta. Siempre le han vuelto loca los hombres. Puede que fuera un perseguido por la justicia, o que estuviera ya casado, o un personaje de los bajos fondos. Pero mi hermano Christian no era un hombre fácil de engañar. Estoy segura de que vino aquí para dejar bien sentadas las cosas. Le diría a Walter lo que acababa de descubrir y, naturalmente, Walter le mató.

El inspector Curry añadió unos grandes bigotes a uno de los gatos que dibujaba en la hoja de papel y dijo:

—Síííí…

—¿No cree usted que eso es lo que debió ocurrir?

—Sí…, es posible —admitió el inspector.

—¿Qué otra solución podría haber? Christian no tenía enemigos. Lo que no puedo comprender es por qué no ha arrestado todavía a

Walter.

—Pues, verá usted, señora Strete, necesitamos pruebas.

—Es probable que no le cueste encontrarlas. Si cablegrafía a América…

—Oh, sí, preguntaremos quién es Walter Hudd. Puede estar segura. Pero hasta que podemos probarlo, no hay poco que hacer. Claro que hay una oportunidad…

—Salió detrás de Christian, pretextando que había una avería de las luces.

—Y se apagaron totalmente.

—Pudo haber preparado el truco fácilmente.

—Cierto.

—Eso le proporcionaba la excusa. Siguió a Christian hasta su habitación, disparó contra él, arregló el fusible y volvió a reunirse con nosotros en el vestíbulo.

—Su esposa dijo que había vuelto ya cuando sonó el disparo en el exterior.

—¡No crea nada de lo que diga! Gina diría cualquier cosa. Los italianos nunca dicen la verdad. Y ella es romana.

El inspector Curry soslayó la cuestión.

—¿Usted cree que su esposa estaba de acuerdo con Walter?

Mildred Strete vaciló unos instantes.

—No…, no. No lo creo. Éste debe haber sido uno de sus motivos… el evitar que Gina supiera la verdad con respecto a él. Al fin y al cabo, Gina es su comida.

—Y una joven encantadora.

—Oh, sí. Siempre he dicho que Gina es muy atractiva. Un tipo muy corriente en Italia, naturalmente. Pero si quiere saber mi opinión, es *dinero* lo que Walter Hudd anda buscando. Por eso vino aquí y se quedó a vivir con Serrocold.

—La señora Hudd está bien provista, ¿no es verdad?

—Ahora, no. Mi padre puso la misma suma de dinero que me dejó a mí a nombre de su madre. Pero claro, tomó la nacionalidad de su esposo (creo que ahora la ley ha cambiado), y con la guerra, y siendo él fascista, Gina tiene muy poco. Mi madre la estropea, y su tía americana, la señora Van Rydock, gasta enormes sumas en ella y le compró todo lo que quiso durante los años de guerra. No

obstante, Walter no piensa hacer nada hasta que muera mi madre y Gina entre en posesión de una gran fortuna.

—Lo mismo que usted, señora Strete.

Un ligero color rosado tino las fláccidas mejillas de Mildred.

—Lo mismo que yo, como usted ha dicho. Mi esposo y yo siempre vivimos sencillamente. Gastaba muy poco dinero, como no fuese en libros… Era un hombre muy erudito. Mi dinero casi se ha doblado. Es más que suficiente para mis necesidades. Sin embargo, siempre puede utilizarse en hacer bien a los demás. Cualquier dinero que llegue hasta mí, lo consideraré un legado sagrado.

—Pero no será una custodia, ¿verdad? Irá directamente a sus manos.

—Oh, sí… en ese sentido, sí. Sí, será sólo mío.

Algo que vibró en sus últimas palabras hizo que el inspector alzara la cabeza sorprendido. La señora Strete no le miraba. Sus ojos estaban radiantes y sus finos labios curvados en una sonrisa de triunfo.

El inspector habló pausadamente:

—Entonces, según usted… y, naturalmente, tiene amplias oportunidades para poder juzgar… El señor Walter Hudd desea el dinero que irá a parar a manos de su esposa cuando muera la señora Serrocold. A propósito: no es muy fuerte, ¿verdad?

—Mi madre siempre ha estado delicada.

—Cierto. Pero a menudo las personas delicadas viven tanto o más que las robustas y de mucha salud.

—Sí, supongo que ocurre así.

—¿Ha observado si la salud de su madre ha empeorado últimamente?

—Padece reumatismo, pero cuando uno se hace viejo algo tiene que tener. No me inspiran simpatía las personas que se quejan de sus inevitables dolencias y achaques.

—¿Y la señora Serrocold se queja?

Mildred guardó silencio unos segundos.

—Ella no, pero suele dar mucho quehacer, Mi padrastro es demasiado solícito. Y en cuanto a la señorita Bellever, la pone en ridículo. En todos los casos, esa señorita trajo mala influencia a esta casa. Hace muchísimos años que está aquí, y su afecto hacia mi

madre, aunque admirable, llega a convertirse en una carga. Materialmente, tiene tiranizada a mi madre. Ella lleva el mando de la casa y se preocupa demasiado. No me sorprendería oírle decir a mi madre que se marchara. No tiene tacto… ninguno… y es una prueba para un hombre descubrir que su esposa está completamente dominada por una doméstica.

El inspector Curry meneaba la cabeza asintiendo.

—Ya… ya… Hay una cosa que no entiendo del todo, señora Strete. La posición de los dos hermanos Restarícks.

—Más sentimentalismo tonto. Su padre se casó con mi pobre madre por su dinero. Dos años después se fugó con una cantante yugoslava de la más baja moral. Él no valía nada. Mi madre fue lo bastante blanda como para sentir compasión de los dos niños. Puesto que no era cosa que pasaran sus vacaciones con una mujer de tan malas costumbres, los adoptó más o menos. Y han estado aquí desde entonces. Oh, sí, hay muchos gorrones en esta casa, se lo puedo asegurar.

—Alex Restarick tuvo oportunidad de matar a Christian Gulbrandsen. Estaba solo en su coche… y anduvo a solas el trecho que separa la verja de la entrada de la casa… ¿Y qué me dice de Esteban?

—Esteban se hallaba en el vestíbulo con todos nosotros. No apruebo a Alex Restarick… Está tomando muy mal aspecto, me imagino que debido a la vida tan irregular que lleva… pero, la verdad, no le considero un asesino. Además, ¿Por qué iba a matar a mi hermano Christian?

—Siempre tropezamos con lo mismo, ¿no? —dijo el inspector sonriendo—. ¿Qué es lo que sabía Christian Gulbrandsen… de alguien… que hizo necesario que ese alguien le asesinara?

—Exacto —repuso la señora Strete triunfante—. Por eso debió ser Walter Hudd.

—A menos que fuese alguien más cercano a la familia.

—¿Qué quiere insinuar? —preguntó Mildred con aspereza.

—El señor Gulbrandsen pareció muy preocupado por la salud de la señora Serrocold mientras estuvo aquí —repuso el inspector, con calma.

La señora Strete frunció el ceño.

—Los hombres siempre se preocupan por mi madre porque parece frágil. ¡Creo que a ella también le gusta eso!

—¿Usted no está preocupada por la salud de su madre?

—No. Creo que soy razonable. Naturalmente, mí madre ya no es joven…

—Y al fin, todos hemos de morir —concluyó el inspector Curry —. Pero no antes de la hora que tengamos señalada. Eso hay que impedirlo a toda costa.

Habló intencionadamente y Mildred Strete pareció animarse de repente.

—Oh, es horrible, horrible. A nadie más de esta casa parece haberle importado la muerte de Christian. Yo soy la única pariente carnal. Para mi madre era sólo un hijastro ya mayor. Para Gina, nada en realidad; pero era mi hermano.

—Hermanastro —le corrigió el inspector.

—Hermanastro, si. Pero los dos éramos Gulbrandsen, a pesar de la diferencia de edad.

—Sí…, sí —dijo Curry, amablemente—. Comprendo su punto de vista.

Mildred Strete salió con los ojos llenos de lágrimas. Curry miró a Lake.

—Así que ella está segura de que ha sido Walter Hudd —le dijo —. No puede soportar ni por un momento la idea de que fuese otro.

—Y tal vez tenga razón.

—Es posible que sí. Wally es uno de los que concuerda. Tuvo oportunidad… y motivos. Porque si desea dinero rápidamente, la abuela de su esposa debía morir. Wally altera su medicina… o se entera de algún modo… Sí, concuerda perfectamente.

Hizo una pausa antes de continuar.

—A propósito, a Mildred Strete le agrada el dinero… Puede que no lo gaste…, pero le gusta. No sé por qué.

—Puede que sea una avara… con la pasión de los avaros. O tal vez le atraiga el poder que da el dinero. Quizá lo quiera para emplearlo en beneficencia. Es una Gulbrandsen. Es posible que quiera emular a su padre.

—Un complejo, ¿no? —dijo el sargento Lake, rascándose la cabeza.

—Será mejor que veamos a ese extraño joven Edgar Lawson, y después iremos al Gran Vestíbulo y averiguaremos quiénes estaban allí… y por qué… y cuándo… Hemos oído una o dos cosas interesantes esta mañana.

Es muy difícil, pensó el inspector Curry, formar una opinión exacta de alguien por lo que de él nos dicen los demás.

Edgar Lawson había sido descrito aquella mañana por bastante personas bien distintas, pero al verle ahora, el propio parecer de Curry y sus impresiones fueron muy dispares.

Edgar no daba la sensación de ser «extraño», o «peligroso», ni «arrogante», ni siquiera «anormal». Parecía un hombre muy corriente, muy abatido y humilde. Era joven, vulgar y tristón.

Estaba ansioso por hablar y disculparse.

—Sé que me he portado muy mal. No sé lo que me pasó…, no lo sé. Hacer una escena semejante y luego disparar contra el señor Serrocold, que ha sido tan bueno conmigo y ha tenido tanta paciencia también.

Se retorcía las manos muy nervioso. Eran las manos de un sentimental, con las muñecas muy huesudas.

—Si tiene que detenerme por ello, iré con usted en seguida. Lo merezco. Me declararé culpable.

—No tenemos ningún cargo contra usted —repuso el inspector —. Así que carecemos de pruebas para actuar. Según el señor Serrocold, la pistola se disparó por accidente.

—Eso es porque es tan bueno. ¡Nunca hubo un hombre más bueno que el señor Serrocold! Lo ha hecho todo por mí.

—¿Qué le impulsó a actuar como lo hizo?

Edgar parecía violento.

—Perdí la cabeza.

—Eso parece —repuso el inspector Curry secamente—. Usted dijo al señor Serrocold en presencia de testigos que había descubierto que él era su padre. ¿Era eso cierto?

—No.

—¿Qué es lo que le impulsó a pensarlo? ¿Acaso alguien le metió esa idea en la cabeza?

—Pues es un poco difícil de explicar.

—Inténtelo. No queremos forzarle.

—Pues, verán, tuve una infancia bastante dura. Los otros niños se burlaban de mí porque no tenía padre. Decían que era un bastardo… lo cual, era verdad, claro. Mi madre estaba siempre bebida y constantemente venían hombres a nuestra casa. Creo que mi padre era un marino extranjero. La casa estaba sucia, y se parecía bastante a un infierno. Y entonces di en pensar, en imaginar que mi padre no había sido un marinero extranjero, sino alguien importante… y solía inventar historias. Primero cosas de niños… que me habían cambiado al nacer… que en realidad yo era un heredero…, esas cosas. Luego fui a una nueva escuela y lo intenté un par de veces. Dije que mi padre era un Almirante de la Armada. Yo llegué a creerlo, y entonces no me sentía tan mal.

Hizo una pausa antes de continuar:

—Y luego… más tarde… inventé otras cosas y puse en práctica nuevas ideas. Solía vivir en hoteles donde contaba que era un piloto de guerra… o del Servicio Secreto. Toda clase de historias. Me era imposible dejar de decir mentiras. Pero yo no intentaba conseguir dinero por este medio. Sólo eran fanfarronadas para que la gente pensara algo más en mí. No tuve intención de aprovecharme. El señor Serrocold puede decírselo… y el doctor Maverick… tiene todos los informes.

El inspector Curry asintió con la cabeza. Ya había estudiado el caso de Edgar y leído su ficha policíaca.

—El señor Serrocold consiguió que me pusieran en libertad para traerme aquí. Dijo que necesitaba un secretario que le ayudara… y yo le ayudé. De verdad. Sólo que los demás se reían de mí. Siempre se estaban burlando de mí.

—¿Quiénes? ¿La señora Serrocold?

—No, ella no. Es una señora… siempre se muestra amable y cariñosa. Pero Gina me trataba como a un perro. Y también Esteban Restarick. Y la señora Strete me miraba como si yo no fuera un caballero. Lo mismo que la señorita Bellever… ¿y ella quién es? Una compañera a sueldo de la señora Serrocold, ¿no es cierto?

Curry pudo apreciar que se iba excitando.

—¿Y por eso no les encontraba muy simpáticos?

—Era porque yo soy un bastardo. De tener un padre no se hubieran portado así —repuso Edgar con pasión.

—¿Por eso se apropió de dos padres famosos?

Edgar enrojeció.

—Siempre tengo que estar mintiendo.

—Y por fin dijo que el señor Serrocold era su padre. ¿Por qué?

—Porque eso habría de hacerles callar para siempre, ¿no? Si él era mi padre, no podían hacerme nada.

—Sí. Pero le acusó de ser su enemigo… y de estarle persiguiendo.

—Lo sé… —se puso la mano por la frente—. Siempre me sale todo mal. Hay veces que no… que no veo las cosas muy claras. Estoy atontado.

—¿Y cogió el revólver de la habitación del señor Walter Hudd?

Edgar pareció extrañarse.

—¿Lo hice? ¿Es ahí donde lo encontré?

—¿No recuerda de dónde lo sacó?

—Quise amenazar con él al señor Serrocold. No tenía intención de asustarle. Fue una cosa puramente infantil.

—¿De dónde sacó el revólver? —volvió a preguntar el inspector, con paciencia.

—Usted lo ha dicho… de la habitación de Walter.

—¿Lo recuerda?

—Debí sacarlo de allí. No pudo ser de ninguna otra parte, ¿verdad?

—No lo sé; alguien… pudo habérselo dado.

Edgar guardaba silencio… con el rostro impasible.

—¿Es así como ocurrió?

Edgar repuso emocionado:

—No me acuerdo. Estaba trastornado. Estuve paseando por el jardín, presa de un ataque de rabia. Creí que la gente me espiaba, me vigilaba, con el afán de hundirme. Incluso esa anciana de cabellos blancos tan agradable… Ahora no puedo comprenderlo. Siento que debía estar loco. ¡No recuerdo ni dónde estuve ni lo que hice la mitad del tiempo!

—Seguramente recordará quién le dijo que el señor Serrocold era su padre.

Edgar continuó impasible.

—Nadie me lo dijo —replicó de pronto—. Se me ocurrió a mí.

El inspector suspiró. No estaba satisfecho, pero pudo darse cuenta de que por el momento no conseguiría adelantar nada.

—Bien, en el futuro vigile sus actos —le dijo.

—Sí, señor. Sí, desde luego.

Cuando Edgar se marchó, Curry meneó lentamente la cabeza.

—¡Estos casos patológicos son el demonio!

—¿Cree que alguien habrá influido en él?

—Mucho menos de lo que había imaginado. Es un débil mental, un jactancioso, un mentiroso… No obstante, hay cierta sencillez en él. Y es mucho más sugestionable de lo que hubiera podido suponer.

—Oh, sí, la señorita Marple tuvo razón en eso. Es una mujer muy astuta, pero me gustaría saber quién pudo ser. Él no lo dirá. Si lo supiéramos… Vamos, Lake, vamos a reconstruir exactamente la escena que tuvo lugar en el Gran Vestíbulo.

Esto concuerda a las mil maravillas.

El inspector Curry estaba sentado ante el piano, y el sargento Lake junio a la ventana, mirando al lago. Curry prosiguió:

—Si yo estoy sentado mirando la puerta del despacho, no puedo verle a usted.

El sargento Lake se levantó sin hacer ruido y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca.

—Toda esta parte de la habitación estaba a oscuras. Las únicas luces encendidas eran las de junto a la puerta del despacho. No, Lake, ni le vería marchar. Una vez en la biblioteca usted podía salir por la otra puerta al corredor… en dos minutos a la habitación de los huéspedes, disparar contra Gulbrandsen y volver por la biblioteca para ocupar de nuevo la silla junto a esa ventana. Las mujeres sentadas ante el fuego le daban la espalda. La señora Serrocold estaba sentada aquí… a la derecha de la chimenea, cerca de la puerta del despacho. Todos están de acuerdo en decir que no se movió y es la única que estaba situada en la dirección en que todos miraban. La señorita Marple ahí, mirando al despacho por encima de la señora Serrocold. La señora Strete a la izquierda… y en una esquina muy oscura. Pudo haber entrado y salido sin ser vista. Sí, es posible.

Curry sonrió de pronto.

—Y yo también podía irme —se alejó sigilosamente del taburete

del piano caminando junto a la pared hasta llegar a la puerta—. La única persona que podría notar que ya no estaba sentado al piano sería Gina Hudd. Y recuerde que Gina dijo: Esteban estaba sentado ante el piano al principio. No sé a dónde fue luego.

—¿Así cree usted que fue Esteban?

—No sé quién ha sido —repuso Curry—. No fue Edgar Lawson ni Lewis Serrocold ni su esposa ni la señorita Juana Marple. Pero en cuanto a los demás…, fue mucha casualidad. Y, no obstante, me gusta bastante ese muchacho. Sin embargo, eso no es ninguna prueba.

Rebuscó entre las partituras que estaban sobre el piano.

—¿Hindemith? ¿Quién es? Nunca oí hablar de él. ¡Shostakoyitch! Qué nombres tienen estos compositores. —Se puso en pie y alzó la tapa del anticuado taburete.

—Aquí hay más. El «Largo» de Haendel. Unos ejercicios de Czerny. La mayoría deben de ser de la época del viejo Gulbrandsen. «Conozco un bello jardín…» La mujer del vicario solía cantarlo cuando yo era niño…

Se detuvo… con las amarillentas páginas de la canción en la mano. Debajo, reposando sobre los Preludios de Chopin, vio una pequeña pistola automática.

—Esteban Restarick —exclamó el sargento Lake, alegremente.

—No saque ninguna conclusión precipitada —le aconsejó el inspector—. Apuesto diez contra uno a que eso es lo que pretenden que pensemos.

Capítulo XV

La señorita Marple subió la escalera y golpeó con los nudillos en la puerta del dormitorio de la señora Serrocold.

—¿Puedo pasar, Carrie Louise?

—Pues claro, Juana querida.

Carrie Louise se hallaba sentada ante su tocador, cepillando sus plateados cabellos. Volvió la cabeza para mirarla.

—¿Es que me necesita la policía? Estaré lista en seguida.

—¿Te encuentras bien?

—Pues claro que sí. Jolly se ha empeñado en que tomara el desayuno en la cama. ¡Y Gina ha entrado de puntillas como si estuviera a las puertas de la muerte! No creo que la gente comprenda que las tragedias como la muerte de Christian sorprenden menos a los viejos. Porque a nuestra edad sabemos que puede ocurrir cualquier cosa… y cuan poco importa lo que ocurre en este mundo.

—Si —repuso la señorita Marple, dudosa.

—¿Es que no opinas como yo, Juana? Yo hubiera asegurado que sí.

La señorita Marple murmuró despacio:

—Christian ha sido asesinado.

—Sí…, comprendo lo que quiere decir. ¿Tú crees que eso importa?

—¿Y tú no?

—A Christian desde luego que no le importa —dijo Carrie Louise con sencillez—. Importa a quien le asesinó.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo ser?

—No, no tengo la menor idea. Ni siquiera puedo encontrar una

razón. Debe haber sido por algo relacionado con su última visita… ya hará cosa de un mes. Porque de otro modo no creo que hubiera vuelto tan de repente sin un motivo especial. Sea lo que fuere, debió comenzar entonces. He estado pensando y pensando, pero no recuerdo nada anormal.

—¿Quiénes estaban en la casa?

—¡Oh! Los mismos que ahora…, sí, Alex acababa de llegar de Londres. Y… ah, sí, Ruth también estaba aquí.

—¿Ruth?

—Sí, nos hizo su acostumbrada visita relámpago.

—Ruth —repitió la solterona, mientras su mente trabajaba con gran actividad. ¿Christian Gulbrandsen y Ruth? Ruth se había marchado preocupada y recelosa, pero sin saber por qué. Algo extraño ocurría, según ella Christian Gulbrandsen también estuvo preocupado y receloso, pero él debió saber que alguien intentaba envenenar a Carrie Louise. ¿Cómo había llegado a abrigar sospechas? ¿Qué es lo que oiría o vería? ¿Fue algo que Ruth no supo apreciar en su exacto significado? La señorita Marple hubiera deseado saber qué pudo haber sido. Una ligera corazonada (fuera la que fuese) parecía poco probable que tuviera relación con Edgar Lawson, puesto que Ruth ni siquiera le había mencionado. Suspiró.

—Me ocultáis algo, ¿no es verdad? —preguntó Carrie Louise.

La señorita Marple pegó un respingo al oír su voz.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es cierto. Jolly no, pero todos los demás sí. Incluso Lewis. Entró mientras estaba tomando el desayuno, y se comportó de un modo extraño. Bebió parte de mi café e incluso mordisqueó una de mis tostadas con mermelada. Eso es muy raro, porque siempre toma té, y no le gusta la mermelada; debía de estar pensando en otra cosa… y supongo que olvidaría de desayunarse. Siempre se olvida de las comidas, y me pareció tan preocupado…

—Un asesinato… —empezó a decir la señorita Marple.

Carrie Louise replicó en el acto.

—Oh, lo sé. Es algo terrible. Nunca me vi mezclada en ninguno hasta ahora. ¿Y tú, Juana? ¿Tú sí?

—Pues…, sí…, en efecto —admitió la solterona.

—Eso me dijo Ruth.

—¿Te lo contó la última vez que estuvo aquí? —quiso averiguar la señorita Marple.

—No, no creo que fuese entonces. La verdad, no lo recuerdo.

Carrie Louise hablaba vagamente, como si estuviera distraída.

—¿Qué estás pensando, Carrie Louise?

La señora Serrocold sonrió, pareciendo que volvía de muy lejos.

—Pensaba en Gina, y en lo que tú dijiste de Esteban Restarick. Gina es buena chica, ya sabes, y está verdaderamente enamorada de Wally. Estoy segura de esto.

La señorita Marple guardó silencio.

—A las chicas como Gina les gusta presumir un poco. Son jóvenes y les agrada demostrar su poder. Es natural. Ya sé que Hudd no es la clase de marido que había imaginado para Gina. En circunstancias normales no le hubiera conocido nunca. Pero le encontró y se enamoró de él… y es de presumir que sepa lo que le conviene.

—Es probable —repuso la señorita Marple.

—Pero es muy importante que Gina sea feliz.

La solterona la miró extrañada.

—Me figuro que es importante que todo el mundo lo sea.

—Oh, sí, pero Gina es un caso especial. Cuando recogimos a su madre… cuando adoptamos a Pippa…, nos dimos cuenta de que era un experimento que tenía que tener éxito a la fuerza. Sabes, la madre de Pippa…

Carrie Louise se interrumpió.

—¿Quién era la madre de Pippa? —quiso saber la señorita Marple.

La señora Serrocold la miraba vacilando.

—No es simple curiosidad. La verdad… bueno… necesito saber. Ya sabes que sé frenar mi lengua.

—Siempre supiste guardar un secreto. Juana. El doctor Galbraith… ahora es obispo de Cromer… lo sabe. Pero nadie más. La madre de Pippa fue Catalina Elsworth.

—¿Elsworth? ¿No era una mujer que administraba arsénico a su marido? Fue un caso muy famoso.

—Sí.

—¿La. mataron?

—Sí, pero sin la certeza de que le hubiera envenenado ella. El marido acostumbraba tomar arsénico…, entonces no se sabía mucho de estas cosas.

—Siempre pensamos que las declaraciones de la doncella fueron malintencionadas.

—¿Y Pippa era hija suya?

—Sí. Eric y yo decidimos ofrecer a la niña una nueva vida… con cariño, cuidados y todo lo que precisan los niños. Tuvimos éxito. Pippa fue… ella misma. La criatura más dulce y alegre que puedas imaginar.

La señorita Marple permaneció un buen rato en silencio. Carrie Louise se levantó del tocador.

—Ya estoy lista. Quisiera que pidieras al inspector, o a quien sea, que suba a mi salita. Estoy segura de que no le importará.

Al inspector Curry no le importó. Casi agradecía la oportunidad de ver a la señora Serrocold en sus dominios.

Mientras la esperaba, miró a su alrededor con curiosidad. Aquella habitación no respondía a la idea de que él tenía del boudoir de una mujer rica.

Había en ella un sofá anticuado y algunas sillas poco cómodas, estilo Victoriano, con los respaldos de madera trabajados. El tapizado muy viejo y descolorido, pero de diseño atractivo. Era una de las estancias más pequeñas de la casa, aunque con todo era mayor que cualquier salón de las modernas residencias, y tenía un aspecto cómodo y abigarrado con sus mesitas, sus chucherías y retratos. Curry contempló una antigua instantánea de dos niñas, una morena y avivada, y la otra feúcha y con la mirada ausente bajo un pesado flequillo. Había visto la misma expresión aquella mañana: «Pippa y Mildred», estaba escrito en la fotografía. Vio también un retrato de Eric Gulbrandsen colgado de la pared con un marco de ébano. Acababa de descubrir la efigie de un hombre bien parecido y ojos reidores que tomó por Juan Restarick, cuando se abrió la puerta dando paso a la señora Serrocold.

Vestía de negro, pero un negro etéreo y vaporoso. Su rostro blanco y sonrosado parecía inusitadamente pequeño bajo la corona de plata de sus cabellos, y había tal fragilidad en ella, que en seguida cautivó el corazón del inspector. En aquel momento

comprendió muchas cosas que aquella mañana le dejaron perplejo. Ahora se daba cuenta de por qué todos querían evitar a Carolina Louise Serrocold cualquier preocupación.

«Y, no obstante —pensó—, no es de esas mujeres que arman un alboroto por nada…»

La señora Serrocold le saludó, y tras rogarle que se sentara, tomó asiento en una butaca muy próxima. Fue más bien ella quien procuró tranquilizarle. Al comenzar a interrogarla fue respondiendo a sus preguntas con presteza y sin la menor vacilación. El corte de la, luz, la disputa entre Lawson y su esposo, el disparo que oyeron…

—¿No le pareció que aquella explosión tuvo lugar en la casa?

—No. Creí que había sido en el exterior. Pensé que tal vez procediese del tubo de escape de algún auto.

—Durante el rato que su esposo y ese joven Lawson estuvieron en el despacho, ¿se fijó si alguien abandonaba el vestíbulo?

—Wally había ido a arreglar la luz. La señorita Bellever salió poco después… a buscar algo, pero no recuerdo qué.

—¿Quién más se marchó de allí?

—Nadie, que yo sepa.

—¿Y sin que usted lo supiera?

Reflexionó unos instantes.

—Pues…, es posible.

—¿Estaba completamente absorta en lo que oía, en las voces que llegaban del despacho?

—Sí.

—¿Y no sentía temor por lo que pudiera ocurrir allí dentro?

—No…, no, la verdad. No pensé que llegara a ocurrir nada.

—Pero Lawson tenía un revólver.

—Sí.

—¿Y amenazaba con él a su esposo?

—Sí, pero sin intención.

El inspector Curry sintióse invadir nuevamente por la exasperación. ¡Conque era como los demás!

—No es posible que pudiera tener esa seguridad, señora Serrocold.

—Pues estaba segura. Quiero decir en mi fuero interno. Como dice la gente joven… estaba representando una comedia. Eso es lo

que yo pensé. Edgar es sólo un muchacho. Se puso a dramatizar como un tonto, imaginando que era un carácter valiente y desesperado. Viéndose como el héroe de una historia romántica. Estaba completamente segura de que nunca dispararía.

—Pero disparó, señora Serrocold.

Carrie Louise sonrió.

—Supongo que se dispararía el arma por casualidad.

El inspector Curry volvió a exasperarse.

—No fue casualidad. Lawson disparó dos veces… contra su esposo. Las balas debieron pasarle rozando.

Carrie Louise pareció sorprenderse y se puso seria.

—No puedo creerlo. Oh, sí… —se apresuró a decir ante el gesto de protesta del inspector—; claro que debo creerlo si usted me lo dice. Pero todavía sigo creyendo que debe de haber alguna sencilla explicación. Tal vez el doctor Maverick sepa explicármelo.

—Oh, sí, el doctor Maverick se lo explicará muy bien —dijo el inspector, sonriendo—. Él puede explicarlo todo. Estoy seguro.

Inesperadamente la señora Serrocold le dijo:

—Ya sé que mucho de lo que hacemos aquí le parecerá tonto y sin objeto, y pensará que los psiquíatras algunas veces son muy cargantes. Pero obtenemos buenos resultados, ¿sabe? Tenemos nuestros fracasos, pero también nuestros éxitos. Y lo que intentamos vale la pena. Y aunque probablemente no lo creerá, Edgar quiere mucho a mi esposo. Comenzó a decir todas estas tonterías de que Lewis era su padre, por lo mucho que desearía tener un padre como él. Pero lo que no puedo comprender es por qué se puso tan violento de repente. Estaba mucho mejor… prácticamente casi normal. Desde luego que a mí siempre me ha parecido una persona normal.

El inspector nunca quiso discutir este punto.

—El revólver con que Edgar Lawson amenazó a su esposo, pertenecía al marido de su nieta. Es de suponer que Lawson lo cogiera de la habitación de Walter Hudd. Ahora, dígame, ¿había visto antes este revólver?

Y él mostraba en la palma de la mano una pequeña pistola automática.

Carrie Louise la observó.

—La encontré en el taburete del piano. Ha sido disparada recientemente. No hemos tenido tiempo para comprobarlo con exactitud, pero me atrevería asegurar que es el arma con que mataron al señor Gulbrandsen.

—¿Y la encontró en el taburete del piano? —preguntó con el ceño fruncido.

—Bajo unas partituras de música… que yo diría no han sido tocadas hace años.

—¿Escondida entonces?

—Sí. ¿Recuerda quién se sentó al piano la noche pasada?

—Esteban Restarick.

—¿Estuvo tocando?

—Sí. Muy bajo. Una melodía extraña y melancólica.

—¿Cuándo dejó de tocar, señora Serrocold?

—¿Cuándo? No lo sé.

—¿Pero dejó de tocar? ¿No siguió tocando durante toda la pelea?

—No. La música cesó.

—¿Se levantó de su sitio?

—No lo sé. No tengo ni idea de lo que hizo hasta que se acercó a la puerta del despacho para probar una llave.

—¿Conoce alguna razón por la cual Esteban Restarick pudiera haber matado al señor Gulbrandsen.

—Ninguna —y agregó, pensativa—: No creo que le matara.

—Gulbrandsen pudo haber descubierto algo que le desacreditara.

—No lo creo probable.

El inspector Curry sintió un deseo irresistible de contestar:

—Cuando la rana críe pelo…, tampoco eso parece probable.

Era aquél un dicho de su abuela. Estaba seguro de que la señorita Marple debía de conocerlo.

Carrie Louise bajó la amplia escalera y tres personas salieron a su encuentro desde distintas direcciones. Gina venía del pasillo; la señorita Marple de la biblioteca y Julie Bellever del Gran Vestíbulo.

Gina fue la primera en hablar.

—¡Querida abuelita! —exclamó con cariño—. ¿Te encuentras bien? ¿Te han asustado o han empleado contigo el tercer grado,

acaso?

—Claro que no, Gina. ¡Qué cosas se te ocurren! El inspector es muy amable y ha sido muy considerado.

—Como debía ser —repuso la señorita Bellever—. Ahora, Cara, acabo de recoger todas sus cartas y un paquete. Iba a subírselas en este momento.

—Llévalas a la biblioteca —le dijo Carrie Louise.

Y las cuatro fueron allí.

Carrie Louise tomó asiento y comenzó a abrir su correspondencia. Había lo menos veinte o treinta cartas.

Una vez abiertas, se las tendía a la señorita Bellever, que las colocaba en montoncitos, cuyo significado explicó a la señorita Marple.

—Hay tres categorías. Unas son… de los parientes de los muchachos. Ésas las entrego al doctor Maverick. Las que piden cosas, las despacho yo misma. Y el resto son personales… y Cara me dice cómo debe contestarlas.

Una vez hubo terminado de clasificar la correspondencia, la señora Serrocold dirigió su atención al paquete cuyo cordel cortó con unas tijeras.

Entre virutas, muy bien arreglada, apareció una caja de bombones atada con una cinta dorada.

—Alguien se ha creído que es mi cumpleaños —dijo la señora Serrocold con una sonrisa.

Quitó la cinta para abrir la caja. Dentro había una tarjeta, que Carrie Louise miró con ligera sorpresa.

—«*De Alex, con cariño*» —leyó—. Qué extraño que me enviara una caja de bombones el mismo día que iba a venir.

Una sospecha cruzó por la mente de la señorita Marple, quien se apresuró a decir:

—Espera, Carrie Louise. No los comas todavía.

La señora Serrocold pareció sorprenderse.

—Iba a daros a todas.

—Pues no lo hagas. Espera a que pregunte… ¿Sabes si Alex está en casa, Gina?

—Creo que ahora está en el vestíbulo —repuso ésta en seguida, yendo hasta la puerta para llamarle.

Alex Restarick apareció momentos después.

—¡Querida Madonna! ¿Ya estás levantada? ¿No ha sido nada?

Y acercándose a Carrie Louise, la besó cariñosamente en ambas mejillas.

La señorita Marple dijo:

—Carrie Louise quiere darle las gracias por los bombones.

Alex se sorprendió.

—¿Qué bombones?

—Éstos —repuso Carrie Louise.

—Pero si yo no te he enviado bombones, querida.

—La caja lleva su tarjeta —dijo la señorita Bellever.

Alex la miró.

—Pues es cierto. ¡Qué extraño! Es muy raro… Desde luego, yo no los he mandado.

—Qué cosa más extraordinaria —comentó la señorita Bellever.

—Parecen deliciosos —dijo Gina, mirando el contenido de la caja—. Mira, abuelita, los del centro son de licor. Tus preferidos.

La señorita Marple, con ademán resuelto, le arrebató la caja, y sin pronunciar palabra, salió de la estancia, yendo al encuentro de Lewis Serrocold. Le costó bastante encontrarle, porque se había ido al Colegio… y allí le encontró en la habitación del doctor Maverick. Puso la caja de bombones sobre la mesa. Lewis escuchó el breve resumen que le hizo de lo ocurrido. Su rostro se puso repentinamente tenso.

Con sumo cuidado, Lewis y el doctor fueron cogiendo los bombones uno por uno para examinarlos.

—Creo —dijo el doctor Maverick—, que éstos que he separado han sufrido alguna manipulación. ¿Ve usted la desigualdad de su parte inferior? Lo que hay que hacer ahora es analizarlos.

—Pero parece increíble —dijo la señorita Marple—. Pues todos los de esta casa podrían haber sido asesinados.

Lewis asintió, todavía con el rostro pálido y contraído.

—Sí. Hay una crueldad… —se interrumpió—. Me parece que, precisamente, estos bombones son de licor. Los favoritos de Carolina. Así que, ya ven, hay cierta intención tras todo esto.

La señorita Marple repuso tranquilamente, con calma:

—Si es como usted supone… si hay… veneno… en esos

bombones, me temo que Carrie Louise debe saber lo que ocurre. Debe estar sobre aviso.

—Sí —contestó Lewis, con pesadumbre—. Tendrá que saber que alguien quiere asesinarla. Creo que le va a parecer realmente Imposible.

Capítulo XVI

—¡Ah!, señorita. ¿Es cierto que está actuando un terrible envenenador?

Gina echóse hacia atrás el cabello que le caía sobre la frente y dio un respingo al oír aquella pregunta. Llevaba manchas de pintura en la cara y en los pantalones. Junto con sus ayudantes, seleccionados entre los muchachos, había estado muy atareada pintando para su próxima producción teatral un telón de fondo que representaba una puesta del Sol en el Nilo. Fue uno de sus ayudantes quien hizo la pregunta. Ernie, el muchacho que le había dado lecciones sobre el modo de abrir las cerraduras. Sus dedos eran igualmente hábiles en el manejo de las herramientas de carpintería, y era uno de los más entusiastas de la sección teatral.

Ahora sus ojos estaban brillantes.

—¿De dónde sacaste esa idea? —preguntó Gina, Indignada.

Ernie le guiñó un ojo.

—Es de lo que se habla en los dormitorios —repuso—. Pero, escuche, señorita, no fue ninguno de nosotros… Nada de eso. Nadie podría hacerle daño a la señora Serrocold. Ni siquiera Jerkins se atrevería a engañarla. Es distinto si se tratara de esa vieja bruja. Ninguno quisiéramos envenenarla, ninguno.

—No hables así de la señorita Bellever.

—Lo siento, señorita. Se me escapó. ¿Qué veneno es ése, señorita? ¿Estricnina? Le hace doler a uno la espalda, y tener una agonía terrible. ¿O era ácido prúsico?

—No sé de lo que me estás hablando, Ernie.

Ernie volvió a dedicarle un guiño.

—¡Vaya que no! El señor Alex lo hizo, según dicen, Le trajo

bombones de Londres. Pero eso es mentira. El señor Alex no haría una cosa así, ¿verdad, señorita?

—Claro que no —dijo Gina.

—Es más probable que lo hiciera el señor Baumgarten. Cuando nos da clase, pone unas caras terribles, y creemos que es un vampiro.

—Quita de ahí la trementina.

Ernie obedeció mientras murmuraba como para sí:

—¡Valiente vida! Ayer quitaron de en medio al viejo Gulbrandsen y ahora un envenenador secreto. ¿No cree que puede ser la misma persona? ¿Qué diría usted, señorita, si le dijera que sé quién lo mató?

—No es posible que tú lo sepas.

—¿Que no? Suponga que estuviera fuera ayer noche y lo viera.

—¿Cómo iba a ser posible que estuvieses fuera? El Colegio se cierra a las siete, después de pasar lista.

—Después de pasar lista…, yo puedo salir cuando quiero, señorita. Los cerrojos no significan nada para mí. Salgo a pasear por el parque sólo para divertirme.

—Quisiera que dejases de decir mentiras, Ernie.

—¿Quién las dice?

—Tú. Mientes y te jactas de cosas que nunca has hecho.

—Eso es lo que usted dice, señorita. Espere a que vengan los polis y me pregunten lo que vi la noche pasada.

—Y bien, ¿qué viste?

—¡Ah! —replicó Ernie—. ¿Le gustaría saberlo?

Gina hizo ademán de perseguirle y Ernie retiróse estratégicamente. Esteban salía por el otro lado del teatro y fue a reunirse con Gina. Discutieron algunos asuntos técnicos y luego caminaron juntos en dirección a la casa.

—Parece que todos saben lo de la abuelita y los bombones —dijo Gina—. Me refiero a los muchachos. ¿Cómo se habrán enterado?

—Nos habrán oído hablar.

—Y saben lo de la tarjeta de Alex. Esteban, ¿no te parece una tontería haber puesto la tarjeta de Alex en la caja cuando precisamente iba a venir?

—Sí, pero ¿quién sabía que iba a venir? Lo decidió de sopetón y envió un telegrama. Probablemente, entonces, ya habrían enviado la caja al correo, y si no llega a venir, hubiera sido una buena idea, porque algunas veces le manda bombones a Carolina.

Y prosiguió:

—Lo que no puedo comprender es…

—… que haya alguien que quiera matar a abuelita —le atajó Gina—. Lo sé. ¡Es inconcebible! Es tan adorable… que absolutamente todos tienen que adorarla forzosamente.

Esteban no respondió, mientras Gina le observaba fijamente.

—¡Sé lo que estás pensando, Esteban!

—¿Qué?

—Estás pensando que Wally… no la adora. Pero Wally no es capaz de envenenar a nadie. Es una idea ridícula.

—¡La esposa fiel!

—No lo digas en ese tono de burla.

—No tenía intención de burlarme. Creo que lo eres. Por eso te admiro; pero, querida Gina, ya sabes que no puedes ocultarlo.

—¿Qué quieres decir, Esteban?

—Lo sabes muy bien. Tú y Wally no sois el uno para el otro. Es una de esas cosas que saltan a la vista. Él también lo sabe. Cualquier día llegará la ruptura, y los dos seréis mucho más felices.

—No seas idiota.

Esteban echóse a reír.

—Vamos, no irás a decir que os lleváis muy bien o que Wally es feliz aquí.

—Oh, no sé lo que le pasa —exclamó la joven—. Siempre está triste. Apenas habla. Yo… Yo no sé qué hacer. ¿Por qué no puede pasarlo bien aquí? Nos habíamos divertido tanto juntos…, todo era divertido… y ahora parece otro. ¿Por qué tienen que cambiar tanto las personas?

—¿Yo he cambiado?

—No, querido Esteban. Tú siempre eres Esteban. ¿Recuerdas cómo te iba detrás durante las vacaciones?

—Y qué pesada me parecías… pensaba… esa chiquilla despreciable. Bien, ahora se han invertido los papeles. Y me tienes donde tú querías, ¿no es cierto, Gina?

—Estúpido —repuso Gina sin vacilar, y agregó apresuradamente —. ¿Tú crees que Ernie ha mentido? Pretende haber estado paseando entre la niebla ayer noche, y asegura que puede decir muchas cosas del asesino. ¿Tú crees que puede ser cierto?

—¿Cierto? Claro que no. Ya sabes cómo le gusta inventar. Lo hace para darse importancia.

—Oh, lo sé. Sólo que quisiera saber…

Continuaron andando uno junto al otro, sin cruzar palabra.

El sol poniente iluminaba la fachada oeste de la casa. El inspector Curry miró en aquella dirección.

—¿Es éste el sitio donde detuvo su automóvil ayer noche? — preguntó.

Alex Rasterick echóse un tanto hacia atrás, como si reflexionase.

—Más o menos —repuso—. Es difícil precisarlo con exactitud. Había mucha niebla. Sí, yo diría que fue aquí.

El inspector Curry miró a su alrededor apreciativamente.

El camino enarenado formaba una curva suave en línea recta hacia la casa. Atravesando el espacio cubierto de césped, llegó a la terraza y entró por la puerta lateral. Momentos después se agitaron violentamente las cortinas de una de las ventanas. Luego Dodgett volvió a aparecer por la puerta que daba al jardín y regresó, jadeando como una máquina de vapor.

—Dos minutos y cuarenta y dos segundos —dijo el inspector Curry parando el cronómetro—. No se necesita más tiempo para estas cosas, ¿verdad?

Su tono era tranquilo.

—Yo no corro tanto como su ayudante —dijo Alex—. Me figuro que son mis supuestos movimientos los que está usted controlando.

—Sólo hago constar que usted tuvo oportunidad de cometer el crimen. Eso es todo, señor Restarick. No estay acusando a nadie… todavía.

Alex dirigióse al ayudante, que aún jadeaba:

—No puedo correr tanto como usted, pero creo que estoy más entrenado.

—Esto me pasa desde el año pasado que tuve bronquitis —dijo Dodgett.

—Ahora, en serio —Alex dirigióse al inspector—, a pesar de

querer ponerme nervioso y observar mis reacciones… debe recordar que los artistas somos, oh, tan sensibles… ¡tan tiernos! —su voz adquirió un tono burlón—. ¿Cree de verdad que yo tengo algo que ver con todo esto? No iba a enviar una caja de bombones envenenados a la señora Serrocold con mi tarjeta dentro, ¿no le parece?

—Tal vez sea esto lo que se quiere hacernos pensar. Existe el doble engaño, señor Restarick.

—Ah, ya. Muy ingenioso. A propósito: ¿estaban envenenados esos bombones?

—Los seis rellenos de licor que había en el centro, sí. Contenían aconitina.

—No es ninguno de mis venenos favoritos, inspector. Personalmente siento debilidad por el curare.

—El curare tiene que ser introducido en la sangre, señor Restarick, y no en el estómago.

—Qué maravillosos conocimientos posee la policía —dijo Alex, admirado.

El inspector Curry dirigió una mirada de reojo al joven, observando sus puntiagudas orejas y sus facciones, más propias de un mongol que de un inglés. En sus ojos brillaba una chispita de burla maliciosa. Era difícil de saber en cualquier ocasión lo que Alex Restarick estaba pensando. ¿Era un sátiro… o tal vez un fauno? Un fauno sobrealimentado, pensó el inspector Curry de repente, y esta idea le llenó de inquietud.

Una serpiente con cerebro… así podía definirse a Alex Restarick. Más listo que su hermano. Su madre fue una rusa o algo así, según había oído decir. Todo lo que tenía algo que ver con Rusia era malo, según opinión del inspector Curry, y si Alex Restarick había asesinado a Gulbrandsen resultaría un asesino muy satisfactorio. Pero, por desgracia, Curry no estaba convencido en absoluto de que lo fuera.

El ayudante Dogett, que había recobrado el aliento, dijo:

—Moví las cortinas como usted me dijo, señor. Y conté hasta treinta. He notado que esas cortinas tienen un roto en la parte superior. Eso quiere decir que queda una abertura que permite ver desde fuera si hay luz en la habitación.

—¿Notó usted si había luz en esa ventana la noche pasada? —preguntó el inspector Curry a Alex.

—No podía distinguir la casa a causa de la niebla. Ya se lo dije.

—Pero la niebla se aclara a veces durante uno o dos minutos en algunos puntos.

—No se aclaró lo suficiente para que pudiera ver la casa, es decir, la parte principal. El edificio del gimnasio más cercano surgía ante la niebla de un modo delicioso e irreal. Daba la impresión de los almacenes en los puertos. Como le dije, estoy montando un ballet y…

—Ya me lo explicó —se apresuró a recordarle el inspector Curry.

—Uno se acostumbra a mirar las cosas desde el punto de vista de una decoración escénica, más que desde la realidad.

—Me lo figuro. Y no obstante, un escenario es bastante real, ¿no es cierto, señor Restarick?

—No veo lo que quiere usted decir, inspector.

—Pues que está hecho de materias reales… lona, madera, pintura y cartón. La ilusión está en los ojos del espectador, no en la escena. Así, como le digo, es todo totalmente real, tanto entre bastidores como visto de frente.

—¿Sabe, inspector, que eso demuestra mucha penetración? Me ha dado una idea.

—¿Para otro ballet?

—No, no es para ballet… Válgame Dios. ¿No habremos sido demasiado estúpidos?

El inspector y Dodgett regresaron a la casa atravesando el césped. (En busca de huellas, pensó Alex, pero se equivocaba. Las estuvieron buscando a primera hora de la mañana, sin éxito, pues había llovido copiosamente a las dos de la madrugada.) Alex volvía por el camino, dando vueltas en su mente a las posibilidades de su nueva idea.

Sin embargo, se distrajo de estos pensamientos al ver a Gina paseando junto al lago. La casa estaba sobre una ligera prominencia, y el terreno declinaba suavemente desde la explanada cubierta de grava hasta el lago, rodeado de rododendros y otros arbustos. Alex corrió a su encuentro.

—Si uno pudiera olvidarse de esa absurda monstruosidad

victoriana —dijo poniendo los ojos en blanco—, éste podría ser el Lago de los Cisnes, y tú, Gina, su Reina. Aunque te pareces más a la reina de las Nieves. Eres cruel, siempre quieres salirte con la tuya, sin la menor piedad, amabilidad, o ni siquiera compasión. Eras muy, pero muy femenina, querida Gina.

—¡Qué malicioso eres, querido Alex!

—¿Porque no quiero dejarme engañar por ti? Estás muy satisfecha de ti misma, ¿no es así, Gina? Nos tienes a todos como a ti te gusta. A mí, a Esteban y al infeliz de tu marido.

—No digas tonterías.

—Oh, no. No son tonterías. Esteban está enamorado de ti, y yo también y Wally desesperado. ¿Qué más puede desear una mujer?

Gina le miró, echándose a reír.

—Celebro ver que al menos eres sincera. No te molestas en simular que no eres atractiva… o que te molesta terriblemente que los hombres se sientan atraídos por ti. ¿Te gusta que se enamoren de ti, verdad, cruel y despiadada Gina? ¡Incluso el pobre Edgar Lawson!

Gina le miró de hito en hito y repuso con seriedad:

—Ya sabes que eso no dura mucho tiempo. Las mujeres tienen la juventud más corta que los hombres. Tienen hijos… y se preocupan terriblemente por ellos. En cuanto pierden su atractivo, los hombres ya no las quieren y las dejan de lado. No se lo reprocho. Yo haría lo mismo. No me agradan las personas viejas, feas o enfermas, que se quejen de sus problemas o que son tan ridículas como Edgar, pavoneándose e inventando cosas para darse importancia. ¿Dices que soy cruel? ¡Es el mundo el cruel! ¡Y más pronto o más tarde lo será conmigo! Pero ahora soy joven, bonita, y la gente me encuentra atractiva. —Sus dientes brillaron al mostrarlos con su peculiar sonrisa—. Sí, Alex, me divierte. ¿Por qué no puedo divertirme?

—¿Por qué no, desde luego? —replicó Alex—. Lo que quiero saber es lo que vas a hacer, ¿vas a casarte con Esteban o conmigo?

—Estoy casada con Wally.

—Temporalmente. Cualquier mujer puede cometer un error al casarse…, pero no hay necesidad de persistir en el error. Una vez se ha representado la comedia en provincias, ha llegado la hora de

representarla en Londres.

—¿Y ese Londres eres tú?

—Sin duda alguna.

—¿De veras quieres casarte conmigo? No te puedo imaginar casado.

—Pues insisto en ello. Las aventuras siempre me han parecido muy anticuadas. Luego surgen infinidad de dificultades para los pasaportes, hoteles y demás. ¡No tendré nunca una amante, a menos que no haya otro remedio!

La risa de Gina sonó clara y fresca.

—Eres muy divertido, Alex.

—Es todo mi haber. Esteban es más atractivo que yo. Es muy guapo y vehemente, cosa que entusiasma a las mujeres. Pero la vehemencia resulta aburrida en el hogar. Conmigo, Gina, la vida te divertirá más.

—¿Es que no vas a decirme que me amas con locura?

—Por verdad que eso fuera, no te lo diría. Tú ganarías un punto y yo lo perdería. No; estoy dispuesto a pedirte en matrimonio de un modo comercial.

—Tendré que pensarlo —repuso Gina, sonriendo.

—Naturalmente. Además, primero tienes que sacar a Wally de su desesperación. Le tengo mucha simpatía. Debe de ser un infierno para él estar casado contigo y que le hayas arrastrado hasta esta pesada y filantrópica atmósfera familiar.

—¡Qué animal eres, Alex!

—Un animal muy perspicaz.

—Algunas veces —dijo Gina—. No creo que Wally me quiera ni tanto así. Ya no me hace ningún caso.

—¿Le has estado molestando con un palo y no te ha respondido? Que contrariedad.

Como un relámpago, la mano de Gina propinó una bofetada en la suave mejilla de Alex.

—¡Tocado! —exclamó Alex.

Con un rápido movimiento, la tomó en sus brazos y antes de que ella pudiese resistirse la besó con ardor. La joven se debatió unos momentos… luego fue cediendo…

—¡Gina!

Se separaron. Mildred Strete, con el rostro arrebolado y los labios temblorosos, les miraba acusadoramente. Por unos momentos su vehemencia apenas le permitió pronunciar las palabras.

—Qué lamentable… qué lamentable… tú eres igual que tu madre… siempre supe que eras mala… de mala raza… depravada… y no sólo una esposa infiel… sino además una asesina. ¡Sé lo que digo!

—¿Y qué es lo que sabes? No seas ridícula, tía Mildred.

—No soy tía tuya, a Dios gracias. No tenemos ningún parentesco de sangre. ¡Tú, ni siquiera sabes quién fue tu madre, ni de dónde vino! Pero yo sé muy bien quiénes han sido mis padres. ¿Qué clase de criatura crees que adoptarían ellos? ¡La hija de un criminal o de una mujer desgraciada, con toda seguridad! Eso debieron de ser tus padres. Debieron pensar que la mala sangre sale a relucir algún día. Aunque me atrevería a asegurar qué es la parte italiana que hay en ti la que te hizo emplear veneno.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Diré lo que me parezca. Ahora no puedes negarlo. ¡Atrévete a negar que alguien intentó envenenar a mi madre! ¿Y quién es la persona más adecuada? ¿Quién entrará en posesión de una gran fortuna a su muerte? Tú, Gina, y puedes estar segura de que la policía no ha pasado por alto ese detalle.

Mildred se alejó de la habitación a toda prisa, temblando todavía.

—Un caso patológico —dijo Alex—. Definitivamente patológico. Muy interesante.

—No seas ofensivo, Alex. Oh, la odio, la odio, la odio.

Gina se retorcía las manos con furia.

—Afortunadamente no tenías un arma a mano —dijo Alex—. De otro modo, la querida señora Strete hubiera sabido algo más sobre el crimen, desde el punto de vista de la víctima. Cálmate, Gina. No te pongas melodramática, como si estuvieras representando una ópera italiana.

—¿Cómo se atreve a decir que yo intento envenenar a abuelita?

—Bueno, querida; alguien ha tratado de hacerlo. Y, contando con los motivos, tú eres la más indicada, ¿no te parece?

—¡Alex! —Gina le miró con desmayo—. ¿Es que lo cree la

policía?

—Es en extremo difícil saber lo que piensa la policía… Oculta perfectamente bien sus opiniones. No es tonta, ya lo sabes. Eso me recuerda…

—¿Adónde vas?

—A poner en práctica una idea.

Capítulo XVII

—¿Dices que alguien ha intentado envenenarme?

La voz de Carrie Louise denotaba asombro e incredulidad.

—Sabes —dijo—, no puedo creerlo.

Aguardó unos momentos con los ojos semicerrados.

—Quisiera haber podido evitarte esto, querida —le dijo Lewis con toda amabilidad.

Casi de un modo automático le tendió una mano que él tomó entre las suyas.

La señora Marple, que se hallaba sentada a su lado meneó la cabeza expresando su simpatía.

Carrie Louise abrió los ojos.

—¿Es verdad, Juana? —le preguntó.

—Me temo que sí, querida.

—Entonces todo… —Carrie Louise se interrumpió—. Siempre creí saber lo que era real y lo que no lo era. —Prosiguió—. Esto no lo parece… y lo es… Así que debo haberme equivocado siempre… Pero ¿quién iba a querer hacerme una cosa así? No es posible que nadie en esta casa quiera… asesinarme.

Su voz seguía denotando incredulidad.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo Lewis—. Estaba equivocado.

—¿Y Christian lo sabía? Eso lo explica todo.

—¿Qué es lo que explicar? —quiso saber Lewis.

—Su comportamiento —repuso Carrie Louise—. Estaba muy raro, ¿sabes? No era el de siempre. Parecía… preocupado por mi y como si quisiera decirme algo… que no me dijo. Y me preguntó si tenía el corazón fuerte… si había estado bien últimamente. Tal vez quiso sonsacarme. Pero ¿por qué no me lo decía con toda

franqueza? Es mucho más sencillo decir las cosas abiertamente.

—No quiso causarte pena, Carolina.

—¿Pena? Pero ¿por qué…? Oh, ya comprendo —sus ojos se abrieron como naranjas—. Eso es lo que tú crees. Pero estás equivocado, Lewis, completamente equivocado. Puedo asegurártelo.

Su esposo esquivó la mirada.

—Lo siento —dijo Carrie Louise al cabo de unos momentos—. Pero no puedo creer que sea verdad nada de lo que ha ocurrido últimamente. Edgar disparando contra ti. Gina y Esteban. Esa ridícula caja de bombones. No puede ser cierto.

Nadie habló. Carolina Louise Serrocold, luego de suspirar, dijo:

—Me figuro que he vivido durante mucho tiempo lejos de la realidad… por favor… quisiera estar sola… Tengo que procurar comprender…

Cuando la señorita Marple bajaba la escalera para dirigirse al Gran Vestíbulo, encontró a Alex Restarick de pie junto al arco de la puerta de entrada con el brazo extendido en un ademán extravagante.

—Pase, pase —dijo Alex alegremente como si fuera dueño del vestíbulo—. Pensaba en lo de ayer noche.

Lewis Serrocold, que había seguido a la señorita Marple desde la habitación de Carrie Louise, atravesó el Gran Vestíbulo refugiándose en su despacho y cerrando la puerta tras sí.

—¿Es que intenta reconstruir el crimen? —preguntó la señorita Marple con disimulado interés.

—¿Eh? —Alex la miraba con el ceño fruncido, que luego desarrugó.

—Oh, eso —repuso—. No, no es exactamente eso. Estaba mirándolo desde un punto de vista completamente distinto. Pensaba en ello en términos teatrales. No real, sino artificialmente. Venga aquí. Piense en los términos de un escenario. Luces, entradas, salidas. Personajes. Ruidos. Todo muy interesante. Creo que es un hombre bastante cruel. Esta mañana hizo todo lo que pudo para asustarme.

—¿Y lo consiguió?

—No estoy seguro.

Alex le describió el experimento del inspector de cronometrar el

tiempo mientras su ayudante Dodgett realizaba la acción falto de aliento.

—El tiempo engaña mucho —le dijo—. Uno cree que estas cosas necesitan mucho, pero, claro, no es así.

—No —dijo la señorita Marple.

Representando al público, se cambió de sitio. El escenario consistía en un amplio tapiz que cubría toda la pared hasta perderse en la oscuridad, un piano de cola, una ventana y el asiento junto a ésta. Muy cerca de la ventana estaba la puerta que daba a la biblioteca. El taburete del piano sólo quedaba a unos ocho pies de la puerta que daba al pie de la escalera y al pasillo. Dos salidas muy convincentes. El público, naturalmente, tenía una bella vista de ambas.

Pero la noche anterior no hubo público. Nadie, por así decir, había estado contemplando el escenario que ahora tenía ante sus ojos la señorita Marple. La noche anterior el público daba la espalda a la escena.

«¿Cuánto debió tardar —pensaba la señorita Marple— en escurrirse de la estancia, recorrer el pasillo, disparar contra Gulbrandsen y regresar? Contando los minutos y segundos… muy poco en realidad… Pudo ser asi.» ¿Qué quiso dar a entender Carrie Louise cuando dijo a su esposo: "Esto es lo que tú crees…, pero estás equivocado, Lewis"?»

—Debo confesar que fue una observación muy acertada por parte del inspector —la voz de Alex la sacó de sus meditaciones—. Al decir que un escenario es algo real… hecho de madera y cartón, pegados con cola y tan real por el lado pintado como por el otro. «La ilusión está en los ojos de los espectadores», fue lo que dijo.

—Como los ilusionistas —murmuró la señorita Marple—. *El truco de los espejos*, creo que es la frase que emplean en el lenguaje teatral.

Esteban Restarick entraba en aquellos momentos respirando con cierta dificultad.

—Hola, Alex —le dijo—. Ese chicuelo, Ernie Greg… no sé si lo recuerdas…

—¿El que hizo el papel de Peste cuando representaste «La Doceava Noche»? Me pareció que tenía talento.

—Sí, lo tiene. También sus manos son muy hábiles. Hace muchos trabajos de carpintería. Sin embargo ahora eso no viene al caso. Ha estado diciéndole a Gina que sale por las noches y se pasea por los alrededores… que anoche estaba por aquí y se jacta de haber visto algo.

Alex giró en redondo.

—¿Qué es lo que ha visto?

—¡No quiere decirlo! Me parece que sólo trata de intervenir en esta representación. Es un mentiroso, pensé que tal vez debiera ser interrogado.

—Yo, de momento lo dejaría —repuso Alex con aspereza—. No vaya a creer que estamos muy interesados.

—Tal vez tengas razón. Esta noche, quizás.

Esteban dirigióse a la biblioteca.

La señorita Marple fue dando lentamente la vuelta al vestíbulo en su papel de auditorio movible, tropezando con Alex, que de pronto había echado a andar hacia atrás.

—Lo siento —dijo la señorita Marple.

Alex, con el ceño fruncido, repuso distraído:

—Perdone —y agregó sorprendido—. Oh, es usted.

A la solterona le pareció aquélla una observación extraña viniendo de una persona con la que llevaba un rato charlando.

—Estaba pensando en otras cosas —le dijo—. Ese chico, Ernie… —hizo un gesto vago con ambas manos.

Luego, con un repentino cambio de acción, cruzó el vestíbulo, fue a la biblioteca, cerrando la puerta tras sí.

A través de la puerta cerrada se oía el rumor de las voces, pero la señorita Marple apenas prestó atención. Le interesaba lo que el versátil Ernie pudo haber visto, o inventado. No creyó ni por un momento que Ernie hubiera escogido una noche tan oscura como la anterior para poner en práctica sus habilidades como cerrajero y pasear por el parque. Lo más probable era que no hubiera salido aquella noche. Lo dicho, eran sólo baladronadas.

«Como Juan Backhouse», pensó la señorita Marple, que siempre tenía un buen surtido de comparaciones entre los habitantes de St. Mary Mead.

«Ayer noche le vi», decía siempre Juan Backhouse a todo el que

pensaba iba a causar efecto.

Y era sorprendente ver los éxitos obtenidos. Pues muchas personas, según reflexión de la solterona, habían estado en sitios donde no deseaban ser vistas.

Alejó a Juan de su mente y concretó su pensamiento en algo vago que había despertado el relato de Alex sobre las observaciones del inspector Curry, y que le dieron una idea. A lo mejor la misma que se le había ocurrido a ella. ¿Sería igual? ¿Otra distinta?

Permaneció de pie donde tropezó con Alex, pensando entretanto:

«Esto no es un verdadero vestíbulo, sino un montón de cartones, lonas y maderas. Esto es un escenario…»

Algunas frases sueltas cruzaron, por su mente: «Ilusión… en los ojos de los espectadores.» *«El truco de los espejos»*… Peceras llenas de pececillos dorados… metros de cintas de colores… mujeres que desaparecen… Toda la falsedad del arte de los ilusionistas… Toda una gama de trucos bien dispuestos…

Algo acudió a su subconsciente… una imagen, algo que Alex había dicho… que le había descrito… El ayudante Dodgett jadeando… jadeando… Algo que flotaba en su mente… tomó forma de pronto…

—¡Pues, claro! —exclamó—. Eso debe de ser…

Capítulo XVIII

—¡Oh, Wally, qué susto me has dado!

Gina, que salía de la penumbra junto al teatro, se sobresaltó al ver la figura de Wally Hudd recortándose en la oscuridad. Todavía no era noche cerrada, pero la media luz hace que los objetos pierdan realidad y tomen formas fantásticas, de pesadilla.

—¿Qué estás haciendo aquí? Por lo general nunca te acercas al teatro.

—Puede que te anduviese buscando, Gina. Es el mejor sitio para encontrarte, ¿no es cierto?

La voz pastosa de Wally no dejó entrever ninguna insinuación especial y, no obstante, Gina acobardóse un tanto.

—Es un trabajo que me gusta. Me encanta el olor de la pintura y la lona fuerte y tensa de los decorados.

—Sí. Significa mucho para ti. Ya lo he visto. Dime, Gina, ¿cuánto tiempo crees tú que tardará en aclararse este asunto?

—La vista de la causa será mañana. Sólo podrá aplazarse quince días o cosa así. Por lo menos, eso es lo que me ha dado a entender el inspector Curry.

—Quince días —repitió Wally pensativo—. Ya. Digamos quizá tres semanas. Y después… seremos libres. Entonces volveré a los Estados Unidos.

—¡Oh! ¡Pero yo no puedo marcharme así! —exclamó Gina—. No puedo dejar a abuelita. Y ahora tenemos dos nuevas producciones en las que estamos trabajando…

—No he dicho nos iremos… sino que me iré yo.

Gina se detuvo para mirar a su esposo. El efecto de las sombras le hizo parecer muy alto. Una figura grande, tranquila…, pero en

cierto modo ligeramente amenazadora.

—¿Quieres decir… —vacilaba— que no quieres que vaya contigo?

—Pues no… yo no he dicho eso.

—Entonces te da lo mismo que vaya o no. ¿No es eso?

—Escucha, Gina. De eso es de lo que tenemos que hablar. No sabíamos gran cosa el uno del otro cuando nos casamos… ni de nuestro pasado, ni de nuestras familias. Pensamos que no importaba… Lo único importante era pasarlo bien juntos. Fin del primer acto. Tus parientes no pensaron ni… piensan… bien de mí. Tal vez tengan razón. No soy de su clase. Pero si crees que voy a quedarme aquí, haciendo cosas que yo considero locuras… en ese caso… piénsalo bien. Yo quiero vivir en mi país, y dedicarme a una clase de trabajo que me guste y pueda hacer. La idea que yo tengo de lo que debe ser una esposa es la de una mujer como las que acompañaban a los antiguos buscadores de oro, dispuesta a todo: penalidades, países desconocidos, peligros… Tal vez sea pedirte demasiado, pero tienes que ser todo eso, o nada. Puede que yo te indujera a casarte. De ser así, será mejor que te dé la libertad para que puedas comenzar de nuevo. Tú decidirás. Si prefieres a uno de esos muchachos artistas… es tu vida y tienes derecho a escoger, pero yo me vuelvo a casa.

—Creo que eres un completo cerdo —dijo Gina—. Yo me divierto aquí.

—¿Sí? Pues yo, no. Me figuro que incluso un crimen te divierte.

—Eso que has dicho es una crueldad —dijo Gina aspirando con fuerza—. ¿No te das cuenta de que alguien ha estado envenenando a abuelita durante meses? ¡Es horrible!

—Ya te he dicho que no me gusta este sitio, ni las cosas que aquí ocurren. Me marcho.

—¡Si te dejan! ¿No te das cuenta de que es probable que te arresten por el asesinato de tío Christian? No me gusta como te mira el inspector Curry. Parece un gato a punto de saltar sobre el ratón. Y porque estabas arreglando las luces y no eres inglés, estoy segura de que te echarán la culpa.

—Necesitan tener pruebas.

—Tengo miedo por ti, Wally. Lo tengo desde el principio.

—Eso no sirve de nada. ¡Te digo que no tienen nada contra mí!

Caminaron en silencio, en dirección a la casa.

—No creo que desees realmente que regrese a América contigo —dijo Gina al cabo de un rato.

Walter Hudd no contestó.

Gina se volvió hacia él y golpeó el suelo con el pie.

—Te odio. Te odio. Eres horrible… despreciable… un ser cruel y sin sentimientos. ¡Después de todo lo que he intentado hacer por ti! Quieres librarte de mí. No te importa no volverme a ver. Bueno, ¡pues a mí tampoco me importa no verte más! Fui una tonta cuando me casé contigo. Conseguiré el divorcio lo más pronto posible, y me casaré con Esteban o Alex, y seré mucho más feliz que lo hubiera sido contigo. Y espero que tú vuelvas a los Estados Unidos y te cases con alguna mujer horrible que te haga muy desgraciado.

—¡Espléndido! —replicó Wally—. ¡Ahora ya sabemos a qué atenernos!

La señorita Marple vio a Gina y a Wally entrar juntos en la casa.

Se hallaba en el lugar donde el inspector Curry llevó a cabo su experimento con ayuda de Dodgett.

La voz de la señorita Bellever le hizo dar un respingo.

—Si se está ahí quieta, se enfriará, señorita Marple. Ya se ha ido el sol.

La señorita Marple, sumisa, echó a andar a su lado y juntas se dirigieron hacia la casa.

—Estaba pensando en los trucos de los ilusionistas —dijo la señorita Marple—. Tan difíciles que parecen cuando se quiere ver lo que hacen, y no obstante, tan sencillos que resultan una vez explicados. (Sin embargo, sigo sin entender cómo se las arreglan para sacar una pecera llena de peces.) ¿Ha visto alguna vez aserrar a una mujer por la mitad…? Es un truco emocionante. Recuerdo que me fascinaba cuando tenía once años. Y nunca pude imaginar cómo lo hacían. Pero el otro día vino un artículo en un periódico explicándolo todo. No creí que eso lo publicaran en los periódicos, ¿verdad? Parece que sólo hay una mujer… y son dos. La cabeza de una y los pies de otra. Uno cree que es una sola y son dos… y el efecto es magnífico, ¿no le parece?

La señorita Bellever la contemplaba ligeramente sorprendida.

Juana Marple no había estado nunca tan incoherente como entonces.

«Debe haber sido demasiado para la pobre señora», pensó.

—Cuando sólo se mira el lado de una cosa, sólo se ve ese lado —continuaba la solterona—. Pero todo encaja maravillosamente si uno puede decidir lo que es realidad y lo que es ilusión —agregó con brusquedad—. ¿Y Carrie Louise… se encuentra bien?

—Sí —repuso la señorita Bellever—. Está perfectamente. Pero debe haber sido un gran golpe para ella… descubrir que alguien quiere asesinarla. Quiero decir que para ella tiene que ser peor, porque no comprende esas violencias.

—Carrie Louise comprende muchas más cosas que usted y yo —contestó miss Marple pensativa—. Siempre fue así.

—Sé a lo que se refiere… Pero no vive en un mundo real.

—¿No?

—Nunca hubo una persona que viviera menos en este mundo que Caro… —dijo la señorita Bellever mirándola sorprendida.

—¿No cree usted que tal vez…? —se interrumpió al ver pasar a Edgar Lawson dando grandes zancadas. Éste hizo una inclinación de cabeza, pero volvió la cara al pasar ante ellas—. Ahora recuerdo a quién se parece —dijo la señorita Marple—. Se me acaba de ocurrir hace unos momentos. Me recuerda a un joven llamado Leonardo Wylie. Su padre era distinto, pero se volvió viejo y ciego y le temblaba el pulso, y la gente prefería que les visitara el hijo; pero el anciano se portó como un miserable, quedó muy abatido, dijo que ya no servía para nada, y Leonardo, que tenía un corazón muy tierno y era bastante tonto, comenzó a beber más de lo que debiera. Siempre olía a whisky y hacía el borracho cuando atendía a sus clientes. Su intención era que volvieran con su padre al ver que el más joven no era bueno.

—¿Y lo hicieron así?

—Claro que no —repuso la señorita Marple—. Cualquiera con algo de sentido pudo decirle lo que iba a ocurrir. Los pacientes se fueron con un dentista rival, el señor Reilly. Muchas personas de buen corazón no tienen sentido común. Además, Leonardo era tan poco convincente… La idea que tenía de un borracho era muy distinta de la realidad… y desparramaba el whisky por encima de

sus ropas, ¿sabe…? hasta un extremo inconcebible.

Capítulo XIX

Encontraron a la familia reunida en la biblioteca. Lewis paseaba de un lado a otro y se respiraba cierta tensión en el ambiente.

—¿Ocurre algo? —preguntó la señorita Bellever.

—Ernie Grey no estaba esta noche al pasar lista —replicó Lewis.

—¿Se ha escapado?

—No lo sabemos… Maverick y algunos profesores andan buscándole por los alrededores. Si no damos con él, habrá que avisar a la policía.

—¡Abuelita! —Gina corrió al lado de Carrie Louise, asustada por la palidez de su rostro—. Pareces enferma.

—Estoy muy disgustada. Este pobre chico…

—Esta noche iba a interrogarle por si ayer noche había visto algo de interés —dijo Lewis—. Me han ofrecido un buen empleo para él y pensé hablarle de ello, después de discutir lo de anoche. Ahora… —interrumpióse.

La señorita Marple murmuró por lo bajo:

—Pobrecillo… el muy tonto…

Meneó la cabeza, compasivamente y la señora Serrocold le dijo:

—¿Así que tú también piensas lo mismo, Juana?

Esteban Restarick entró en la estancia, diciendo:

—Te he echado de menos en el teatro, Gina. Creí que habías dicho que querías… Hola, ¿qué pasa?

Lewis volvió a repetir la información y, cuando terminó de hablar, apareció el doctor Maverick acompañado de un muchacho rubio de mejillas sonrosadas y expresión angelical. La señorita Marple lo recordaba por haber cenado con ellos la noche que llegó a Stonygates.

—Me he traído a Arturo Jenkins —dijo el doctor Maverick—. Al parecer, ha sido el último que habló con Ernie.

—Vamos, Arturo —apremió el señor Serrocold—. Ayúdanos, si es posible, por favor. ¿Dónde ha ido Ernie? ¿Es sólo una travesura?

—No lo sé, señor. De verdad que no lo sé. No me dijo nada. Estaba entusiasmado con la obra que preparan. Dijo que tenía una idea estupenda para el escenario, de ésas que la señora Hudd y el señor Esteban consideran de primera clase.

—Hay otra cosa, Arturo. Ernie declaró haber estado vagando por el parque ayer noche después del toque de silencio. ¿Es cierto?

—Claro que no. Sólo quiso darse importancia, eso es todo. Ernie es muy mentiroso. Nunca salió por la noche. Solía decir que era capaz de hacerlo, pero no era tan hábil como para abrir los cerrojos. No podía hacer nada ante un cerrojo que fuese un cerrojo. De todas formas, anoche estuvo dentro, me consta.

—¿No dirás eso para complacernos, Arturo?

—Lo juro —repuso con seriedad.

Lewis no pareció muy satisfecho.

—Escuchen —dijo el doctor Maverick—. ¿Qué es eso?

Se fue aproximando un rumor de voces. La puerta abrióse de par en par, dando paso al señor Baumgarten, pálido y descompuesto tras sus eternos lentes.

Balbuceó:

—Les… les hemos encontrado. Es horrible…

Se dejó caer sobre una silla, secándose la frente. Mildred Strete le preguntó con aspereza:

—¿Qué quiere decir…, les hemos encontrado?

Baumgarten temblaba como una hoja.

—En el teatro. Tienen las cabezas destrozadas…, el contrapeso debe de haber caído sobre ellos. Los dos han muerto… Alexis Restarick y ese muchacho, Ernie Greg…

Capítulo XX

—Te he traído una taza de caldo muy concentrado, Carrie Louise —le dijo la señorita Marple—. Bébelo, por favor.

La señora Serrocold se incorporó en la gran cama de roble tallado. Se la veía menuda e infantil. Sus mejillas habían perdido su tinte sonrosado y sus ojos tenían una expresión extraña y lejana.

Obediente, tomó la sopa que le ofrecía la señorita Marple, que había tomado asiento en una silla junto a la cama.

—Primero Christian —decía Carrie Louise—, y ahora Alex y ese pobre tonto de Ernie. ¿Sabría algo en realidad…?

—No lo creo —repuso la señorita Marple—. Siempre estaba diciendo mentiras…, dándose importancia y haciendo ver que había visto o sabía algo. La tragedia es que alguien creyó sus mentiras.

Carrie Louise se estremeció y sus ojos volvieron a adquirir su expresión ausente.

—Queríamos hacer mucho por esos muchachos… Hicimos algo. Algunos han respondido maravillosamente. Varios tienen cargos de mucha responsabilidad. Otros resbalaron…, eso no puede evitarse. Las condiciones de la civilización moderna son tan complejas…, demasiado complejas para algunas naturalezas sencillas y rudimentarias. ¿Conoces el gran proyecto de Lewis? Siempre ha creído que un gran cambio es algo que ha salvado a muchos criminales en potencia. Son enviados a ultramar… y comienzan una nueva vida en un ambiente sencillo. Quiere comenzar un nuevo plan sobre esta base. Comprar un buen territorio o un grupo de islas, financiarlo durante unos años, crear una comunidad cooperativa que pueda mantenerse por sí misma… y en la que todos tengan su parte. Que esté apartada para que pueda neutralizarse la

tentación de volver a las ciudades y a los malos tiempos. Claro que costará mucho dinero, y ahora no hay muchas personas filantrópicas. Queremos encontrar otro Eric. A Eric le hubiera entusiasmado.

La señorita Marple cogió una tijera y la miró con curiosidad.

—Qué tijera más rara —dijo—. Tiene dos agujeros para pasar dos dedos de un lado y uno en el otro.

Carrie Louise pareció regresar de muy lejos.

—Alex me la dio esta mañana. Dicen que va mejor para cortarse las uñas de la mano derecha. El pobre chico estaba entusiasmado. Me la hizo probar una y otra vez.

—Me figuro que recogería los pedacitos de las uñas para tirarlos cuidadosamente luego —dijo la señorita Marple.

—Sí —repuso Carrie Louise—. Pues… —Se interrumpió—. ¿Por qué dices eso?

—Pensaba en Alex. Era inteligente. Sí, vaya si lo era.

—¿Quieres decir… que por eso murió?

—Sí, creo que sí.

—Él y Ernie…, no puedo soportar el recordarlo. ¿Cuándo creen que ocurrió?

—A última hora de la tarde. Entre las seis y las siete, probablemente.

—¿Después de terminar el trabajo del día?

—Sí.

—Gina había estado allí aquella tarde… y Wally Hudd. También Esteban dijo que fue al teatro para buscar a Gina…

—Cualquiera pudo haber…

La señorita Marple tuvo que interrumpir el curso de sus pensamientos. Carrie Louise decía tranquila e inesperadamente:

—¿Qué es lo que sabes, Juana?

La señorita Marple alzó los ojos intrigada y sus miradas se encontraron como extrañadas.

—Si estuviera completamente segura… —repuso despacio.

—Creo que lo estás, Juana.

—¿Qué quieres que haga?

Carrie Louise se recostó contra las almohadas.

—En tus manos está, Juana… Haz lo que creas oportuno.

—Mañana… —la señorita Marple vacilaba—, tendré que intentarlo…, hablaré con el inspector Curry… Si me escucha…

Capítulo XXI

El inspector Curry dijo con bastante impaciencia y malhumor:

—¿Y bien, señorita Marple?

—¿No podríamos, si quiere, ir al Gran Vestíbulo?

El inspector Curry pareció ligeramente sorprendido.

—¿Es ésa la idea que usted tiene de un sitio reservado? Seguramente aquí,… —Y miró hacia el despacho.

—No es eso lo que estaba pensando. Es que quiero enseñarle algo. Algo que me hizo ver Alex Restarick.

El inspector Curry, ahogando un suspiro, se puso en pie para seguir a la señorita Marple.

—¿Es que alguien ha estado hablando con usted?

—No —repuso la solterona—. No se trata de lo que se ha dicho. En realidad es cuestión de los trucos que emplean los ilusionistas. Lo hacen con unos espejos, sabe… esas cosas… no sé si me comprende.

El inspector Curry no entendía nada, y la miró preguntándose si no se habría vuelto loca.

La señorita Marple ocupó su sitio y le pidió que se pusiera a su lado.

—Quiero que imagine que esto es un escenario, inspector, tal como estaba la noche que Christian Gulbrandsen fue asesinado. Usted está aquí entre los espectadores mirando los personajes que aparecen en la escena. La señora Serrocold, yo, la señorita Strete, Gina y Esteban… y lo mismo que en un escenario, hay entradas y salidas y los actores van a sitios distintos. Sólo que cuando uno está entre el público no se sabe a dónde van en realidad. Salen en dirección a la «puerta principal» o «la cocina» y, cuando se abren las

puertas, sólo se ve un trozo de tela pintada. Pero en realidad salen a las puertas laterales de la escena… o a la parte posterior donde están los carpinteros y electricistas, y otros actores aguardando su turno… salen… a un mundo distinto.

—Todavía no comprendo.

—Oh, ya sé…, parece una tontería…, pero si usted lo imagina como una representación cuyo escenario es «el Gran Vestíbulo de Stonygates…», ¿qué hay exactamente detrás de la escena…? La terraza…, ¿no es cierto…? La terraza y todas las ventanas que dan a ella. Y así fue como llevaron a cabo el engaño. Fue el truco de la «mujer cortada en dos» lo que me hizo caer en ello.

—¿La mujer cortada en dos? —Ahora estaba convencido de que la señorita Marple era un caso mental.

—Un truco muy emocionante. Debe haberlo visto alguna vez… No es sólo una muchacha…, sino dos. La cabeza de una y los pies de la otra. Y así pensé que también pudo haber sido al revés. Dos personas que en realidad sólo fueron una.

—¿Dos personas y en realidad sólo una? —El inspector Curry estaba desesperado.

—Sí. No por mucho tiempo. ¿Cuánto tardó su ayudante en cruzar el parque, entrar en la casa y regresar? Dos minutos y cuarenta y cinco segundos, ¿no fue eso? Para esto necesitaría menos. Unos dos minutos.

—¿En qué se tarda menos de dos minutos?

—En el truco del ilusionismo. El truco consistió en que sólo era una persona cuando todos creíamos que eran… dos. Aquí… en el despacho. Estamos contemplando sólo la parte del escenario. Detrás está la terraza y una serie de ventanas. Es muy fácil saltar por la ventana del despacho, habiendo dos personas en él, y correr por la terraza (los pasos que oyó Alex), entrar por la puerta lateral, matar a Gulbrandsen y volver, y durante ese tiempo la otra persona que permanece en el despacho hace las dos voces para que todos crean que allí hay dos personas. Y allí estuvieron todo el tiempo, menos durante esos minutos escasos.

El inspector Curry recobró el aliento y le habló.

—¿Quiere usted decir que fue Edgar Lawson quien corrió por la terraza para matar a Gulbrandsen y quien envenenó a la señora

Serrocold?

—Pero, comprende, inspector. Nadie estuvo envenenando a la señora Serrocold. Ahí es donde empieza el engaño. Alguien lo bastante inteligente quiso aprovecharse del hecho de que los achaques de la señora Serrocold, debido a su artritismo, eran los mismos síntomas del envenenamiento por arsénico. Era el viejo truco de los ilusionistas de forzar una carta. Es muy sencillo agregar arsénico a un frasco de medicina y unas palabras a una carta escrita a máquina. Pero el verdadero motivo de la venida del señor Gulbrandsen era el más lógico… algo que hacía referencia al Trust Gulbrandsen. Dinero, en resumen. Suponga que hubiera habido un desfalco…, un desfalco en gran escala…, ¿ve usted a quién señala? A una sola persona.

—¿Lewis Serrocold? —murmuró, atónito.

—Lewis Serrocold —dijo la señorita Marple.

Capítulo XXII

Parte de la carta que Gina escribió a su tía la señora Van Rydock:

«… ya ves, querida tía Ruth, que ha sido como una pesadilla… sobre todo el final. Ya te he contado lo referente a ese extraño muchacho, Edgar Lawson. Siempre fue un cobarde… y cuando el inspector comenzó a interrogarle, perdió el control de sus nervios y salió corriendo. Saltó por la ventana y dando vuelta a la casa, bajó por la avenida, donde había un policía que le cortó el camino. Desviándose, siguió corriendo en dirección al repecho donde está el lago, saltando a una vieja y carcomida embarcación que hace años que está allí haciéndose polvo, que empujó hacia dentro. Naturalmente, fue una locura, pero ya te dije que estaba más asustado que un conejo. Entonces Lewis dio una gran voz diciendo: "Esa barca está podrida", y también corrió hacia el lago. La barquichuela se hundió y ya tenemos a Edgar chapoteando en el agua. No sabía nadar. Lewis echóse al agua y nadó hacia él. Pudo cogerle, pero los dos corrían peligro, pues estaban entre los juncos. Uno de los ayudantes del inspector quiso auxiliarlos, y fue hasta ellos con una cuerda atada a la cintura, pero también se enredó y tuvieron que sacarle tirando de la cuerda. Tía Mildred dijo: "Se ahogarán…, se ahogarán los dos…" de una manera tan tonta, y abuelita repuso: "Sí". No puedo describir la entonación que dio a esas palabras. Sólo "sí" y pareció que nos atravesaba una espada…

«—¿Te parezco tonta y exagerada? Me figuro que debo serlo. Pero nos dio esa sensación…

«Y desde luego… cuando todo terminó, los sacaron e intentaron hacerles la respiración artificial (ya no había remedio). El inspector acercóse a nosotros y le dijo a abuelita:

«—Señora, me temo que no hay esperanza.

«Y abuelita, repuso tranquilamente:

«—Gracias, inspector.

«Y luego nos miró a todos. Yo quería ayudar y no supe cómo; Jolly parecía triste y dispuesta a dirigir, como siempre; Esteban se retorcía las manos, y la señorita Marple daba la impresión de estar muy cansada, y apesadumbrada, e incluso Wally pareció trastornado. Todos la queremos y deseábamos hacer algo.

«Pero abuelita se limitó a decir: "Mildred", y tía Mildred repuso: "Madre". Y juntas caminaron hacia la casa; abuelita tan frágil, menuda, apoyándose en tía Mildred. Nunca comprendí, hasta entonces, lo mucho que se quieren. No lo demostraban, ¿sabes?, pero era así.»

Gina hizo una pausa, durante la cual chupó el extremo de su pluma. Y resumió:

«En cuanto a mí y Wally… regresaremos a los Estados Unidos en cuanto podamos…»

Capítulo XXIII

—¿Cómo lo adivinaste, Juana?

La señorita Marple se tomó unos momentos antes de contestar, mientras miraba pensativa a sus interlocutores… Carrie Louise, más delgada y frágil y, no obstante, tan entera… y el anciano, de suave sonrisa y cabellos blancos: el doctor Galbraith, obispo de Cromer.

El obispo tomó la mano de Carrie Louise.

—Ha sido un gran golpe para ti, mi pobre pequeña, y una gran pena.

—Una pena, sí, pero no un gran golpe.

—No —dijo la señorita Marple—. Eso es lo que he descubierto. Todo el mundo decía que Carrie Louise vivía en otro mundo, muy lejos de la realidad. Pero lo cierto, mi querida amiga, es que vivías en la realidad y no de ilusiones. Tú no te dejaste engañar como la mayoría de nosotros. Cuando me di cuenta de ello, comprendí que debía guiarme por lo que tú pensabas y sentías. Estabas tan segura de que nadie habría de querer envenenarte, no pudiste creerlo… y estuviste muy acertada, porque así era. Nunca pensaste que Edgar pudiera disparar contra Lewis… y también estabas en lo cierto. Él nunca hubiera causado daño a Lewis. Estabas segura de que Gina no quería a nadie más que a su esposo… y otra vez acertaste.

»Asi que debía guiarme por ti, todas las cosas que parecían verdad, eran sólo ilusiones… Ilusiones creadas con un propósito definido… del mismo modo que los ilusionistas las crean para engañar al público. Nosotros éramos ese público.

»Alex Restarick comenzó a vislumbrar la verdad el primero, porque tuvo oportunidad de ver las cosas desde un ángulo distinto… desde el exterior. Estaba en la carretera con el inspector,

mirando la casa, y comprendió las posibilidades que ofrecían las ventanas…, recordó el rumor de pasos apresurados que oyera aquella noche, y el cronómetro demostró el poquísimo tiempo que se necesitaba para estas cosas. El ayudante jadeaba mucho, y más tarde recordé que Lewis Serrocold también estaba sin aliento aquella noche, cuando abrió la puerta del despacho. Había estado corriendo mucho.

»Pero fue Edgar Lawson quien me dio la solución. Siempre le encontré algo extraño. Todo lo que decía y hacía era exactamente lo que se esperaba de él, y no obstante, resultaba raro. Porque en realidad era un hombre normal representando el papel de un esquizofrénico, y, claro…, siempre parecía algo teatral.

»Debió estar todo cuidadosamente pensado y planeado. Lewis comprendió, con ocasión de la última visita de Christian, que algo había despertado sus sospechas. Y le conocía lo bastante para saber que no descansaría hasta descubrir si tales sospechas eran ciertas o infundadas.

Carrie Louise se estremeció.

—Sí —dijo—. Christian siempre fue así. Lento y concienzudo, pero muy listo. Ignoro lo que le hizo entrar en sospechas, pero comenzó a investigar… y después descubrió la verdad.

El obispo comentó:

—Me culpo de no haber sido un socio más consciente.

—No era de esperar que usted entendiera gran cosa de negocios —repuso Carrie Louise—. Eso corresponde al señor Gilroy. Luego, cuando murió, la gran experiencia de Lewis hizo que le entregaran la dirección. Y eso, naturalmente, se le subió a la cabeza.

Un tinte sonrosado coloreó sus mejillas.

—Lewis era un gran hombre —dijo—. Un hombre de gran visión, y un creyente apasionado de lo que podía hacerse… con dinero. No lo quería para él… o por lo menos por avaricia… sino por el poder que proporciona… y quería tener ese poder para hacer mucho bien con él…

—Quería —dijo el obispo— ser Dios. —Su voz se hizo áspera—. Olvidó que el hombre es sólo un humilde instrumento de la voluntad divina.

—¿Y por eso desfalcó los fondos de la sociedad? —preguntó lo

señorita Marple.

—No fue sólo eso… —El doctor Galbraith vacilaba.

—Dígaselo —le animó Carrie Louise—. Es mi mejor amiga.

—Lewis Serrocold era lo que pudiéramos llamar un mago de las finanzas. Durante sus muchos años de llevar la contabilidad, se divirtió inventando varios métodos que eran prácticamente estafas. Eso fue sólo un estudio académico, pero cuando comenzó a entrever las posibilidades que ofrecían empleando una fuerte suma de dinero, los puso en práctica. Ya sabe, tenía a su disposición material de primera clase. Entre los muchachos que pasaron por aquí, escogió unos cuantos con los que formó una banda reducida. Eran jóvenes con un fondo criminal por naturaleza, que adoraban las emociones, y con una inteligencia despierta. Todavía no hemos llegado al fondo de todo ello, pero parece ser que este círculo era adiestrado especialmente, luego colocado en posiciones estratégicas, donde bajo la dirección de Lewis falsificaban los libros de tal modo que desaparecían grandes sumas de dinero sin levantar la menor sospecha. Me figuro que las operaciones y ramificaciones de esta trama son tan complicadas que se tardará meses antes de que salgan a la luz. Pero el resultado neto es que bajo varios nombres, cuentas corrientes y compañías, Lewis Serrocold hubiera sido capaz de disponer de una suma colosal para un experimento colectivo, en el cual, los jóvenes delincuentes llegarían a poseer y administrar su propio territorio. Era su sueño fantástico.

—Que pudo haber sido realidad —repuso Carrie Louise.

—Sí, pudo convertirse en realidad. Pero los medios empleados por Lewis no eran honrados, y Christian Gulbrandsen los descubrió. Estaba muy preocupado, sobre todo al darse cuenta de lo que representaría para ti la probable persecución de Lewis, Carrie Louise.

—Por eso me preguntó por el estado de mi corazón, y estaba tan preocupado por mí. No supe comprenderlo.

—Entonces Lewis Serrocold regresó de su corto viaje y Christian salió a esperarle a la terraza, donde le dijo lo que ocurría. Lewis lo tomó con calma, según creo, y ambos convinieron en hacer lo posible para evitarte el disgusto. Christian dijo que me escribiría para que viniese a considerar la posición, como socio del Trust.

—Pero, naturalmente —prosiguió la señorita Marple—, Lewis Serrocold estaba preparado para esta contingencia. Lo tenía todo planeado. Había traído a la casa un joven que iba a representar el papel de Edgar Lawson. Claro que existía el verdadero Edgar Lawson en caso de que la policía pidiera su ficha. El falso Edgar sabía muy bien lo que debía hacer… representar el papel de un esquizofrénico víctima de manía persecutoria… y proporcionar a Lewis Serrocold una coartada durante unos minutos de vital importancia.

»También había pensado, cuál era el segundo paso a dar. La historia de que tú, Carrie Louise, estabas siendo envenenada lentamente… fue sólo la versión de Lewis de su conversación con Christian… eso, y unas pocas líneas que agregó a la carta mientras aguardaba a la policía. No fue difícil poner arsénico en la medicina. No hubo peligro para ti… puesto que él iba a impedir que la tomases. Lo de la caja de bombones fue otro detalle… y no estaban envenenados… sino los que él sustituyó astutamente antes de entregarlos al inspector Curry.

—Y Alex lo adivinó —dijo Carrie Louise.

—Sí…, por eso recogió los pedacitos de tus uñas. Hubieran demostrado si te habían administrado arsénico durante un largo período.

—Pobre Alex… y pobre Ernie.

Hubo unos momentos de silencio mientras pensaban en Christian Gulbrandsen, Alex Restarick y en Ernie… aquel muchachito… y en lo de prisa que un asesinato puede tergiversar las cosas.

—Pero, desde luego —dijo el obispo—, Lewis corrió un gran riesgo al persuadir a Edgar de que actuase como cómplice… aunque tuviera algo con que amenazarle…

Carrie Louise meneó la cabeza.

—No es precisamente por eso. Edgar sentía un gran afecto por Lewis.

—Sí —repuso la señorita Marple—. Como Leonardo Wylie y su padre. Me pregunto si tal vez…

Se detuvo con reparo.

—Me figuro que ves la similitud, ¿no? —le dijo Carrie Louise.

—¿Así es que lo supiste siempre?

—Me lo figuraba. Sabía que Lewis estaba loco por una actriz antes de conocerme a mí. Me lo contó. No fue nada serio, era de esas mujeres que andan tras el dinero y Lewis no le importaba, pero no tengo la menor duda de que ese muchacho, Edgar, es hijo de Lewis.

—Sí —replicó la señorita Marple—. Eso lo explica todo…

—Y al fin dio su vida por él —dijo Carrie Louise mirando suplicante al obispo—. Usted lo sabe.

—Celebro que haya terminado así —continuó—: dando su vida por salvar al muchacho… Las personas que pueden ser buenas, pueden a la vez ser muy malas. Siempre supe la verdad con respecto a Lewis…, pero… me quería mucho… y yo a él.

—¿Sospechaste alguna vez de él? —quiso saber la solterona.

—No —contestó Carrie Louise—. Porque estaba intrigada por lo del envenenamiento. Sabía que Lewis no me hubiera envenenado nunca y no obstante la carta de Christian decía claramente que alguien me estaba envenenando… por eso pensé que todo lo que creí saber de las personas debía ser un error…

—Pero cuando Alex y Ernie fueron encontrados muertos, ¿sospechaste? —insinuó la señorita Marple.

—Sí. Porque nadie más que Lewis podía haberse atrevido a tanto. Y comencé a pensar en quién pudiera ser el siguiente…

Se estremeció.

—Yo admiraba a Lewls. Admiraba su…, ¿cómo diría yo…?, su bondad. Pero comprendo que cuando se es… bueno, hay que ser humilde también.

—Eso, Carrie Louise, es lo que siempre he admirado en ti… tu humildad —le dijo el doctor Galbraith.

Sus encantadores ojos azules se alzaron sorprendidos.

—Pero no soy lista… ni demasiado buena. Sólo sé admirar la bondad de los demás.

—Mi querida Carrie Louise —dijo la señorita Marple.

Epílogo

—Yo creo que abuelita estará perfectamente bien con tía Mildred —dijo Gina—. Ahora tía Mildred es mucho más agradable… menos retraída…, ¿sabe lo que quiero decir?

—Sí —repuso la señorita Marple.

—Por eso, Wally y yo regresaremos a los Estados Unidos dentro de quince días.

Gina miró a su esposo y agregó:

—Me olvidaré de Stonygates, de Italia, de toda mi infancia y me volveré cien por cien americana. A nuestro hijo le llamaremos Junior, como se suele hacer en América. No puede ser más razonable, ¿verdad, Wally?

—Desde luego que no, Catalina —dijo la señorita Marple.

Wally sonrió indulgentemente ante aquella anciana que equivocaba los nombres, y quiso corregirla con amabilidad.

—Gina, no Catalina.

Pero Gina echóse a reír.

—¡Sabe muy bien lo que dice! Y a ti te llamará Petruchio en cualquier momento.

—Sólo pensaba —dijo la señorita Marple dirigiéndose a Walter — en que se ha comportado usted muy sabiamente, muchacho.

—Cree que eres el marido más adecuado para mí —dijo Gina.

La señorita Marple contempló a la pareja. Era muy agradable ver a dos jóvenes tan enamorados… Y Walter Hudd estaba completamente transformado. Ya no era aquel joven malhumorado de su primer encuentro… sino un gigante alegre y sonriente.

—Ustedes dos me recuerdan… —comenzó a decir.

Gina corrió a poner su mano sobre los labios de la señorita

Marple.

—No —exclamó—. No lo diga. No me gustan esas comparaciones con personas de su pueblo. En el fondo, encierran mala intención. ¿Sabe que, en realidad, es usted una mujer muy mala?

Sus ojos se empañaron.

—Cuando pienso en usted, tía Ruth y abuelita cuando las tres eran jóvenes… ¡No sé qué daría por saber cómo eran! No puedo imaginármelas de ninguna manera…

—Y no creo que lo consiga —repuso la señorita Marple—. Fue hace tanto tiempo.

FIN

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas

posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el Nilo* (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.